

# **LOS ORÍGENES DE LA IZQUIERDA ECUATORIANA**



*ALEXEI PÁEZ CORDERO*

# **LOS ORÍGENES DE LA IZQUIERDA ECUATORIANA**

Fundación de investigaciones Andino Amazónicas  
Abya Yala  
2001

**LOS ORIGENES DE LA IZQUIERDA ECUATORIANA**

*Alexei Paez Cordero*

1er. Edición: **Fundación de Investigaciones Andino Amazónicas (FIAAM)**  
Santa Prisca y Carlos Ibarra. Ed. Gómez. Of. 504  
Quito-Ecuador  
Telefax: (593) 2 572629  
e-mail: [fiaam@pi.pro.ec](mailto:fiaam@pi.pro.ec)

Ediciones Abya Yala  
12 de Octubre 14-30 y Wilson  
Casilla 17-12-719  
Teléfonos: 562 633/506 247  
e-mail: [admin-info@abyayala.org](mailto:admin-info@abyayala.org)  
[editorial@abyayala.org](mailto:editorial@abyayala.org)  
Quito-Ecuador

Diagramación: Abya-Yala  
Editing

ISBN: 9978-04-716-6

Abya Yala Editing  
Quito-Ecuador

# Índice general

---

PREFACIO .....	9
----------------	---

INTRODUCCIÓN GENERAL .....	13
----------------------------	----

## *Capítulo I*

### **EL CONTEXTO: Ecuador 1895-1930**

1.1. Introducción .....	23
1.2. El cacao y la época cacaotera .....	25
1.2.1. <i>La época cacaotera y la regionalidad.</i> .....	27
1.2.2. <i>Las ciudades: el nuevo escenario</i> .....	31
1.3.- Las clases sociales y los grupos sociales .....	33
1.3.1. <i>Los gremios quiteños</i> .....	35
1.3.2. <i>Los gremios costeños</i> .....	36
1.3.3. <i>Los sectores medios</i> .....	38
1.3.4. <i>El indigenado y el campesinado</i> .....	39
1.4.- El Estado y su modernización espasmódica .....	41
1.4.1. <i>La crisis de lealtad: burocracia, ejército y modernización</i> .	43
1.4.2. <i>Los espasmos de la modernización política y social</i> .....	44
1.4.3. <i>Los esbozos de la organización partidaria y la modernización</i>	47
1.4.4. <i>La diferenciación funcional del Estado</i> .....	49

## *Capítulo II*

### **EL SOCIALISMO, AMÉRICA LATINA Y EL MUNDO**

2.1. Introducción .....	57
2.2. Marxismo y Anarquismo en América Latina .....	58
2.3. Marx y América Latina .....	60
2.4. La Internacional Comunista y América Latina .....	61
2.5. Las relaciones organizativas de la IC en América Latina . . . .	63
2.6. El VI Congreso .....	66
2.7. Las consecuencias. ....	73
2.8. Nota Final .....	76

*Capítulo III*

**CULTURA POPULAR Y PROTOSOCIALISMO**

3.1. Introducción . . . . .	83
3.2. 1922: Actores e Ideología . . . . .	86
3.3. Mito y movimiento social . . . . .	92
3.4. Ideología teórica, ideología popular . . . . .	98

*Capítulo IV*

**EL PARTIDO SOCIALISTA ECUATORIANO: 1926-1931**

4.1. Introducción . . . . .	105
4.2. La arqueología imaginaria de la izquierda . . . . .	107
4.3. Los primeros grupos organizados . . . . .	109
4.4. La Asamblea Nacional Socialista: fundación del PSE . . . . .	113
4.4.1. <i>Esquema organizativo del PSE</i> . . . . .	114
4.4.2. <i>Manifiesto, Programa. Línea General.</i> . . . . .	114
4.4.3. <i>Los temas ideológicos.</i> . . . . .	118
4.4.4. <i>El Interregno: 1926-1928.</i> . . . . .	120
4.5. La división del PSE . . . . .	124
4.6. Nota Final. . . . .	129

CONCLUSIONES. . . . .	139
-----------------------	-----

APÉNDICE METODOLÓGICO . . . . .	155
---------------------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA. . . . .	159
-----------------------	-----

*Para Karla y Gregorio*





# Prefacio

---

Este trabajo fue realizado como Tesis de postgrado para la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Ecuador, el año de 1989, en el contexto del Diploma Superior en Ciencias Sociales, con mención en Ciencias Políticas, que la Sede realizó los años de 1987 y 1988. Desde entonces han pasado tres años, hasta la revisión final que el autor hizo de este texto, revisión que no cambió los contenidos, pero que intentó mejorar aspectos puramente formales del texto. En este lapso, el autor terminó su Maestría en Ciencias Políticas (1989-1991) en la misma FLACSO-Ecuador, y tomó cursos en el programa de Ph.D en Ciencias Políticas de la Universidad de York, en Toronto, Canadá.

Evidentemente, el nivel de la formación actual del autor le hace observar con cierta distancia algunos de los elementos teóricos y ciertas interpretaciones contenidas en este texto, pero consideró también que el trabajo debía permanecer en su forma original, ya que expresaba un momento de reflexión y la culminación de una temática que había venido trabajando durante los años ochenta, referida a la izquierda y el movimiento obrero ecuatorianos.

Cuando se finalizó este escrito, en mayo de 1989, el deterioro de la situación de los países denominados “socialismos reales” era impresionante; al momento de esta última revisión general al texto (diciembre de 1992), la desconstitución del sistema social en aquellos países ha finalizado, tomando la forma de un retorno a la economía de mercado, al capitalismo. El comunismo, que hace 75 años, mediante el Partido Bolchevique, realizó la Revolución de Octubre, parece haber ido a parar al basurero de la historia, dejando tras de sí una secuela de frustración y desesperanza.

Las élites dominantes y los Estados Occidentales no pueden dejar de expresar su regocijo ante la caída del Bloque del Este, y los cantos triunfales del capital resuenan por todas partes. Sin dejar de reconocer el carácter extremadamente autoritario, incluso brutal, del Estado que el estalinismo logró consolidar en esos países, quedan al menos dos preguntas que hacer, la primera hace relación a inquirir si aquella experiencia fue realmente una expresión del socialismo y sus valores, y la

segunda se concentra en la cuestión de si la caída de estos regímenes sacraliza automáticamente al capitalismo y sus inequidades.

En esta línea de reflexión, la respuesta es en ambos casos, para el autor, negativa: el socialismo no puede consistir en la exaltación del dominio del Estado sobre la sociedad, en la negación de los derechos políticos de las personas y la implementación de un sistema corrupto e ineficiente, que creó las condiciones de nuevas inequidades sociales y formas de estratificación, protegidas por el manto del discurso ideológico que legitimaba la dominación en nombre de los ideales socialistas.

Asimismo, el quiebre de aquel modelo autoritario de sociedad no hace más deseable que antes el modelo de desarrollo propuesto por el capitalismo, al menos en lo que la experiencia latinoamericana puede constatar. Durante los años ochenta hemos asistido a la ejecución de los llamados “ajustes estructurales”, el desmonte de los sistemas proteccionistas y de seguridad social, la orientación creciente de la sociedad a satisfacer las demandas del mercado. En estos años se han hecho más evidentes que nunca las consecuencias funestas de estas políticas, que han colocado a una noción abstracta, ideologizada del mercado por encima de los intereses de las grandes mayorías, reduciendo sus ya pobres niveles de vida, cerrando los canales de participación política, congelando la posibilidad de crear alguna vez un auténtico sistema democrático y destruyendo la capacidad institucional para resolver las demandas de los pobres, para buscar un desarrollo más equitativo, una sociedad más justa.

En este contexto, la utopía socialista sigue teniendo sentido, y la caída de los “socialismos reales” presta la base para redimensionar el proyecto, para enfatizar a su interior los contenidos democráticos, los aspectos libertarios, el respeto a la diversidad y autonomía de la sociedad y de los individuos.

El anarquismo planteó un posible modelo alternativo a la estatolatría propia de los socialistas autoritarios. Sin embargo, el beneficio de inventario que se puede hacer del conjunto de ideas socialistas también afecta al anarquismo y sus propuestas: no es imaginable pensar en la desaparición absoluta del Estado, así como tampoco del Mercado, pero se puede sostener con cierta seguridad la necesidad de hacer que los dos mecanismos de organización económico-política se subordinen a los intereses de la sociedad, a la búsqueda de equidad y a la satisfacción de las necesidades básicas de la población, que incluyen aspectos de am-

pliación del consumo de bienes económicos, alimentación, educación, salud, vivienda al igual que derechos políticos en crecimiento permanente, participación ampliada en la toma de decisiones.

Este trabajo, evidentemente, no podía prever las consecuencias que el derrumbe más que simbólico del muro de Berlín trajo para el conjunto del movimiento socialista mundial. Tampoco este prefacio puede pretender absolver aquellas cuestiones, pero el sentido de esta tesis apunta hacia aportar algunos elementos para una redefinición global del proyecto socialista, que lo haga viable y permita el desarrollo de un pensamiento autoreflexivo sobre su historia y prácticas, para así poder proyectarse con nuevo sentido hacia el futuro.

Finalmente, el autor debe expresar su reconocimiento a muchas personas que participaron de alguna manera en la construcción de este trabajo, entre ellas, primeramente, Amparo Menéndez-Carrión, quien logró hacer de un conjunto de notas desordenadas un texto con hilación, y quien dedicó parte de su tremenda capacidad de trabajo en dirigir esta tesis y formar académicamente a su autor; Adrián Bonilla, amigo entrañable, con quien discutimos muchas veces los temas que interesaban a nuestros trabajos, los dos guiados por la misma inquietud crítica y compartiendo experiencias académicas y personales; a Bruce Bagley y Heinz Sonntag, maestros y amigos, por el tiempo que dedicaron a este trabajo y a su autor, Javier Ponce Leiva, quien apoyó en todo lo posible al autor, permitiendo que use tiempo de trabajo en la generación de este texto, a mi hija Karla, y a mi hijo Gregorio.

Muchos otros amigos y colegas que apoyaron al autor, proporcionándole datos, interpretaciones o simplemente su amistad y vocación crítica, entre ellos, Jaime Durán Barba, con quien se inició en la investigación de la historia del Movimiento Obrero Ecuatoriano, Pablo y Xavier Andrade, Freddy Rivera y Milton Luna. Otros innumerables amigos que también deberían ser mencionados, en particular Alfredo Kattán y Celso Fiallos, con quienes discutimos mucho de sus propias experiencias personales en la izquierda.



# Introducción general

---

El propósito del presente trabajo es dar cuenta de los procesos sociales y políticos que dieron origen a la izquierda marxista en Ecuador, procesos que acaecieron a principios de siglo, particularmente durante los años veinte y treinta. También se propone entender las razones por las que la izquierda marxista sufrió su primera diferenciación, entre socialistas y comunistas.

La izquierda ecuatoriana ha tenido una presencia continua en la sociedad desde aquellos años; la importancia de comprender los procesos formativos de este sector, de reconocer los puntos de inflexión teórica, políticas, planteamientos y prácticas se vuelve muy relevante para entender los procesos políticos globales, la cultura política y las transformaciones institucionales que se dieron en el país hasta nuestros días.

En efecto: la izquierda impulsó en gran parte los procesos de ampliación normativo-institucional desde los veinte, tanto por vía de la acción partidaria directa como por medio de su gran influencia en las organizaciones sociales, los primeros sindicatos de trabajadores y campesinos y la prioridad que dio a la organización de los estratos sociales subalternos. También tuvo una presencia significativa en el sistema político, especialmente durante las décadas del cuarenta y cincuenta, canalizando partes importantes de las demandas de aquellos sectores subalternos que contribuyó a organizar.

Sin embargo de lo anterior, la izquierda marxista ecuatoriana no pudo articular un proyecto societal de largo alcance ni provocar una transformación integral acorde con el sentido que postuló teóricamente: se limitó a ser un actor relativamente menor, es decir no hegemónico, pero importante, y a mantener su influencia política sobre los grupos subalternos, sin poder expandirla al conjunto de la sociedad, para de esta manera carecer de la posibilidad de constituirse en una alternativa viable de poder.

En parte estas limitaciones pueden ser atribuidas a los procesos de división y a la carencia de una perspectiva teórica capacitada para

interpretar las complejidades de la sociedad nacional, en cuyo diagnóstico la izquierda ecuatoriana ha avanzado hasta hoy muy poco.

Si bien las divisiones al interior de la izquierda tuvieron como referente teórico las discusiones internacionales, se debe señalar que estas fueron en realidad funcionalizadas a procesos interiores de diferenciación que se encontraban en curso, o preexistentes al interior de las fuerzas conformantes de este sector político; con ello se intenta evitar el percibir las contraposiciones entre las fracciones de la izquierda marxista ecuatoriana como si hubiesen sido simplemente el resultado del mero reflejo especular de aquellas diferencias presentes en el contexto internacional.

Por el contrario, en estos procesos de diferenciación política es perceptible una apropiación del discurso teórico “externo” para dar cuenta de la problemática interna y legitimar así determinadas posiciones políticas: las divergencias se encuadraron en torno a referencias teóricas internacionales, y por ello no se desarrolló un pensamiento que pudiese dar cuenta endógena de estas diferencias y que, por ello, pudiese aportar a una mejor comprensión de la sociedad, comprensión destinada a posibilitar su transformación en sentido socialista.

En lo que se refiere a la interpretación de los procesos de constitución de los diversos partidos de la izquierda marxista, se ha tendido a priorizar un acercamiento “principalista”. El “fundamentalismo” teórico<sup>1</sup> y la adscripción a un modelo universalista y acabado relevaría a los intelectuales orgánicos, entendidos en la acepción gramsciana del término, de la necesidad de realizar un análisis explícito de los procesos y dinámicas constitutivas de la sociedad, de los actores, las relaciones entre los mismos y sus opciones políticas, y consecuentemente impidieron elaborar una interpretación de las prácticas diversas y la multiplicidad de escenarios en las que los sectores de izquierda tuvieron que actuar.

Los trabajos existentes acerca del proceso de constitución y la primera diferenciación de la izquierda marxista ecuatoriana se han sometido en general a un esquema interpretativo relativamente inflexible e incluso ideologizado, que tiende a alojar apologías de las estructuras partidarias en que militase el investigador, como es el caso de los trabajos de Pedro Saad, Manuel Agustín Aguirre, Oswaldo Albornoz y Elías Muñoz Vicuña, entre otros que serán ampliamente citados a lo largo de este trabajo.

Por ello el análisis académico de los procesos políticos relevantes a la constitución de la izquierda ecuatoriana y sus implicaciones constituye un desafío de confrontación pendiente. Este trabajo se sitúa en la línea de analizar sistemáticamente tanto los referentes contextuales-estructurales como las dinámicas sociales y culturales que son significativas para comprender estos procesos, desde una perspectiva proveniente de las Ciencias Políticas.

A esto se añade el hecho de que desde la misma izquierda, recientemente, a raíz de la crisis del bloque del Este, se ha subrayado la necesidad de resignificar el discurso teórico y los objetivos prácticos del socialismo en la actualidad. Las distinciones maniqueas entre reforma y revolución, el énfasis “estatista” del marxismo, el economicismo y el “reduccionismo de clase” han sido criticados por diversos autores, la gran mayoría de ellos provenientes de la tradición intelectual marxista, precisamente en la línea de dar cuenta de un proyecto socialista que asuma críticamente sus orígenes y las experiencias históricas ligadas con él, para así dar paso a un modelo democrático viable.

Sin embargo, mucho antes de la crisis de los llamados “socialismos reales” se habían cuestionado algunos de los aspectos cuasi trascendentales (en un sentido religioso) del marxismo, tales como la misión histórica atribuida al proletariado como agente social de la transformación propuesta por el socialismo, o la misma noción de “necesidad histórica”, central en la teleología revolucionaria.

Este proceso de cuestionamiento y reconstrucción, realizado a la luz de nuevas opciones políticas y teóricas se ve profundizado enormemente por la influencia de los fenómenos internacionales y los sucesos que acaecen actualmente en los antes llamados “socialismos reales”, que orillan con mayor dramatismo a una revisión radical de todos los supuestos hasta ayer considerados axiomáticos y sobre los cuales se basaron y legitimaron las prácticas de la izquierda marxista, en particular de los sectores comunistas, en todo el mundo.

Los cambios contemporáneos en la evaluación y percepción del proyecto socialista se suman a las críticas a la teoría y práctica “ortodoxas” de la izquierda marxista, cuestionamientos que datan de la época de Stalin, e incluso antes, pero que muy recientemente se han condensado en tendencias transformadoras de la cultura política de la izquierda marxista. Estos procesos indudablemente abren espacio para la búsqueda de nuevos enfoques interpretativos de sus etapas de formación,

así como para entender sus implicaciones en la comprensión del papel que este actor ha tenido en el proceso político del Ecuador hasta nuestros días.

Enmarcadas en las condicionantes anteriormente descritas, durante los últimos años han aparecido nuevas tendencias de investigación, que si bien se han manifestado en especial en los estudios sobre historia del movimiento artesanal, obrero y popular, contribuyen también a resignificar los procesos sociales y políticos que dieron origen a la izquierda marxista. Estos trabajos han priorizado el análisis institucional, tanto en lo que se refiere a los orígenes del movimiento obrero, como en lo que hace relación a la izquierda, es decir, se han focalizado esencialmente las instituciones “*partido*” y “*sindicato*” para dar cuenta de estos procesos; un análisis detenido e interrelacionado de las formas y estructuras sociales y culturales específicas, de los debates relevantes, de los contenidos del discurso, de la diversidad de orígenes sociales, regionales y de intereses que confluyen en la izquierda marxista ecuatoriana, no aparece, sino marginalmente, en la literatura existente<sup>2</sup>

Estos vacíos en el debate forman parte algunos de los interrogantes centrales de este trabajo, que al proponerse indagar acerca del proceso de constitución de la izquierda ecuatoriana concede importancia fundamental al análisis de la constitución y prácticas de los actores, tanto en el plano discursivo como en la acción, más que a intencionalidades atribuidas apriorísticamente desde un análisis supuestamente “estructural”. Por ello, el trabajo que se presenta en las páginas siguientes presta especial atención al contexto social específico que enmarca y produce (parcialmente) a los actores, sus referencias culturales. También se argumenta en torno a las implicaciones de la diversidad originaria y de intereses que confluyeron en el primer Partido Socialista Ecuatoriano (PSE), fundado en 1926, en su proceso de constitución y diferenciación posterior.

Para lograr lo anterior, primariamente habría que distinguir dos fuentes: orígenes sociales internos e influencias externas, fundamentalmente de orden teórico, cuyo proceso de relación y posible unificación fue hartamente conflictivo, según se argumenta en el trabajo. Estos conflictos tuvieron una profunda y evidente influencia tanto en las modalidades de constitución como en la diferenciación primaria de la izquierda ecuatoriana<sup>3</sup>.



Se argumentará que el primer PSE se constituyó originariamente como el punto de contacto entre la revuelta popular, sus simbologías y expectativas, por una parte, representadas en el movimiento social de 1922, y la “*ideología teórica*” (Rudé, 1980), representada en el anarquismo inicialmente, de manera fugaz, y luego en el marxismo, por otra. Esta última, con el paso de los años irá cobrando preeminencia y oscureciendo al primer elemento “endógeno” del socialismo originario, hasta hacerlo casi desaparecer, simétricamente a la constitución y monolitización del leninismo en su versión estalinista.

La ideología teórica asumida por el PSE -el marxismo de los veintes-, radicalmente marcado por la experiencia soviética, tampoco se presenta en toda la época de manera homogénea. Por el contrario, se percibe a su interior una diferenciación creciente entre una expectativa “nacional” y su análisis correlativo de las fuerzas, agentes y sentido de la transformación socialista, y otra perspectiva “internacional”, con sus propios diagnósticos, sujetos y propuestas. Ello genera tensiones que desembocan en la división entre socialistas y comunistas, por lo menos en esta primera fase de la izquierda marxista<sup>4</sup>

Para la elaboración de este trabajo se han consultado de manera privilegiada tanto fuentes provenientes del marxismo-historicismo (Thompson, Rudé), como del postmarxismo en la Ciencia Política (Laclau), la filosofía política y sociología, centrándose teóricamente el análisis en las fuentes marxistas y postmarxistas. Se ha consultado también de manera exhaustiva los trabajos previos sobre el tema en Ecuador y la literatura latinoamericana sobre la historia política de la izquierda socialista de la época. (Caballero, Godio, Alba entre otros). El trabajo se sustenta además en indagaciones de fuentes primarias (documentos y actas, periódicos, declaraciones, memorias, hojas volantes); complementariamente se recogieron seis testimonios personales de actores de la época, a fin de articular una visión global, en lo posible. (Ver anexo metodológico, infra).

El trabajo plantea y desarrolla los siguientes argumentos centrales:

- (1) La izquierda ecuatoriana en sus orígenes aparece como resultado de un *proceso endógeno a la sociedad nacional*, cuya manifestación más destacada es el movimiento social de 1922 en Guayaquil, en el que emergen los elementos populares de cuestionamiento al orden existente, integrados a un discurso ambiguo, que toma la

forma de “anarquismo” para las dirigencias artesanales y gremiales del momento;

- (2) En este punto se integran las acciones autónomas de protesta popular con elementos previos provenientes de las prácticas sociales y las concepciones y cultura “tradicionales”, “arcaicas” de los actores populares, social e históricamente situados. Por ello, para entender el proceso en su complejidad global se hace necesario penetrar, aunque sea someramente, en las simbologías y sustratos culturales preexistentes del movimiento gremial y popular;
- (3) Este proceso se inserta en un contexto en el que se presenta un espacio nacional embrionario, es decir en proceso de conformación, que acota diversos campos sociales y por tanto diferenciados para los actores a nivel regional;
- (4) Lo anterior se expresa en el primer PSE, y la acción de este no puede ser entendida sin acudir a una explicación que tome en cuenta la regionalidad y fragmentación de la sociedad y espacios nacionales embrionarios;
- (5) Por otra parte, es necesario atender a la importancia de la relación del PSE con la Internacional Comunista, en referencia a la división entre socialistas y comunistas, ya que a lo largo de este trabajo se argumenta que esta relación aporta al desdibujamiento de las relaciones del PSE tanto con las bases sociales populares, productoras del movimiento de 1922, como con la intelectualidad proveniente de los sectores medios, haciendo que el partido priorice el acceso ideológico a la definición del proyecto socialista, sobre la base de esquemas y valores que emanan de la Internacional Comunista (IC, Comintern o III Internacional);
- (6) Al “divorciarse” el PSE de sus referencias sociales y optar por el modelo cominteriano, su discurso se dirige hacia actores sociales inexistentes, generándose así interpelaciones que no encuentran a los sujetos sociales a los que supuestamente se destinaban, cayendo así el discurso en un creciente vacío societal;
- (7) Por otra parte, a raíz de su ligazón íntima con el discurso de la IC, el PSE optó por un modelo organizativo homogéneo y homogeneizante, en medio de una sociedad profundamente heterogénea y fragmentada, impidiendo que se exprese la diversidad y se construya un discurso y esquema partidarios que respondiesen a las necesidades nacionales, abriéndose así el campo a una concepción

monolítica y estática, cuya permanencia en la izquierda ecuatoriana es constante hasta nuestros días.

El trabajo consta de cuatro capítulos y un apartado de conclusiones. En el capítulo primero se describe el contexto y las condicionantes estructurales que enmarcan a la izquierda ecuatoriana en sus primeras fases: el proceso de conformación de las urbes, los momentos de consolidación, ampliación y “modernización espasmódica” del Estado<sup>5</sup> a lo largo del período 1895-1930, época relevante a los objetivos del estudio; en este capítulo se presenta también un recuento analítico-descriptivo de los actores sociales subalternos y su “activación política” en el mismo período.

En el segundo capítulo se introduce el análisis de las relaciones del pensamiento marxista, particularmente la versión leninista y estalinista de la IC, con respecto a Latinoamérica, para así dar cuenta tanto de las transformaciones de la percepción de este organismo, como de sus procesos interiores (en tanto afectaron las políticas de la izquierda latinoamericana), y las caracterizaciones que la izquierda marxista ecuatoriana adoptó acerca de nuestro continente y país, las cuales influyeron directamente en las prácticas políticas que llevó a cabo.

En el tercer capítulo se analizan los procesos constitutivos de la izquierda en la perspectiva de ser una opción societal y política generada endógenamente, focalizando la atención en los aspectos culturales, las interacciones entre ideología, simbología, mito, teoría y “pueblo”, cuando aparece la izquierda como actor político relevante en el escenario nacional.

El último capítulo se dedica a analizar el primer PSE (1925-1931), su conformación, los fenómenos y procesos que llevan a su división, lo cual se inscribe dentro de lo que denominamos análisis institucional, que en este trabajo se entiende como complementario con el capítulo anterior, el cual enfatizó en una lectura “cultural” del proceso político.

En el apartado correspondiente a las conclusiones se presentan en su integridad los elementos desarrollados previamente, relacionándolos tanto con el proceso histórico global de la izquierda como con los problemas actuales que esta enfrenta y las discusiones teóricas en proceso, para así dar cuenta de las implicaciones que esta tesis tiene respecto a la comprensión actual de la izquierda ecuatoriana. Se acompaña

un apéndice metodológico, que presenta de manera sintética el proceso de construcción de este trabajo.

Finalmente, algunos conceptos básicos a ser utilizados en este trabajo deben ser explicitados en sus significado, para evitar confusiones al lector. Por “clases subalternas” o estratos subalternos se entiende a los sectores sociales que no se encuentran inscritos en el bloque de poder, es decir, aquellos grupos que se encuentran desplazados tanto de la discusión de las opciones políticas que se abren, cuanto en la toma de decisiones final, y que se encuentran en una relación de subordinación respecto a las élites económicas y sociales: subordinación que se manifiesta en la existencia de relaciones de dependencia de estos sectores subalternos respecto a los grupos o sectores hegemónicos en el plano social, político y económico, sea en relación a la estructura de la propiedad o al Estado, caracterizados por un *status* social jerárquicamente inferior.

Se utiliza esta noción correlativamente con la de “grupo social subalterno”, ya que el tipo de inserción y relación con los grupos y clases hegemónicas no sólo se da en el espacio de la producción (dependencia económica) sino también en el plano de las identidades sociales autoreferidas (dependencia ideológica), como por ejemplo sería el caso de los llamados “sectores medios” o “clase media”, cuya identidad subjetiva no se corresponde con una identidad simétrica a nivel de la producción. (Laclau, 1986: 126-130)

Por “modernización” se entiende a tres planos distintivos de cambio: social, económico y político, en los cuales a) a nivel económico existe penetración y desarrollo de relaciones mercantiles crecientes y el apareamiento de la industria, aunque sea incipiente; b) se desarrollan los grupos sociales conexos con una creciente importancia de las urbes en las funciones de control y reproducción del sistema social global: existen fenómenos de movilidad social y creación de nuevos actores sociales; y, c) a nivel político implica y designa el proceso de racionalización, diferenciación funcional de las estructuras del Estado y la ampliación (aunque sea limitada también) de la participación política, para englobar en la producción de legitimidad a los nuevos estratos sociales producidos por las “modernizaciones” económicas y sociales. (Huntington, 1973)

Este concepto requiere ser despojado de toda connotación teleológica, y debe ser ubicado mas bien como una serie de transformaciones que no llevan a un estadio “superior”, “más desarrollado” de las re-

laciones políticas (en contraposición con un estado “tradicional” previo), sino como una adaptación reactiva y transformación tendencial (matizada) hacia formas sociales de relación propias de la penetración capitalista, del despliegue del mercado y sus correlatos institucionales.

En este trabajo, el concepto “integración” se utiliza para denotar el proceso por el cual se construye un espacio común entre grupos sociales y economías regionales antes débilmente articulados entre sí, aunque coexistentes en una misma formación política. Esto implica un proceso de relación creciente y un estado de diversidad entre diferentes microsociedades. Así, integración, en el caso ecuatoriano, se concibe como el proceso de construcción (tardía) del espacio nacional (Deller, 1987), de fusión de los “escenarios adyacentes” en un “escenario concurrente” de carácter nacional.<sup>6</sup>

### Notas:

- 1 Por “fundamentalismo” teórico o “principalismo” se designa un modelo de apropiación de la teoría que enfatiza los contenidos dogmáticos de la misma, concibiéndola no como un todo en movimiento, ni como una creación histórica, sino como una suerte de conocimiento de carácter universal, transhistórico, donde los principios -o núcleos normativos de la teoría- no se pueden cuestionar, y donde solo cabe una interpretación de los mismos, “correcta”, “revolucionaria”, “verdadera”.
- 2 Habría que añadirse el hecho de que en el análisis se ha partido de una suerte de “telos”, en el cual los procesos reales han sido inscritos a la fuerza, perdiéndose toda posibilidad de entender el fenómeno como *práctica política no predeterminada*. Este “telos” se remite a la teoría marxista del proletariado y la teoría leninista del partido, locus privilegiado de aquel “telos”.
- 3 Para efectos de este trabajo, se supone que la izquierda tiene una etapa “fundacional”, que es la que se aborda aquí. Otras etapas de diferenciación política acaecen en la denominada época “refundacional” (Bonilla, 1989), en los años sesenta, bajo otras condicionantes.
- 4 Dos cuestiones deben ser puntualizadas en lo referido a la “ideología teórica” original: en el primer PSE confluyeron no sólo marxistas, sino también liberales radicalizados y sectores artesanales anarquistas y católicos (costa y sierra). La segunda cuestión es que para la época a que hace referencia este trabajo el Partido Comunista (PCE) no había desarrollado un discurso sobre “lo nacional”, que procederá a esbozar a mediados de los años treinta, cuando una nueva política se establece al interior de la Internacional Comunista (IC). Los sectores socialistas, por su parte, tenían una visión aún bastante nebulosa y poco clara de “lo nacional”, visión que se aclara al calor de las disputas interfraccionales, dentro del primer PSE.
- 5 Tema que se ampliará posteriormente en este trabajo.
- 6 Otros conceptos importantes serán desplegados en su significación a lo largo del trabajo, donde corresponda.



# Capítulo I

## El contexto: *Ecuador 1895-1930*

---

### 1.1. Introducción

El impacto social y político de las transformaciones liberales, sumado al crecimiento de la exportación de cacao, a lo largo de las dos primeras décadas del siglo, son elementos de gran importancia para entender las transformaciones que sufre el Ecuador en la etapa comprendida entre 1895 y 1930, época en la que aparece la izquierda socialista (anarquista y marxista) en el país.

Los intensos procesos migratorios, secuelas de la lucha liberal en busca del poder y de las medidas de los gobiernos liberales después de 1895, se vieron también favorecidos por un contexto económico expansivo, hasta fines de la década del diez.

Esto permitió el desarrollo de la urbe de Guayaquil (aunque Quito también tiene tasas altas de crecimiento en los mismos años), desarrollo que implicó la transformación de antiguos sectores sociales, como el artesanado, el cual en estos años sufre una intensa diferenciación social interna, con el desarrollo simultáneo de procesos de acumulación de capital y proletarización, todo lo cual incide sobre las solidaridades gremiales dentro del taller, así como significó el apareamiento de otros nuevos sectores sociales: trabajadores dependientes de las incipientes industrias de servicios, sectores urbanos relacionados con la exportación de la pepa de cacao en sus fases terminales, entre otros.

En este capítulo se analiza los procesos económicos, sociales y políticos relevantes para la comprensión del contexto en el cual emerge la izquierda ecuatoriana, contexto signado por el auge y la caída del cacao, por el crecimiento rápido de las urbes principales -Quito y Guayaquil-, los procesos de diferenciación social en general y al interior de los gremios y organizaciones artesanales. Por ello se penetrará también en el proceso de emergencia de los denominados “grupos medios” o “clases medias”, relacionado a su vez con el crecimiento de las urbes y la exportación. También la integración primaria del espacio nacional y la ampliación y modernización “espasmódica” del Estado en dos momentos clave de estos años: 1895 y 1925.

Durante el período que se estudia a continuación, el acceso a la participación y decisión política, al Estado, se encuentra limitado a los sectores terratenientes tradicionales, agroexportadores, bancarios y otros grupos emergentes que provienen de la revolución liberal, articulados al poder militar de las montoneras que se transforman en ejército regular.

La caída de “Los Alfaros” y su posterior quema por parte de la población enardecida permite la consolidación de los grupos agroexportadores y bancarios en el poder estatal, aunque con la participación de otros actores políticos, tales como los grupos terratenientes serranos, que habían sido desplazados del ejercicio directo del poder en 1895, con los cuales la fracción plutocrática encuentra puntos de acuerdo, que permiten su participación limitada y subsumida en el Estado.

Los sectores subalternos, por su parte, si bien carecen aún de espacios de representación política, ya desde fines del siglo XIX van construyendo sus organismos sociales, los que a principios de siglo se encontraban enmarcados en el gremialismo artesanal, pero que sufren un creciente proceso de sindicalización durante el período que se estudia. Hacia fines de la década del diez y principios de la del veinte, estos sectores se “activan” políticamente, presentando sus demandas de maneras continua y creciente al Estado, y presentándose en el escenario del Estado Oligárquico como grupos cuestionadores, articulados a las ideologías socialistas, el anarquismo inicialmente y el marxismo después.

La caída de la plutocracia liberal, originada en la crisis del cacao y el cuestionamiento social de las clases y sectores subalternos (gremios en transformación a sindicatos, sectores radicalizados de la incipiente clase “media” y movilizaciones indígena-campesinas) son los procesos económicos, sociales y políticos en los que se inscriben los orígenes del PSE, fundado en 1926, en el contexto de los efectos inmediatos de la llamada “Revolución Juliana”, con la que algunos militantes del PSE estuvieron cercanamente relacionados.

De esta manera, los fenómenos estructurales de caída de la economía agroexportadora, el apareamiento y organización primaria de nuevos grupos y sectores sociales, por efecto de fenómenos migratorios tanto como demográficos, sumados a las transformaciones cualitativas de algunos de los viejos actores sociales populares, activa políticamente a amplios estratos y sectores poblacionales, los proyecta al escenario



político, el cual sufre asimismo un proceso de ampliación, a raíz de la “Juliana” y el quiebre de la dominación liberal-plutocrática.

Es importante también el énfasis en las diversidades regionales que conforman el escenario “nacional” de la época, el cual se presenta fragmentado y pobremente integrado. En este sentido, los actores sociales y políticos se expresarán en formas de lucha, ideologías y discursos diferenciados, de acuerdo a los espacios regionales particulares en que se insertan.

## 1.2. El cacao y la época cacaotera

Como se ha dicho, la época en la que se origina la izquierda ecuatoriana se corresponde con el auge y caída de la agroexportación cacaotera, cuando emergen poderosos sectores sociales y económicos ligados a esta actividad, quienes organizaron los primeros bancos del país y consolidaron el tipo de inserción del Ecuador en el mercado mundial, como productor de mercaderías de agroexportación.

Si bien el cacao ya era un producto de exportación a fines del siglo XVIII, fue en la época republicana cuando el empuje de esta actividad impregna definitivamente la economía, la realidad social y la política de una manera central. A fines del siglo XIX los sectores agroexportadores ligados al mercado mundial pueden plantearse el objetivo de redefinir el equilibrio político nacional -cuyo eje era el poder terrateniente de la sierra y el control de la fuerza de trabajo en la hacienda serrana- a su favor, mediante un acceso privilegiado y control del poder estatal.

Una de las características fundamentales del país para aquel entonces radicaba en la fragmentación regional: “La entidad política que surgió de la independencia fue un territorio sin nación, fragmentado por intereses y poderes locales”. La Iglesia era la única institución estructurada que mantuvo vínculos en y abarcó, más o menos, todo el territorio, formadora de las élites regionales y que evangelizaba a los indios, a pesar del distinto tipo de apropiación cultural que del cristianismo hacían las etnias. (Arcos, 1986:280)

La fragmentación de los grupos regionales de poder era una realidad que se extendió a lo largo de todo el siglo XIX, y que incluso hasta nuestros días no se ha entendido en sus implicaciones globales. Ha-

cia 1895, cuando la revolución liberal llevó a Alfaro al poder, el nivel de integración espacial del país era extremadamente limitado. El camino de Guayaquil a Quito era largo, primitivo. El flujo y circulación de mercancías entre las distintas regiones, reducido a fracciones diminutas, el mismo mercado nacional parecía un sueño (Ayala, 1976) y la lógica del enfrentamiento político se encontraba impregnada sustantivamente de esta realidad.

El emerger de una economía exportadora regional en la Costa, ligada al mercado externo, perfila una diferenciación importante en el interior de los sectores dominantes: por una parte quienes se encontraban vinculados a la hacienda serrana tradicional, latifundistas relacionados a la Iglesia como estructura, tanto ideológica como política (la Iglesia era el mayor latifundista del país), proteccionistas y sin vinculaciones directas con el mercado mundial; por otro lado se encontraban los agroexportadores, propugnadores de una política libre-cambista y de la apertura al mercado mundial, razón por la cual se enfrentaron a los terratenientes y sus aliados, reclutados entre los sectores artesanales, de intereses también proteccionistas. (Cfr. Ayala, 1988 y Durán, 1988: 176)

Los sectores populares también se diferenciaban de acuerdo a las características económicas y sociales de la región a la que pertenecían<sup>1</sup>. En la sierra norte, sierra sur y región agroexportadora se presentan distintas conformaciones sociales. En la primera, por ejemplo, perviven elementos comunitarios en simbiosis con la hacienda tradicional (Arcos, 1986: 172); en la segunda se encuentran sectores de pequeños y medianos propietarios, a más de una producción que intermitente y limitadamente se articulaba al mercado mundial, vía exportación de cascarilla o sombreros de paja toquilla (Cfr. Ayala, 1976 y Manguashca, 1988) durante los años veinte y treinta del presente siglo. En la zona agroexportadora se impulsaban relaciones salariales, aunque la fuerza de trabajo se encontraba aún sometida a controles precapitalistas, que dieron paso creciente a relaciones salariales. (Quintero, 1980: 43 y s.s, y Chiriboga, 1988: 80)

El crecimiento extensivo de la plantación y exportación cacaotera abrió paso en las décadas finales del siglo pasado a una concentración creciente del poder económico, lo que implicó una dinamia focalizada en las zonas exportadoras, proceso que se procede a analizar a continuación.

### 1.2.1. *La época cacaotera y la regionalidad*

Para comprender la conformación de los polos de poder y los centros urbanos del Ecuador de principios de siglo, es necesario tener una perspectiva de la evolución de la articulación cacaotera al mercado mundial, y la dinamia económica que imprime al país, cuestiones ambas que marcaron profundamente la estructura social, política y económica en las primeras décadas de este siglo.

El volumen de la exportación de cacao asciende vertiginosamente a fines del siglo XIX y principios del XX. En el año de 1884 la producción fue de 184.578 quintales, mientras que en 1916 creció a 1.079.252 quintales (Chiriboga, 1988: 110). La masa de dinero con que cuentan los sectores exportadores por efectos de este incremento impresionante va, igualmente, creciendo de forma exponencial. Si a principios del auge existía en Guayaquil una sola casa comercial que canalizaba la exportación de cacao y traía bienes importados, entre 1870 y 1900 se fundan algunos bancos para cubrir un mercado en expansión.

El capital comercial se complejiza al crecer y ampliarse los circuitos comerciales y surgen nuevas instituciones financieras vinculadas a los grupos emergentes: en 1867 se funda el Banco del Ecuador; en 1885 el Banco Internacional, antecesor del Banco Comercial y Agrícola (1894). En 1871 se funda el Banco de Crédito e Hipotecario, en 1888 el Banco Territorial y simultáneamente abren sus puertas muchas casas de exportación e importación. El capital extranjero no jugó un mayor papel en el despegue del sistema financiero, ya que, según Chiriboga (1988: 60-72) los nuevos grupos defendían sus propios espacios de acumulación.

La existencia de gran cantidad de dinero circulante, sumada a los bajos precios de los alimentos en el mercado internacional, posibilitan la importación de alimentos para el consumo en la zona cacaotera de la costa. Si se considera además los bajísimos aranceles de importación, la importación masiva de artículos tanto primarios como elaborados por vía del puerto de Guayaquil, podía constituirse en un elemento dislocador de la producción alimenticia y textil serrana. Así, el único elemento que protegía a la producción serrana, era, contradictoriamente, su desvinculación con el mercado costero, la inexistencia de un mercado nacional integrado, en parte gracias al largo y complicado trayec-

to de Guayaquil a Quito, por lo menos hasta la terminación del ferrocarril en 1908. (Chiriboga, 1988:73)

La dinamía centrada en Guayaquil y la necesidad de mejorar la infraestructura portuaria para facilitar las labores de exportación de la “pepa de oro”, amén de la disponibilidad de dinero, en el contexto de un creciente comercio de importación y exportación, hicieron posible que el Estado lance desde fines del siglo XIX un programa de mejoras al puerto, que incluyó la construcción del Malecón, calles, avenidas a más de programas de salud, tendientes a erradicar paulatinamente las enfermedades que asolaban la ciudad.

Para la misma época empiezan a realizarse inversiones en áreas manufactureras, limitadas, y en industrias primitivas, pero que a mediano plazo transformaron la fisonomía social del puerto. Este fenómeno de inversión se incrementó desde 1914, cuando la amenaza de una crisis en la exportación de cacao se visualizaba como inminente. Según Chiriboga (1988: 87-88), pueden diferenciarse dos tipos de actividad industrial, según el origen del capital invertido en ellas:

“...para 1909 se habían instalado nueve ingenios azucareros...adicionalmente promocionaron industrias del calzado, fósforos y cerveza (*industrias vinculadas a los exportadores cacaoteros*)... Por otro lado están aquellas industrias ligadas a los importadores ... galletas, fideos, chocolate y cigarrillos...”<sup>2</sup>

A estas empresas antes descritas habría que añadirse otras de servicios públicos: electricidad, tranvías, teléfonos, lanchas, etc. Se debe anotar también la expansión permanente de la frontera agrícola, que se relaciona con la curva ascendente de las exportaciones, atribuible no a mejoras tecnológicas, sino a crecimiento territorial de los cultivos y uso extensivo de mano de obra. (Quintero, 1980: 51)

La sierra central (espacio de transición entre sierra norte y sierra sur) se encontraba más vinculada a la costa y a su mercado, participando por esta razón, aunque de manera limitada- del auge cacaotero, lo que no sucedió ni con la sierra norte ni con la sierra sur. Sin embargo, poco a poco, fenómenos de ‘arrastre’ van involucrando también a las otras regiones serranas, implicando procesos de “modernización puntual de algunas haciendas”, desarrollo del comercio y apareamiento de grupos de comerciantes en número creciente, aparición de fábricas (molinos, textiles, cervecería), bancos regionales, y apertura de casas de

importación, dependientes por lo general de matrices costeñas dedicadas a esta línea de negocios. (Chiriboga, 1988: 90)

Desde 1908, año de la terminación del ferrocarril, y más aún desde 1914, los circuitos comerciales internos se incrementan, especialmente en lo referido a la circulación de alimentos. Así, se abre un amplio mercado para los productos serranos, por efectos del alza sorpresiva de los precios internacionales de los alimentos, a raíz de la primera guerra mundial. Este proceso coincidió con los primeros síntomas de una inminente crisis de la agroexportación cacaotera, por lo que sus efectos fueron, a pesar de amplios, más limitados de lo que se podía esperar. Evidentemente, la presencia del ferrocarril dinamiza profundamente la posibilidad de la ampliación del comercio interregional. (Chiriboga, 1988: 91, nota 46)

Esta ampliación va en ambos sentidos: sierra-costa y costa-sierra; es así como ciertos productos costeños, particularmente el azúcar, penetran en el mercado serrano desplazando al azúcar colombiano sin refinar, que era el que se consumía antes de la inauguración del ferrocarril. Gracias a éste, la expansión del mercado de azúcar costeña llegó hasta la frontera norte del país.

En este proceso de integración comercial y mercantil, diversos espacios regionales encuentran comunicación entre sí, y se potencian las actividades productivas, especialmente en las haciendas situadas a los márgenes de la línea ferroviaria, particularmente aquellas aledañas a la capital, Quito, que manifestaban un cierto “espíritu de empresa”, al decir de diplomáticos extranjeros de la época. (Arcos, 1986: 277-278)

Contemporáneamente a la primera guerra, se abre la crisis del cacao, aunque ya se percibe cierto temor en los exportadores nacionales, a causa de los altibajos del mercado, desde fines de la primera década del siglo. En 1916 y 1917 las colonias africanas de Inglaterra y Francia empiezan a enviar su cacao directamente al mercado europeo, con lo que las exportaciones ecuatorianas sufren un severo golpe.<sup>3</sup>

La caída de la exportación cacaotera provoca reordenamientos reactivos en la economía, de carácter puramente monetario, que permitan mantener la ganancia en sures para los exportadores: se producen devaluaciones sucesivas en la relación sucre-dólar, de acuerdo a los altibajos de los mercados cacaoteros y la cotización del producto en el mercado internacional. La crisis del cacao proyecta sus efectos en todos

los ámbitos: económicos, sociales y políticos. (Carbo, 1978 y Páez, 1986: 52-54)

Sin embargo, los signos de la crisis son variados: no solo implica la desarticulación de un modelo de acumulación, sino que también abre espacio para un proceso de diversificación incipiente de la producción, que de todas maneras ya se podía percibir antes, pero con menor intensidad. En el análisis de las características de esta diversificación se debe, nuevamente, tomar en cuenta la regionalidad: en la costa, la crisis se manifiesta tanto en la intensificación de la producción primaria de artículos diferentes al cacao, y también en la producción secundaria; en la sierra norte -en el espacio rural- se presenta un proceso incipiente de modernización y de subdivisión hacendaria que dará origen a una embrionaria y muy limitada clase media rural con vínculos mercantiles. Hay también un modesto pero significativo proceso de industrialización sustitutiva: entre 1900 y 1920 se formaron 53 establecimientos industriales, mientras que entre 1920 y 1930 se forman 66 empresas, cifra que en los treinta asciende a 141 empresas nuevas. (Maignashca, 1988: 6-8)

Esta diversificación se evidencia también en otros datos: hasta 1920 las exportaciones costeñas ocupan del 60 al 80% del total nacional de exportaciones; hacia 1946 su importancia se reduce a menos del 50% del total: es perceptible un proceso creciente de descentralización y dinamización de la economía en todo el país, cambios que son de orden tanto cuantitativo como cualitativo, ya que esta diversificación económica origina la dinamización de las diferenciaciones sociales, todo lo cual abre grietas en el modelo de dominación. Estas grietas se manifiestan en los estratos obreros y campesinos en la forma de una “crisis de la autoridad paternal”, mientras que entre los estratos medios, empleados-burócratas, habría tomado la forma de una “crisis de lealtad” (Maignashca, 1988: 11-12).

En la sierra norte, la diversificación social abrirá paso al emerger de un sector social de asalariados fabriles. La industria en la sierra norte, durante esta época ha sido pobremente estudiada, salvo la rama textil, que cubría la mitad de los establecimientos, más o menos (19 de 41) y exportaba productos hacia Colombia. (Maignashca, 1988: 10)<sup>4</sup>

En la sierra sur destaca la producción de los llamados “panama hats”, que incrementaron los ingresos monetarios de sectores campesinos y urbanos de manera significativa, reemplazando así la lógica labo-

ral hacendaria con una producción artesanal que se realizaba en el mercado exterior. (Maignashca, 1988:11)

Así pues, la crisis cacaotera abrió un variado campo de posibilidades económicas. Los efectos a largo plazo de las reformas liberales y la construcción del ferrocarril también añaden su fuerza particular a fenómenos y dinámicas integradoras del espacio nacional, generadoras de un embrión de mercado nacional, todo lo que en el campo de lo político implicó y revirtió en la crisis del modelo plutocrático, y la posibilidad de establecer un proyecto modernizante del Estado y la institucionalidad, en 1925, mediante la denominada “Revolución Juliana” (Páez, 1986: 71-72).

### 1.2.2. *Las ciudades: el nuevo escenario*

Los cambios acaecidos entre 1895 y 1930 tienen repercusiones demográficas y espaciales: las ciudades empiezan a manifestar un crecimiento importante, crecimiento que favorece la generación de nuevos grupos sociales de carácter netamente urbano, que se manifiestan en un espacio relativamente “moderno”<sup>5</sup>.

Como ya se ha señalado anteriormente, durante esta época se encuentran en marcha una diversidad de procesos productivos, que se correspondían con las disimilitudes de los estadios de desarrollo entre las regiones. Ello implicaba la existencia simultánea de gran variedad de relaciones sociales de producción, lo que suponía a su vez pluralidad de sujetos sociales, bajo la hegemonía del capital comercial (Pólit, 1982: 19), por lo que la renta cacaotera en su circulación

“...bajo la forma de mercancías, como capital dinerario y masa que irriga todo el sistema económico, constituye el terreno de formación de un conjunto de clases urbanas a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX, ubicadas mayormente en Guayaquil”. (Pólit, 1982: 22)<sup>6</sup>

Para explicar el crecimiento poblacional de Guayaquil, un factor fundamental a ser considerado es la migración interna, impulsada por la presencia de una economía monetaria y salarial en la costa, a lo que se sumaba la pésima situación del agro serrano y los efectos de las políticas liberales, tales como la abolición del concertaje (1918), la democratización relativa de la enseñanza. Por otra parte, la producción agroex-

portable en su realización económica produce la diversificación de las funciones urbanas, lo cual añade fuerza al proceso en marcha, conjuntamente con los factores antes mencionados: el desarrollo del comercio y la formación de un sistema bancario, el desarrollo de actividades económicas de carácter terciario y el surgimiento de incipientes industrias, las que a su vez implicaban transformaciones tecnológicas, nuevas maquinarias y procesos técnicos (Rojas y Villavicencio, 1988: 24)<sup>7</sup>.

En el caso de Quito, la ciudad también asiste a un proceso de crecimiento bajo nuevos patrones a principios de siglo. El estilo de crecimiento “radial-concéntrico”, tradicional en la ciudad, da paso a un modelo de expansión urbana “longitudinal”, que abre nuevos espacios físicos, que transforman la fisonomía de la urbe y relocalizan a distintos los grupos sociales. En 1900 se había formado la Empresa de Luz Eléctrica, que en 1906 se asoció con capitales extranjeros, y en 1908 se dota de agua potable a la ciudad, presumiblemente a sectores limitados de la misma. (Vásquez, 1988: 218 y s.s.)

En lo que hace relación con el desarrollo industrial de la capital, un testimonio de 1915 señala la presencia de industrias textiles, cuya maquinaria había sido traída “a lomo de indio”, antes de la inauguración del ferrocarril. Estas fábricas se encontraban en Chillo, Quito y Otavalo. Como era de suponerse, el mayor desarrollo -constata el observador- se produce a raíz del funcionamiento del tren “...que facilitó la entrada al interior de toda clase de maquinaria” Había también fábricas de cerveza y cigarrillos, a más de

“...algunos talleres para aserrar, cepillar y moldear la madera por medio de máquinas...una fundición que trabaja hierro y bronce y una fábrica de calzado...” (Vásquez, 1988: 214).

También es importante el crecimiento numérico de las hectáreas urbanizadas en Quito, menor pero cercano al crecimiento de Guayaquil en la misma época (Cfr. Carrión, 1987). El cambio de carácter del crecimiento (radial-concéntrico a longitudinal) expresa a su vez un hecho social en el que los nuevos grupos urbanos -y también las élites dominantes tradicionales- redistribuyen su locación en el espacio urbano, obedeciendo a nuevas lógicas sociales <sup>8</sup>.

No hay que descuidar el hecho de que Quito a inicios de siglo, entre 1900 y 1922, cuadruplica su superficie y su población prácticamente se duplica, a lo que se debe añadir la consideración del carácter espe-



cial de la ciudad, en tanto capital y eje burocrático del Estado. (Cfr. Carrión, 1987; Bonilla y Páez, 1988: 76)

De esta manera queda conformado el espacio físico y las condiciones previas al apareamiento de grupos sociales propios de concentraciones urbanas relativamente grandes (en relación a las condiciones de la época). El incremento de la densidad poblacional en un nuevo escenario urbano presta asimismo la fundamentación para que los nuevos grupos sociales urbanos articulen sus primeras manifestaciones políticas.

### 1.3. Las clases sociales y los grupos sociales

Los primeros años de este siglo fueron muy importantes en la constitución de los sectores subalternos y el apareamiento inicial de una estructura de clases de tipo “moderno” en nuestro país. Durante estos años los procesos de diferenciación y cambio social, resultado de la urbanización y la penetración de lógicas propias del capitalismo en la economía, producen transformaciones intensas en los grupos subalternos, tal como sucede en los gremios, algunos de los cuales se transforman en sindicatos durante estos años.

La conformación de una “intelectualidad popular” se posibilita en este contexto <sup>9</sup>: una intelectualidad y movimiento social desde abajo que cuestionan el modelo de solidaridad tradicional existente en el taller, ya que las lógicas de diferenciación social producidas por la expansión del mercado y la lógica capitalista, irrumpen en este espacio, destruyendo los sustentos materiales y simbólicos del apoyo mutuo artesanal, abriéndose así un espacio de conflictividad creciente en el interior del mundo artesanal.

El proceso de disolución de la solidaridad tipo “patriarcal” (Cfr. Manguashca, 1988) se refleja también al interior del actor social artesanal<sup>10</sup>. Esta transformación implica una diferenciación a nivel organizativo e ideológico de los intereses de Maestros artesanos, Operarios y Aprendices. Así se va construyendo (por vía de la intelectualidad popular gremial) una conciencia e identidad autoreferida, que irá cargando sus tintes reivindicativos, pasando del énfasis en la ayuda mutua al cuestionamiento abierto de la estructura jerárquica al interior del taller, conforme avanza la década de los diez. Simétricamente con lo an-

terior, se produce el ingreso de las ideologías socialistas en el país, en razón de la integración creciente del Ecuador en el sistema mundial, y la correspondiente ampliación e internacionalización (aún bastante limitada) que ello supone para la sociedad ecuatoriana. (Cfr. Páez, 1986)

El proceso de crecimiento de los escenarios urbanos, a más de implicar un aumento sustantivo de las aglomeraciones populares, provoca también una diferenciación social que fortificó a los antes muy débiles sectores medios, tanto en términos de su presencia numérica, como en referencia a su presencia en los aparatos estatales burocráticos. Estos grupos se encontraban en una situación periférica en relación al sistema político durante los gobiernos liberal-oligárquicos hasta 1925. La exclusión relativa de estos sectores posibilita a su vez el desarrollo de una intelectualidad cuestionadora, vinculada fuertemente -en las dos primeras décadas- al liberalismo radical, inicialmente, y posteriormente al socialismo teórico, en particular al recientemente conocido marxismo. Aquí se puede resaltar una gran diferencia con los sectores artesanales radicalizados, especialmente costeños, que se relacionan con el anarquismo como tradición socialista principal, antes que con el marxismo.<sup>11</sup>

El surgimiento de los grupos medios y la transformación de los sectores artesanales se relaciona con la diversificación productiva y el inicio del desarrollo de un mercado nacional, cuyas raíces pueden encontrarse en la dinámica económica posibilitada (contradictoriamente) tanto por el auge como por la crisis cacaotera. Por supuesto, este crecimiento y presencia de nuevos actores no fue homogénea en todo el espacio “nacional”: la fragmentación regional definió diversos escenarios sociales, pero al mismo tiempo existían lógicas integradoras, que aunque primitivas, esbozaban la posibilidad de constitución de un escenario de rango nacional, donde se pudiesen expresar y procesar los conflictos y demandas que la nueva organización social emergente implicaba a nivel global.

En lo que se refiere a los sectores subalternos, esta fragmentación se manifestaba claramente en la índole diversa, en el espacio ideológico, organizativo y de identidad, de los mismos, de acuerdo a la región en que se encontrasen. En el caso de la organización gremial, esta era de distinto tipo en Quito y Guayaquil; por otra parte, la presencia del llamado “problema indígena” en la sierra la diferenciaba netamente de la costa en este aspecto. No es menos importante tampoco el señalar que estas diversidades de conformaciones históricas e ideológicas revir-

tieron en las discusiones que se realizaron dentro del movimiento gremial en referencia al posible carácter de las primeras organizaciones artesanales de nivel nacional.

Se encuentran dos lógicas que se presentan de manera simétrica, aunque con relaciones contradictorias: orígenes diversos, demandas relativamente distintas, por una parte; organización a nivel nacional - o tendencias hacia la creación de organizaciones nacionales-, por otra parte. De esta manera la fragmentación de los sectores subalternos dificultaba la generación de un proyecto socialista que los interpelase indistintamente como sujetos privilegiados -y unitarios, es decir con cierta homogeneidad- en el discurso contestatario.<sup>12</sup>

### *1.3.1. Los gremios quiteños*

Los orígenes del movimiento gremial serrano, en particular quiteño, se encuentran directamente vinculados a la Iglesia Católica y sus organizaciones mutuales, gremios adscritos a las cofradías eclesiales (Páez, 1986: 32). En 1892 fue fundada la Sociedad Artística e Industrial de Pichincha (SAIP), de carácter gremial. Incluía organizaciones de artistas (músicos, escultores, pintores), sastres, plateros, carpinteros, zapateros, hojalateros, herreros y mecánicos, talabarteros, sombrereros y peluqueros; en 1896, la SAIP fue clausurada en razón de su filiación conservadora, que le hizo chocar con el recientemente constituido poder liberal. En su origen, la SAIP se relacionó directamente con los sectores posteriormente agrupados en el Centro de Obreros Católicos (COC), heredero de la tradición gremialista de la Iglesia, fundado en 1906.

La SAIP fue una federación compuesta fundamentalmente por Maestros de los talleres artesanales quiteños, que trataban de defender la producción artesanal nacional frente a la importación de manufacturas y la baja de barreras arancelarias postuladas por los librecambistas. Estas demandas del mundo artesanal confluían con los intereses de algunos sectores terratenientes, ya que el “espíritu del progreso” les había llevado a impulsar un incipiente desarrollo industrial, por lo que resulta ingenuo afirmar que estos sectores fueron simplemente instrumentalizados por los dirigentes políticos conservadores, quienes mantuvieron la dirección de la SAIP de manera prácticamente total desde 1895 hasta 1925. (Durán, 1988: 174-177 y Luna, 1988: 1-20)

### 1.3.2. *Los gremios costeños*

En Guayaquil, las organizaciones obrero-artesanales tienen como antecedente a las asociaciones de beneficencia, con las que a veces se confunden. Desde 1896 se organizan los distintos grupos de tipógrafos, panaderos, sastres, peluqueros y abastecedores de mercado: se funda la Sociedad Hijos del Trabajo y la Confederación Obrera del Guayas (COG), bajo los auspicios de un dirigente gremial de origen cubano: Miguel Albuquerque y Vives, quien fue calificado como “anarquista” por la prensa católica de la época, cuando en realidad era un liberal radicalizado, un tanto jacobino. (Páez, 1986: 34-36)<sup>13</sup>

Las organizaciones guayaquileñas son “pragmáticas”, ya que su acento se coloca en la ayuda mutua, la instrucción y la recreación de los socios. Las organizaciones quiteñas, por su parte, “...mantuvieron hasta 1925 un discurso principista, abstracto, en defensa de los principios católicos”, mientras las organizaciones porteñas pasan de un pensamiento de orden mutualista y proalfarista hacia un pensamiento anarquizante y posteriormente socialista (Durán, 1988: 177-180). Las organizaciones serranas consideraban la huelga como un mecanismo disruptor de la “comunidad laboral”, la cual era concebida como la unidad armónica de maestros, operarios y aprendices, en tanto que los gremios guayaquileños habían empezado a usarla ya desde fines del siglo XIX para impulsar sus reivindicaciones.

Luego de la revolución liberal aparecieron en la costa ecuatoriana algunos dirigentes gremiales de origen extranjero (como el caso de Albuquerque), con vagas ideas socialistas y anarquistas. En la prensa gremial del Guayaquil finisecular aparecen algunos signos de rebeldía, como en el caso de la publicación “*El Obrero*”, de la Sociedad Tipográfica del Guayas, donde aparece el término socialismo “como símbolo de redención” (Albornoz, 1972: 92 y Páez, 1989: 33-37).

En 1909 se celebró el Primer Congreso Obrero Nacional, al que acudieron 28 representaciones. La sede del Congreso fue Quito; once de las 28 representaciones correspondían a Consejos Municipales, 20 tenían su base regional en la sierra mientras las ocho restantes provenían de la Costa, representando a tres provincias de esta región. Trece de las delegaciones integraron algún “doctor” entre sus miembros, pero ninguna de las cinco delegaciones del Guayas tenían esta característica.<sup>14</sup>

Asimismo, las representaciones guayaquileñas tampoco provenían de los gremios artesanales clásicos: dos de ellas eran de asalariados, otras dos de pequeños comerciantes y la restante de trabajadores en general. Esto evidencia grandes diferencias entre las organizaciones representadas en el Primer Congreso Obrero Nacional, de acuerdo a los clivajes regionales y el grado de desarrollo de las economías urbanas en cada caso.<sup>15</sup>

En el Segundo Congreso Obrero Nacional, celebrado en 1920, apareció el problema del contenido y sentido de la palabra “**obrero**” y de quienes podían ser los representantes legítimos de los trabajadores<sup>16</sup>. A este II Congreso solo podían asistir quienes fuesen previamente calificados en su condición de “obreros”, lo cual desplazaba a los “doctores” de la posibilidad de asumir representaciones gremiales. Otro punto muy importante fue la discusión sobre la relación de los “obreros” con los sectores populares: mientras los artesanos quiteños se querían diferenciar claramente de los otros grupos populares, los trabajadores guayaquileños se identificaban con ellos.<sup>17</sup>

Tanto costeños como serranos manifestaban una identidad de principios en lo referido a la necesidad de la “**redención de la raza indígena**”, desde una perspectiva paternalista, ya que los indígenas no eran siquiera tomados en cuenta al momento de conformarse las “Sociedades Protectoras de la Raza Indígena” planteadas en el Congreso (Durán, 1988: 182-191). Este tema es clave, ya que en aquellos años se produjo un incremento sustancial del conflicto social en el agro serrano: se puede entonces percibir un distanciamiento entre las percepciones de los sectores artesanales urbanos respecto a los grupos subalternos ciudadanos, de acuerdo a sus orígenes regionales, pero simultáneamente una actitud de incompreensión compartida respecto a lo indígena; los grupos subalternos urbanos y rurales se encuentran distanciados. En el caso de los artesanos asistentes al II Congreso Obrero, ellos participaban del diagnóstico tradicional de las élites dominantes acerca de las etnias.<sup>18</sup>

Tanto las organizaciones artesanales como obreras y las asociaciones de empleados (dependientes del Estado) carecían de espacios organizativos de integración a nivel nacional: la regionalidad era el marco, tanto ideológico como organizativo, para su desarrollo. Incluso la Institución Militar, las Fuerzas Armadas, no eran percibidas como un aparato de carácter “nacional”, ya que la alta proporción de oficia-

les provenientes de la sierra Norte, en particular de Quito, implicaba el dominio regional sobre la Institución. (Maiguashca, 1988: 27)

Las organizaciones de las clases subalternas no rebasan entonces el marco de lo regional. Esta fragmentación y localismo que caracteriza al incipiente movimiento obrero-artesanal es indicativa de la multiplicidad de intereses existentes, dependientes de las diversas articulaciones sociales en cada espacio particular. Si miramos en perspectiva, esto implica la **coexistencia de diversos proyectos societales subalternos**<sup>19</sup>. Esta circunstancia tendrá importantes repercusiones cuando se conforma el primer Partido Socialista Ecuatoriano (PSE) y se produce -posteriormente- un proceso de homogenización y bolchevización, que no puede dar cuenta de la diversidad de sectores sociales y proyectos societales en los sectores subalternos de la sociedad y menos organizar su presencia política concertada en la escena nacional.

### 1.3.3. *Los sectores medios*

Entretanto, los procesos de expansión urbana, la ampliación de las redes y circuitos comerciales, la diversificación de la economía y el crecimiento y diferenciación del Estado posibilitan el apareamiento de sectores medios, cuyo peso poblacional va ascendiendo dentro del mundo urbano de la época.<sup>20</sup>

La influencia intelectual y moral de la Reforma Universitaria de Córdoba<sup>21</sup> impactó profundamente en estos sectores, particularmente en la recientemente nacida “**intelligentsia**” de la clase media. A esto se suman las experiencias de la Revolución nacionalista china de Sun-Yat-Sen, y muy particularmente aquellas provenientes de la Revolución Mexicana y la Revolución Rusa, como trasfondo contextual. Todo ello provoca una serie de respuestas sociales en la intelectualidad latinoamericana, que inicia una suerte de “marcha al pueblo”,<sup>22</sup> en la que la clase media emergería como líder de los movimientos nacional-populares y revolucionarios en América Latina. (Aricó, 1980a: XLIII)

La complejización producida en la sociedad ecuatoriana exigía de nuevas modalidades de flujo de poder, de organización institucional y de interacción social. La crisis del cacao, en sus múltiples efectos, abrió paso a una época de creciente conflicto social, que se expresó en el cuestionamiento de los sectores artesanales, las insurrecciones campesinas,

los intentos armados de algunos grupos políticos (la aventura de Jacinto Jijón y Caamaño en 1924) y los movimientos al interior de las Fuerzas Armadas, institución que había crecido significativamente durante las primeras décadas del siglo.

Los sectores populares, aunque de manera espasmódica y segmentada, intentaron nuevas vías de expresión, al igual que los grupos medios (empleados, intelectuales y estudiantes), proceso en el cual llegaron a fuertes enfrentamientos con el Estado y los grupos sociales dominantes, que se expresaron claramente en el carácter de las luchas sociales de los años veinte y treinta.

Maiguashca señala la influencia profunda que tuvieron los cuadros militares “en la formación de la mentalidad de los sectores medios en los años veinte y treinta”. Este importante grupo de empleados desafió “...por otras vías...la relación secular entre dominantes y dominados, tal como lo hicieron en otras formas, los artesanos, los obreros fabriles y los trabajadores rurales” (1988: 22).

Así, el grupo de empleados militares se transformó en el eje social de las peticiones de racionalización del Estado, que por supuesto implicaba primeramente la burocratización de la carrera militar, en un contexto en que las relaciones patrimoniales y clientelares impregnaban a la institución armada.<sup>23</sup> El choque entre el sistema clientelar y los empleados militares se produjo con particular fuerza dentro de los grupos de nuevos cuadros de la oficialidad, que pugnaban por establecer la carrera en base al mérito individual y mediante canales institucionales y reglamentados. El clientelismo reinante creaba condiciones que bloqueaban la posibilidad de transformar y “racionalizar” a la institución, lo que llevó a la oficialidad baja y media a impulsar un proyecto de carácter reformista, la “Revolución” del 9 de julio de 1925.

#### *1.3.4. El indigenado y el campesinado*

La situación del campesinado y del indigenado se diferenciaba claramente de la de los sectores sociales antes descritos (artesanos y grupos medios): tradicionalmente ligadas a la hacienda serrana, las comunidades habían logrado establecer una suerte de simbiosis [asimétrica] con ella; la hacienda fue, de esta manera “...un complejo mecanismo donde operaban poderes contrapuestos y paradójicamente

complementarios: el de la comunidad indígena y el del terrateniente.” (Arcos, 1986: 272)

Lo anterior, por supuesto, no niega la existencia de una “explotación inclemente”, pero directamente asociada al plano simbiótico, y por ello marcada de particularidades y especificidades que la diferencian de la relación feudal en sus formas clásicas: “...una relación de poder que no es, por cierto, la del amo y su vasallo” (Ibid: 273).

El “espíritu del progreso”<sup>24</sup> de los hacendados serranos, la entrega a la Asistencia Social de las haciendas que habían pertenecido a las órdenes religiosas, revertidas en gran parte al Estado por medio de la ley de Manos Muertas (1906), y posteriormente alquiladas a arrendatarios privados, son procesos que rompieron en gran medida el plano simbiótico comunidad-hacienda, lo que, asimismo, provocó la reacción indígena. Es por ello que no debe sorprender que en medio de esta lógica de articulación y resistencia de las comunidades, una de las reivindicaciones que se levantaron fuera el retorno al huasipungo<sup>25</sup> o a formas de relación precapitalistas en el espacio hacendatario. Entre 1910 y 1925 se contabilizan 11 grandes levantamientos indígenas, de los cuales los más conocidos son los levantamientos en Azuay, en 1923 y 1925 y el de Leyto en 1923. (Albornoz, 1971: 71-82)

Pues como lo señala con fuerza Aricó, la realidad indígena era un elemento central de lo peruano -y de lo ecuatoriano también-, pero la característica de las intelectualidades de ambos países es “haberse constituido a espaldas de esta realidad.” (1980a: XLIII-XLV)

El Estado Republicano se constituyó sobre bases políticas, ideológicas e institucionales que mantenían inmodificada la herencia colonial y que instalaba de hecho un sistema cuasi medieval de estamentos jerárquicamente organizados. (Aricó, 1980a: XLIV)<sup>26</sup>

En este contexto, el discurso modernizador de la clase media y el modelo latifundario-empresarial de los hacendados del “progreso” encontró al indigenado como el mayor lastre histórico para consolidar el avance del capitalismo y la modernidad; instituyendo de esta manera un análisis -desde las élites- que implicaba la apología del progreso técnico y que definía al indio como paradigma de “...perversión y estupidez, vagancia y estulticia” (Arcos, 1986: 273).

De esta manera se identifican modernidad y racismo dentro del discurso de las élites, tanto al interior de los grupos emergentes como de los dominantes, pero con una particularidad proveniente de la tra-



dición católica que define a este racismo de una manera especial: el indio es, a pesar de todo, “hermano en Cristo”. Arcos señala, no sin ironía, que esto estaba motivado también en necesidades pragmáticas, ya que los indígenas eran “...la única e insustituible fuerza de trabajo”. Así, la sociedad definió a lo indio como un “arquetipo negativo de la propia cultura nacional” (Ibid: 274).

En esta situación, diversas gamas de sujetos sociales y grupos sociales se instituían (es decir se reconocían a si mismos como tales) pluralmente, de modo concurrente con frecuencia, pero muy pocas veces de manera recíproca, lo que produjo la parcelación extrema de conciencias y conflictos, como analiza Carlos Franco (Cfr. 1983) en referencia al caso peruano, análisis que puede ser extendido a nuestro país, donde también coexistían

“...movimientos indígenas milenaristas, rebeliones antilatifundistas, movilizaciones bajo el mando de caciques políticos locales, demandas regionalistas y anticentralistas, dirigidas por los señores de la tierra, reclamos por el salario y/o por la determinación de la jornada de trabajo, protestas circunscritas localmente contra la presencia de compañías extranjeras, levantamientos contra el fisco”. (Franco, 1983: 141)

Todo ello expresaba la heterogeneidad de condiciones de vida, intereses y conciencia de los diversos grupos sociales. Los sectores sociales subalternos, probables “portadores de lo nacional”, se debían interpelar recíprocamente, se debían sumar para conseguir tanto la construcción de la nación como para lograr ampliar los espacios de participación política e impulsar la búsqueda de un proyecto societal alternativo. Se requería para ello de una alianza interclasista, interregional e interétnica para conseguir estos objetivos, como había planteado Mariátegui. (Ibid ant.: 152-153)<sup>27</sup>

#### **1.4. El Estado y su modernización espasmódica**

El término mismo “modernización” se presta a muchos cuestionamientos, pero no tanto en lo que se refiere a su capacidad explicativa de algunos aspectos de los procesos sociales y políticos<sup>28</sup>, sino en tanto prescribe una visión de sentido, teleológica, cargada de valores sesgados respecto al “deber ser” de la sociedad.

El “proceso de modernización” como tal es resultado del juego diverso de las fuerzas sociales y políticas, específico en cada sociedad, es decir, históricamente situado. Las formas de quehacer “tradicional” (tipo ideal contrapuesto a lo “moderno”) no son necesariamente reemplazadas por las nuevas modalidades “modernas” de acción política, sino que se enlazan con ellas, reproduciéndose a su interior, no siendo de ninguna manera parte de un proceso histórico con un sentido definido que deba descartarlas. Esto es aún más relevante en el caso de las sociedades capitalistas tardías, periféricas, en las que el despliegue de la modernidad<sup>29</sup> se relaciona con la penetración del capitalismo y no con un desarrollo endógeno del mismo, como es el caso de la sociedad ecuatoriana.

La penetración de la modernidad (y de sus lógicas) debe ser concebida como un proceso complejo, que no denota “avance” ni “destino” a futuro, sino que se relaciona con una adaptación funcional a las lógicas del capitalismo, la penetración del mismo al interior de la sociedad nacional, la articulación de esta al mercado mundial y las consecuencias sociales, económicas y políticas que produce este proceso.

Todo proceso modernizador tiene sus desafíos, específicos a la situación nacional en la que se inscribe. En lo que se refiere al caso ecuatoriano, la integración escasa del espacio nacional, tanto geográfica como políticamente, a inicios de siglo, implicó la existencia de un fuerte clivaje regional y la presencia de un poder fragmentado, en una gran cantidad de microsociedades, laxamente articuladas a nivel regional, y aún menos relacionadas con un escenario global, de rango nacional.

Por ello, en la primera década del siglo no se puede encontrar plenamente desarrolladas a ninguna de las fuerzas consideradas “aliados-clave” de las posibles tendencias modernizadoras: la burocracia civil centralizada no existía, así como tampoco (aún) un ejército con pretensiones modernizantes (Huntington, 1972: cap.3). Estos grupos empiezan a cobrar fuerza y actuar a finales del período al que se hace referencia en este trabajo, en un contexto de “crisis de lealtad” (Cfr. Maiguashca, 1988) al Estado liberal-oligárquico y los mecanismos de dominación política del mismo, lo que a su vez implicaba una crisis de legitimidad.

A pesar de lo anterior, en la época a que este trabajo se remite se puede encontrar dos momentos claros de expansión (diferenciación funcional) y racionalización del aparato estatal, intentos de modernización que no llegaron a cobrar la amplitud propuesta por sus propulso-

res: en la primera fase liberal, durante el período 1902-1910, y a raíz de la revolución juliana (1925). En estos momentos se puede observar lo que podría denominarse “*modernización espasmódica del Estado*” ya que estas coyunturas aparecen como impulsos frustrados en su grado de amplitud y profundidad, a pesar de la gran significación que tuvieron en su momento.

#### 1.4.1. *La crisis de lealtad: burocracia, ejército y modernización*

Con respecto a los grupos básicos que las teorías de la modernización ubican como centrales para apoyar un proceso de modernización del Estado, la burocracia y el ejército -o la institución militar-, cabe realizar algunas precisiones. A raíz del proceso de diversificación estatal que acaeció entre 1900 y 1910, los empleados estatales empezaron a constituirse como un grupo con personalidad propia (Maignushca, 1988: 19). Estos empleados se articularon a redes clientelares, en primera instancia, para garantizar condiciones favorables para sus ascensos burocráticos <sup>30</sup>, dentro de la lógica propia del modelo liberal-oligárquico.

Pero desde 1920, el cuestionamiento a esta orientación partió de los propios empleados estatales, los cuales se vieron afectados en sus intereses por la depreciación monetaria creciente y el impacto de la misma sobre los grupos de ingresos fijos, a resultas de la crisis cacaotera; así se produjo la ya mentada “crisis de lealtad” que según Maignushca (1988: 19 y s.s) será uno de los elementos fundamentales que permiten comprender el comportamiento de los grupos burocráticos y militares en los veinte y treinta. A esta crisis de lealtad se suma otra crisis, de “autoridad paternal”, que afectaba a los estratos artesanales e indígenas y campesinos, grupos subalternos no ligados directamente al Estado.

En el caso de la Institución Militar, el ejército que apareció a raíz de la revolución liberal se encontraba igualmente marcado por el caudillismo y caciquismo en su organización institucional. Como la misma Revolución Liberal, estaba conformado por una coalición de fuerzas de diversas proveniencias e intereses, desde las montoneras costeñas hasta los ejércitos informales de los liberales serranos, como puede ser ejemplificado en los casos del coronel -posteriormente general- Julio Andrade o los ejércitos del coronel Carlos Concha en Esmeraldas y Manabí.

Los intentos de modernización de la institución militar serían mas bien tempranos, ya que en 1897 se propuso, por vía del mismo general Andrade, uno de los caudillos militares, entonces legislador, un proyecto de modernización que no pudo ser llevado a cabo, manteniéndose el modelo cacical, que vinculaba totalmente al ejército a las banderías políticas civiles, con el apoyo del mismo Eloy Alfaro, quien contaba con los “pronunciamientos” como un recurso constante para resolver los permanentes impasses políticos y posibilitar de esta manera su propio proyecto.<sup>31</sup>

Desde el bloque “modernizador” liberal, la subsecuente racionalización del ejército era contradictoria con la posibilidad misma del ejercicio del poder, ya que la coalición alfarista era bastante endeble en términos políticos, y su posibilidad de definir a su favor las situaciones coyunturales implicaba necesariamente la capacidad de maniobrar la cúpula militar, sobre la base del despliegue de solidaridades personales y no institucionales.

#### *1.4.2. Los espasmos de la modernización política y social*

El primer gobierno de Alfaro, hasta 1900, manifestó incapacidad política de llevar a cabo los postulados liberales, las transformaciones radicales propuestas en 1895. Se argumentó, en primera instancia, que las transformaciones debían esperar “para no asustar al pueblo fanático e ignorante”; sin embargo, los sectores más radicales del liberalismo seguían propugnando la transformación, dividiéndose así el partido liberal en dos alas: radical y moderada. Esta escisión es visible desde el Congreso de 1896, en el que:

“...si se estudia con detenimiento el diario de los debates, se puede ver con claridad que empiezan a esbozarse dos bandos bien definidos (al interior del Partido Liberal, N.D.A.): uno que quiere una real reforma política y otro que se opone a todo paso en ese sentido, argumentando la necesidad de la cautela”. (Albornoz, 1971: 5)

Las primeras reformas que planteó Alfaro en el poder fueron dirigidas a negociar las nuevas relaciones entre Iglesia y Estado, y también a posibilitar la construcción del ferrocarril: parece que Alfaro no quiso en realidad romper con la Iglesia, sino solamente obligarla a que acep-

te las reformas liberales (Ayala, 1988: 126). La más radical redefinición de las relaciones entre estas dos instituciones sería llevado a cabo en el gobierno de Leonidas Plaza Gutiérrez, entre 1901 y 1906.<sup>32</sup>

Plaza, en su primer gobierno, llevó a cabo las transformaciones liberales mediante un acuerdo entre los diversos sectores: controlaba tanto al ejército como al Parlamento, mediante una “entente” a la que había llegado, tanto con sus opositores dentro del liberalismo como con los sectores conservadores, acuerdo que hizo que entregue

“...varios cargos públicos y hasta secciones enteras de la administración seccional a conservadores dispuestos a colaborar. Esto se vio como una contradicción, puesto que en el gobierno de Plaza se efectuaron las reformas más radicales del Estado Laico, ante varias de las cuales el propio Don Eloy había dudado, por considerarlas muy tempranas”. (Ayala, 1988: 129-130)

De esta manera, las transformaciones logradas en el plano político, en la relación Iglesia-Estado cerraron el paso a las transformaciones sociales liberal-radicales, ya que Plaza ofrecía garantías al latifundismo serrano para poder concentrar su ataque específicamente contra la Iglesia Católica: ya no se habla de la abolición del concertaje como reivindicación central e impostergable del liberalismo, sino que -por el contrario- esta reforma se condicionaba a los intereses terratenientes. (Ibid: 130)

El bloque liberal que había ascendido al poder en 1895, con el apoyo de los sectores agroexportadores costeños y de algunos sectores populares movilizados al calor de la alfarada<sup>33</sup>, sobre la base de un proyecto político democrático-radical, que ponía su acento en la reivindicación del derecho a la posesión de la tierra y la supresión de las instituciones como el concertaje, fue reemplazado por una alianza de intereses entre los sectores dominantes clásicos, sobre la base de la aceptación de un programa de modernización política limitada y la congelación de los procesos de modernización social inducidos desde el Estado. (Ayala, 1988: 120-123)

Sin embargo las bases de este nuevo modelo de ejercicio del poder, las posibilidades de que este acuerdo se establezca, eran aún débiles, por lo menos hasta 1912. En 1906, Alfaro retomó el poder, luego de la llamada “campana de los 20 días”, un típico **pronunciamiento** militar que le abre paso al Estado, con el apoyo coyuntural de diversos sectores:

Alfaro triunfó esta vez contra el grueso de la burguesía (agroexportadores cacaoteros, banqueros costeños, importadores, N.d.A.) y el latifundismo, con el respaldo del Ejército, de amplios grupos populares (especialmente artesanos guayaquileños, N.D.A.), de los intelectuales radicales del liberalismo, así como con el apoyo de un sector minoritario de la burguesía<sup>34</sup> con intereses en la industria y, desde luego, la ayuda definida de la compañía del Ferrocarril, dirigida por Mr. Harrnman. Es preciso además anotar que Don Eloy recibió aquí el apoyo coyuntural de un sector del latifundismo serrano, con intereses en la industria y necesitado de proteccionismo. (Ayala, 1988: 132)

Así pues, la atribución de intereses estructuralmente definidos o “ecuaciones simplistas” (burguesía igual proyecto modernizador; latifundistas igual reacción feudal y tradicionalismo) e unidireccionalmente realizados, se presenta como errónea. Arcos (1986: 269-271) critica este tipo de aproximaciones en la interpretación que Agustín Cueva hace de la política y del Estado en este período, criticándolo por su modelo, en que a las fracciones agroexportadoras les correspondería de **facto** una visión liberal-modernizante, en tanto que a los latifundistas serranos una posición feudalizante-conservadora.

Al interior de la plantación agroexportadora, pese a las tendencias conducentes al desarrollo y consolidación de relaciones capitalistas en el plano de la producción, en la mayoría de las explotaciones se mantuvieron relaciones sociales tradicionales, precapitalistas<sup>35</sup>, en tanto que en la hacienda serrana se puede observar una tendencia a introducir nuevas técnicas “a fin de aprovechar mejor las ventajas asociadas a la ampliación del mercado interno”<sup>36</sup> (Cfr. Arcos, 1986).

Por otra parte, era necesario recobrar el empuje político para la realización y culminación del ferrocarril, cuya terminación se veía amenazada, comprometiendo al Estado, que había dedicado ingentes recursos para este proyecto<sup>37</sup>. El ferrocarril fue inaugurado el 25 de julio de 1908, en medio de la expectación general, que creía en que produciría efectos cuasi taumatúrgicos y milagrosos<sup>38</sup>.

El gobierno alfarista tuvo que retroceder en la implementación de una Ley de Protección Industrial, debido a la presión de los comerciantes, e incluso se produjeron enfrentamientos con los intelectuales radicales en 1907, a lo que se sumó una creciente pérdida de liderazgo en el Ejército por parte de Alfaro y su grupo, con lo cual se anunciaba su caída y posterior arrastre de 1912:

“Alfaro se comprometió no solo con un programa de secularización del Estado, sino de franco avance modernizador que incluía desarrollo industrial, la organización obrera-artesanal y, hasta cierto punto, la liberación de los campesinos de las arcaicas relaciones de producción. Esto le enajenó el apoyo del grueso de la burguesía comercial-bancaria y del latifundismo, lanzándole de vuelta a buscar el respaldo de una compleja y contradictoria alianza, que incluía al incipiente sector industrial de la burguesía, a una minoría terrateniente, a los intelectuales ‘históricos’ del liberalismo, al Ejército, a las bases populares liberales y a la Compañía del Ferrocarril. Esta alianza no podía durar mucho y fue descomponiéndose aceleradamente hasta que cayó en pedazos cuando Alfaro dejó el poder en 1911”. (Ayala, 1988: 137)

#### *1.4.3. Los esbozos de organización partidaria y la modernización*

Durante estos años, y en el contexto de un tipo particular de modernización estatal, se empieza a plantear la necesidad de crear partidos políticos con un mayor grado (relativo) de institucionalización, que no fuesen una mera suma de fracciones desarticuladas, para de esta manera organizar de mejor manera la participación política y el acceso de los distintos grupos sociales e ideológicos al Estado. Hasta entrados los años veinte, no se instauraría esta modalidad “moderna”, con mayores ingredientes de racionalización e institucionalidad como la forma dominante de relación entre los partidos políticos y el Estado, pero ya en 1906, sobre la base de la movilización de sectores artesanales que apoyaban a Alfaro, se planteó la necesidad de organizar el llamado “Partido Liberal-Obrero”, que puede ser considerado como un antecedente radical a posteriores organizaciones liberales de izquierda.<sup>39</sup>

Este proyecto de partido se encontraba ligado a los sectores radicales del liberalismo y planteaba la promulgación de una Ley de Trabajo que reglamentase las relaciones laborales y consagrarse la igualdad de los trabajadores, sin distinciones de ninguna clase, lo que de hecho constituía un cambio de la conciencia gremial, particularista y cerrada, hacia un sentido “moderno” de igualdad ante la Ley; el programa también postulaba el igualitarismo entre géneros se manifestaba contra el regionalismo y el concertaje y pedía la sistematización de las estructuras partidarias en la política, además de la subordinación de las actividades políticas de los miembros del PLO a la dirigencia de las organizaciones, pero con una característica peculiar: lo político dependería de

lo sindical, y la Confederación Obrera del Guayas (COG) sería el eje articulador del proyecto. Tras este programa era evidente la presencia de sectores liberales sindicalistas, liderados por el ciego Albuquerque.<sup>40</sup>

Pero este esbozo de organización partidaria, dependiente del naciente sindicalismo, no daría frutos y se devanecería a corto plazo<sup>41</sup>. Una vez muertos los Alfaro, se consolidó la alianza que ya se había perfilado durante el primer gobierno de Plaza, precisamente con este personaje como centro articulador en términos de liderazgo político. Empezó de esta manera la época dorada de la bancocracia, y el Estado adquirió un marcado acento oligárquico, cuyo eje de poder era el Banco Comercial y Agrícola: esta es la llamada etapa Liberal-Plutocrática, en la que se consolidó la hegemonía de la fracción bancaria guayaquileña, ligada a la agroexportación cacaotera, en alianza con algunos sectores conservadores serranos.<sup>42</sup>

Sin embargo, los sectores urbano-artesanales movilizados por el liberalismo radical, pasaron a constituirse como actores sociales relativamente institucionalizados, con canales de expresión, un grado de organización autónoma estable y en expansión, e incluso intentando transformarse (tempranamente) en actores políticos. El mecanismo de la huelga empezó a ser utilizado no solo con tintes reivindicativos de aspectos económicos, sino también políticamente (Páez, 1986: 37); el movimiento gremial lentamente se fue impregnando de concepciones sindicalistas, el pensamiento socialista empezaba a infiltrarse en las organizaciones de trabajadores por vía de los asalariados extranjeros del ferrocarril y de los marinos que recalaban en el puerto de Guayaquil, ligados a organizaciones internacionales de trabajadores, algunas de ellas extremadamente contestatarias, tales como la Industrial Workers of the World (IWW). (Páez, 1986: 38-51)

En el campo también se manifestaban condiciones crecientes de conflictividad social, altamente desestabilizadoras durante la década del diez y principios del veinte. El ítem regional tiene un fuerte peso específico al momento de estudiar el sentido de esta conflictividad, de acuerdo a cada espacio microregional, como sucedió en el caso de las montoneras llamadas “Revolución Conchista”, que tomaron su nombre del cacique que las lideraba, el hacendado-coronel Carlos Concha. Así pues, la dominación plutocrática liberal postalfarista no fue incuestionada, sino que, por el contrario, tuvo algunas fisuras, que en 1922 se hi-



cieron aún más evidentes, en un contexto de cuestionamiento por parte de los grupos subalternos urbanos.

El incipiente proyecto de la modernización estatal fue expresado en el Ejército por los oficiales medios y bajos, quienes también cuestionaron el modelo liberal-oligárquico de dominación, mediante la Revolución Juliana de 1925<sup>43</sup>. El crecimiento de los sectores sociales subalternos, asociado al desarrollo urbano y el lento proceso de integración del mercado nacional (que aunque incipiente no dejó de ser significativo), planteó la necesidad de reformular los mecanismos institucionales de procesamiento de conflictos, necesidad que fue reconocida incluso por el último de los presidentes del período liberal-oligárquico, Gonzalo S. Córdova, en su programa de gobierno.<sup>44</sup>

Cuando se produjo la Revolución Juliana, esta se manifestó como un proceso de transformación institucional influido por el pensamiento socialista<sup>45</sup>, que para aquel entonces (desde 1922, a raíz de la huelga y la masacre en Guayaquil) había tenido un impacto creciente en distintos sectores: el movimiento gremial, la intelectualidad de clase media e incluso la oficialidad baja y algunos mandos medios del ejército, que pugnaban por la institucionalización y la modernización del Estado y la sociedad.

Para Ricardo Paredes, primer Secretario General del PSE, fundado en 1926, quien realizó una interpretación retrospectiva (tres años después, durante el VI Congreso de la Internacional Comunista) de la Juliana, este movimiento había sido dirigido contra la plutocracia financiera y los grandes propietarios terratenientes, los funcionarios corrompidos del Estado y los jefes del Ejército, lo que se certificaba, siempre según Paredes, en la transferencia de algunos “monopolios privados al Estado”, y en la expropiación de tierras. Paredes llegó incluso a percibir una vocación antiimperialista en la Juliana, que además impulsó también la organización obrera. (VI Congreso, 1978: 182-183)

#### *1.4.4. La diversificación funcional del Estado*

Otro de los elementos que permiten comprender los cambios acaecidos durante la Juliana, hace relación a las transformaciones en la organización del Estado, que implicaron una creciente diversificación institucional y funcional del mismo, tanto en los aspectos normativo-

legislativos, como en la creación de organismos y agencias estatales especializadas.

En la época liberal se habían constituido cinco ministerios, y la cantidad de empleados en algunos de ellos había aumentado en la proporción de seis a uno, lo que hace evidente tanto la expansión significativa del aparato estatal, como el aumento de la población burocrática, concomitante a esta expansión. A raíz de la Juliana se redistribuyeron las funciones y competencias institucionales de los Ministerios y se crearon otros nuevos sectores administrativos a ese nivel: los de Previsión Social y Trabajo, y el de Obras Públicas.<sup>46</sup>

En lo referente a la legislación social, hasta 1926, había estado entremezclada con la legislación civil y con la legislación policial. Durante la primera etapa del gobierno juliano se expidieron leyes reguladoras del contrato individual del trabajo, sobre el trabajo de menores y mujeres, de desahucio de trabajo<sup>47</sup>, determinación de la jornada y de accidentes del trabajo e incluso una ley procesal del Trabajo, con lo cual la legislación laboral fue trasladándose del ámbito del derecho privado al del derecho público, transformación fundamental en la índole institucional de estas regulaciones.

En 1929 la Constitución hizo ingresar en el derecho público, de manera definitiva, esta legislación: el Artículo 18 hablaba de la “protección del trabajo y su libertad”, en tanto que el Art. 24 llegó a señalar que el Estado estimularía la agremiación y desarrollaría la asociación tanto de patronos como de obreros. (Páez, 1986b, 5-10)

Esta tendencia modernizadora en el ámbito de la legislación social se vio correspondida con transformaciones institucionales en lo económico, en el ordenamiento legal e institucional: creación del Banco Central, de la Superintendencia de Bancos, profundización de la institucionalización de las Fuerzas Armadas, complementándose así el conjunto de transformaciones de la Juliana, en el proceso de modernización estatal.

Todos los elementos antes señalados fueron el contexto histórico en que se desarrolló el naciente movimiento obrero y la izquierda ecuatoriana; a continuación se estudian algunos aspectos relevantes de la discusión teórica y política del marxismo en general y de la Internacional Comunista en particular, aspectos que influyeron sustantivamente en las opciones ideológico-políticas y organizativas de la izquierda-marxista ecuatoriana, durante sus años fundacionales.

**Notas:**

- 1 Para efectos de la caracterización regional, asumimos los planteamientos de Maiguashca (1988: 1-15), quien define tres regiones básicas, con sus respectivos centros urbanos: la sierra norte (Quito), Sierra sur (Cuenca) y región agroexportadora (Guayaquil)
- 2 El subrayado es del autor
- 3 Crecen además los precios de transporte de la pepa, debido al peligro que representaba la guerra submarina. A fines de la década del diez, varias plagas diezmaron la producción (escoba de la bruja y monilla). Se emite una legislación especial *-la Ley Moratoria-* para proteger los intereses agroexportadores y bancarios, en respuesta a la crisis.
- 4 En la primera mitad de la década de los veinte la industria textil incrementó el valor de sus exportaciones en cinco veces: de 200 mil a un millón de sucres, pero en un contexto de rápido deterioro del valor real de la moneda. Aunque se tomaron medidas proteccionistas en el vecino país, no declinó la producción textil, a pesar de que el valor de las exportaciones si bajó: esta industria, como bien dice Maiguashca (1988:9-10) “logró encauzar su producción hacia una creciente demanda interna”. Al incrementar el uso de materias primas nacionales, estas industrias y otras como las de calzado, generaron los llamados “encadenamientos hacia atrás”.
- 5 La noción de “modernidad”, asociada a la noción de “progreso” se manifiesta en un deliberado sesgo urbano, favorable a la constitución de grandes centros poblacionales, tanto en la percepción de las élites como en la de los estratos urbanos subalternos; en ese sentido, el crecimiento de las ciudades debe ser tratado como un cambio de primer orden, que relocaliza las relaciones de poder, anteriormente relativamente dispersas a lo largo de un espacio agrario ampliamente fragmentado, y las centraliza en torno a las nacientes ciudades.
- 6 CUADRO 1: CRECIMIENTO POBLACIONAL DE GUAYAQUIL A PRINCIPIOS DE SIGLO\*

Año (hab/has)	Población	hectáreas	densidad
1903	73.515	460	160
1919	89.771	484	185
1930	116.047	593	196

\* Tomado del cuadro “EVOLUCION DE LA POBLACION Y EL AREA URBANA DE GUAYAQUIL, 1740-2000”, (Rojas y Villavicencio, 1988: 186)

Este significativo crecimiento poblacional, especialmente visible durante la década del veinte, implicó, como ya se dijo el apareamiento de nuevas inversiones e industrias, en un espacio geográfico de la urbe más o menos acotado: “Al sur de la calle Gómez Rendón y al este de la calle Chimborazo se instala la fábrica de hielo, de bebidas gaseosas, de chocolates, lavanderías, fundiciones de hierro, conformándose así el ‘barrio de la industria...’” (Ibid ant., 1988: 24)

- 7 Otras fuentes coinciden en las cifras y datos anteriores (Menéndez-Carrión, 1986: 46). Así pues, la ciudad de Guayaquil se ha caracterizado desde fines del siglo pasado por sus altas tasas de crecimiento económico y físico, superior al de las otras urbes ecuatorianas, en razón de la dinamía introducida por la agroexportación, el comercio y el capital financiero. La tasa de crecimiento promedio de Guayaquil entre 1896 y 1909 asciende al 2.47% anual, que expresa la tendencia creciente a la urbanización. (Rojas y Villavicencio, 1988: 12 y 22)
- 8 “...El crecimiento de Quito en forma longitudinal...ciudad que antes crecía en forma exclusivamente radial-concéntrica... con una connotación claramente segregacionista: mientras la gente adinerada se va desplazando desde el centro hacia el norte, por el sector de la Alameda hacia Ñaquito, para ocupar villas y chalets, los barrios marginales del sur y de las colinas

- de la ciudad son las viviendas de los obreros que trabajan en una incipiente industria localizada a la entrada sur.” (Vásquez, 1988: 215)
- 9 Un proceso comparable, en algunos aspectos, al descrito por Alberto Flores Galindo (1982) en el caso peruano y su movimiento artesanal-obrero, a principios de siglo.
  - 10 El tipo de organización artesanal implicaba una relación de dependencia del aprendiz y obrero respecto al maestro del Taller; Maiguashca se refiere originalmente a la ruptura de las solidaridades patriarcales en la relación específica entre los estratos dominantes (en particular terratenientes) y los grupos sociales subalternos. En este caso, se asume que esta crisis de solidaridad patriarcal *acaece también en el espacio del taller artesanal y de sus jerarquías tradicionales*, que empiezan a ser contestadas por aprendices y obreros.
  - 11 Existen por otra parte procesos de rango continental, tales como la Reforma Universitaria de Córdoba, que también impactaron fuertemente en la conciencia de estos sectores medios, los que demandan crecientemente acceso a la participación política: El radicalismo de Irigoyen, en Argentina, y el gobierno de Leguía en Perú lograron expresar limitadamente esta creciente presencia de los sectores medios en la política, con intereses y fuerza propias.
  - 12 En la línea en que se centra la argumentación, el conjunto de los sectores subalternos (y no solo el proletariado industrial) serían los destinatarios privilegiados del discurso socialista, al igual que del discurso populista. Lo que diferenciaría a estos dos discursos no sería el “receptor”, sino el sentido potencial del sujeto a ser construido desde el discurso. Una línea argumental complementaria indica que en los procesos reales la constitución del sujeto popular-democrático desde el discurso socialista ha sido muy difícil, debido precisamente al “reduccionismo de clase” manifiesto en las interpelaciones de la izquierda marxista al momento de construir el discurso socialista. (Laclau, 1986: 112-126)
  - 13 Cabría señalarse que Albuquerque era también Maestro Masón, fundador de la Logia Luz del Guayas # 10, en un contexto en el que los liberales radicales (en particular los Alfaros) también pertenecían a la Orden Masónica, y en momentos en que el enfrentamiento con la Iglesia es un asunto central. Habría que recordarse también que en el arrastre de los dirigentes liberales alfaristas en 1912, el hecho de su pertenencia a la masonería fue uno de los elementos que movilizaron al populacho, bajo la dirección de algunos sacerdotes. De esta manera, la asimilación de Albuquerque al “anarquismo” parecería formar parte más del conflicto Iglesia-Masonería, particularmente intenso a principios de siglo, antes que ser en realidad una adscripción ideológica del sastre cubano.
  - 14 Este hecho implica que el movimiento gremial guayaquileño se encontraba más desarrollado que su similar quiteño y serrano, ya que sus delegaciones estaban compuestas únicamente por trabajadores y artesanos, sin incluir a los llamados “doctores”, que eran generalmente dirigentes conservadores provenientes de los estratos sociales altos.
  - 15 Debe aclararse también que el concepto “obrero” en su utilización para la época se hallaba bastante indefinido, ya que se incluye en el mismo a organismos seccionales, gremios artesanales, trabajadores asalariados e incluso a intelectuales conservadores, provenientes de las élites políticas y sociales serranas (los llamados “doctores”). Así, se debe andar con mucho cuidado al adoptar sin beneficio de inventario el término “obrero” para referirse a los trabajadores de la época.
  - 16 Es importante señalar que los dos primeros congresos obreros se producen en fechas patrias: el 10 de agosto de 1910 y el 9 de octubre de 1920, coincidiendo con los centenarios de algunos hechos emancipadores. Esto es relevante, ya que el movimiento artesanal y de los trabajadores empieza a identificar una noción de “patria”, un sentido nacional-mestizo aún incipiente. Las actas del II Congreso Obrero Nacional están reproducidas extensivamente en *Pensamiento Popular Ecuatoriano*, tomo # 13 de la colección de pensamiento ecuatoriano, Banco Central-CEN, Quito, 1981.

- 17 Esto será de importancia central para entender los procesos de 1922, en que la movilización ‘obrera’ del 15 de noviembre y los días previos, que tiene más que ver con una protesta popular generalizada, de la multitud, antes que con una movilización “proletaria”. Esto se posibilita precisamente porque los sectores gremiales y protosindicales guayaquileños trazan líneas de comunicación e identidad con el conjunto de los sectores populares y ejecutan un discurso **originado** en los gremios, pero con capacidad de **interpelar** al conjunto de sectores populares subalternos, a la multitud.
- 18 En 1922 se publicó la obra clásica de Pío Jaramillo Alvarado *El Indio Ecuatoriano*, que si bien manifestaba continuidades importantes con el diagnóstico tradicional, que identificaba al indígena con el subdesarrollo y la barbarie, empieza a abrir nuevos espacios de reflexión sobre lo indígena. La misma literatura indigenista en los treinta y cuarenta, fuertemente influida por el pensamiento socialista y comunista siguió expresando este distanciamiento patético respecto a lo indígena, como sucede en el texto clásico de Jorge Icaza *Huasipungo*. (Cfr. Páez y Bonilla, 1988)
- 19 La noción de **PROYECTO SOCIETAL** está tomada de Heinz Sonntag, e implica la producción de discursos en competición, que incluyen; a) un diagnóstico de la realidad social; b) un horizonte de deseabilidad, es decir una “imagen-objetivo”, y c) la postulación de los medios para lograr lo anterior. Por ejemplo, los indios comuneros levantaban un proyecto que “miraba hacia atrás”, buscando el retorno al pasado, la reconstrucción de la lógica étnico-comunitaria, mientras los obreros fabriles visualizaban el socialismo, un “proyecto de futuro”, como su objetivo. Las clases subalternas, a pesar del desarrollo organizativo que se reseña, no lograron conseguir la “masa crítica necesaria” para irrumpir organizadamente en la política nacional (Maiguashca, 1988: 28-29), aunque en su participación fragmentada y espasmódica lograban desequilibrar poderes regionales e incluso, ocasionalmente, el poder nacional.
- 20 “Así, la embrionaria clase media de aquel entonces se encontraba compuesta de una heterogénea gama de sujetos sociales; desde profesionales, artesanos medianamente acomodados y aristócratas decadentes hasta comerciantes medianos (y estudiantes N.d.A) en un contexto tal que la economía nacional...no lograba... quebrar las bases mismas del proyecto terrateniente y abrir un mercado interior (suficientemente integrado (N.d.A) que posibilitase el nacimiento sin distorsiones tipológicas de las clases sociales propias del capitalismo ...” (Bonilla y Páez, 1988: 76). Por otra parte el significativo énfasis que la revolución liberal había puesto en la expansión de la educación también fue un factor central en la conformación de los sectores medios.
- 21 La Reforma Universitaria de Córdoba se produce entre 1918 y 1919, en un contexto de cuestionamiento global a la Universidad Tradicional, ligada al bloque de poder oligárquico-terrateniente. Esta Reforma plantea la participación de la naciente clase media, la reformulación de los programas universitarios y cuestiona incluso la actitud de la Universidad ante la sociedad nacional. Por boca de sus ideólogos, la reforma es definida como “bolchevismo escolástico”, que se extiende por todo el continente como un reguero de pólvora en sus consecuencias. (Cfr. Bonilla y Páez, 1988)
- 22 Por supuesto, esa “marcha al pueblo” tenía contenidos muy diferentes a la de los *Narodniks* rusos de mediados del siglo XIX. No se trataba de reivindicar los valores populares y la creatividad de la resistencia campesina, sino de “llevar la luz” desde fuera, de “salvar” al campesinado e indigenado.
- 23 El patrimonialismo y el clientelismo denotan una forma de administración institucional que prioriza las relaciones familiares y personales antes que los criterios de mérito en la distribución de prebendas y ascensos; también la acción dominante de **cliques** poderosas y corruptas en la administración institucional. El control que se establecía sobre los empleados militares no obedecía a sistemas racionalizados y procesados de manera burocrático-institucional.

- nal, sino que dependía de lazos y sistemas de interacción de carácter “tradicional” y articulaciones familiares y políticas.
- 24 En el sentido que a esta expresión es atribuido por Carlos Arcos en el artículo antes citado (1986), es decir en tanto los latifundistas y hacendados empujaron una inversión creciente en la industria, tanto a nivel de la modernización agraria como de la producción de manufacturas -textiles fundamentalmente- *para el mercado interno*.
- 25 Para muestra basta un botón: en el periódico del PSE, *La Hoz* -ya controlado por la fracción comunista- #2, de septiembre de 1931, consta un reclamo indígena en Tigua, en el que los denunciantes de una masacre piden al Congreso Nacional se les haga justicia “...**que nos devuelvan lo que hemos dejado en la hacienda, que se nos permita volver a nuestro huasipungo**, en el que han trabajado nuestros mayores tantos siglos”. Se volverá sobre este texto en el capítulo 4.
- 26 En los comentarios a la ponencia de Milton Luna aquí citada (1988) sobre el rol de la multitud en los años treinta, Hernán Ibarra definió como “sociedad de castas” al Ecuador de los veinte y treinta, también mediada por elementos provenientes de otras consideraciones, como lo regional y lo de clase. Por lo demás, una visión similar es la que presenta Flores Galindo (1982) con respecto a la sociedad peruana de los tiempos de Mariátegui, enfatizada en otro texto posterior del mismo autor, en el que al hablar del racismo, define a una “República sin ciudadanos” (Cfr. Flores Galindo, 1987).
- 27 El paso de los actores sociales a actores **políticos** es un tema complejo. Los primeros pueden ser considerados como aquellos grupos situados en la sociedad, que cumplen funciones definidas en el plano económico, y que mantienen y recrean permanentemente su identidad mientras especializan sus funciones. Los actores políticos serían “... clases, grupos o sectores y organizaciones cuya activación política permite a sus dirigentes una participación constante en el proceso político nacional.” (O’Donnell, 1973: 43). En este concepto, la ‘activación política’ consiste en la presentación de demandas al sistema político. El proceso de constitución de los actores políticos puede integrar uno o varios actores sociales; estos no son necesariamente actores políticos: requieren de un **discurso que los interpele y constituya** como sujetos políticos (Laclau, 1986: 112-126)
- 28 Si se concibe a la modernización política en los términos que plantea Huntington (Cfr. 1972), esta podría explicar algunos aspectos de las transformaciones sufridas por el Estado y el sistema político ecuatoriano en la primera mitad del siglo. Para Huntington, la modernización económica (la penetración y desarrollo del capitalismo), la modernización social (el apareamiento de nuevos grupos, la complejización de la sociedad y la creciente movilidad social posibilitada por la modernización económica) no necesariamente coinciden temporalmente con la modernización política. El problema del “orden en las sociedades en cambio” sería la producción de una institucionalidad eficiente para procesar los diversos conflictos políticos que se presentan en aquellas sociedades que tienen un ritmo intenso en sus transformaciones sociales y económicas. Esta “modernización política”, implicaría: a) la “racionalización” del Estado; b) la diferenciación funcional creciente de los organismos estatales y de las instituciones sociales y representativas; y, c) la ampliación de la participación política hacia los nuevos grupos o cubriendo a sectores antes excluidos. Desde esta perspectiva, como se trata a continuación en el texto, se puede observar algunos de los procesos en el Estado y la Sociedad ecuatorianos, utilizando elementos de juicio que se arrancan de la perspectiva de la modernización, pero dejando de lado la lectura teleológica de los mismos.
- 29 Es importante señalar que esta forma histórica de la modernidad es solamente una de las posibles maneras en que los valores de lo moderno pueden expresarse. Está limitada y sesgada por elementos como el extraordinario énfasis en la racionalidad instrumental-formal, por ejemplo. Es posible pensar en otras modernidades posibles, como el riquísimo pensamiento

- de Habermas plantea, dentro de un proceso de liberación y expansión de la acción comunicativa libre de dominación.
- 30 Los procesos de “racionalización” y diversificación funcional también pueden tener arritmias considerables en su desarrollo. En este caso, la diversificación funcional, la ampliación estatal, no se corresponde a una “racionalización” de sus estructuras en algunos aspectos clave: las redes clientelares y no los criterios meritocráticos y burocráticos son los mecanismos de ascenso en el servicio público.
- 31 El proyecto presentado por Andrade tiene entre sus considerandos y justificaciones un auténtico diagnóstico del ejército liberal y de lo que -a juicio del general- debería ser: “El ejército liberal, decía, se está formando. Es preciso que lo sea sobre bases técnicas de estricta sujeción a la disciplina militar, que le permitan desenvolverse al margen de las disputas civiles, como un instrumento exclusivamente destinado al mantenimiento de las fronteras nacionales, al mantenimiento de la paz y orden internos...Es urgente tecnificarlo, neutralizarlo, apartarlo de banderías políticas y caudillajes, dotarle de una doctrina de procedimiento al servicio de la legalidad...La clique alfarista del ejército no disimuló su hostilidad al proyecto; tampoco Don Eloy...” (Andrade, 1962: 23)
- 32 Sin embargo, durante la primera presidencia de Alfaro se llevaron a cabo otro tipo de transformaciones, que incluían el cambio de los aranceles aduaneros, la resurrección de la institución colonial del Patronato, mediante la cual se definía un cierto control de la Iglesia por parte del Estado, control que prohibía al clero participar en política. (Ayala, 1988: 130)
- 33 Los sectores populares movilizados fueron muy diversos: desde los campesinos de las haciendas costeñas, armados por sus hacendados y que obedecían directamente a su liderazgo, hasta los artesanos guayaquileños, e incluso uno que otro dirigente artesanal serrano, a los que se añade la participación de ciertos sectores indígenas (habría que mencionar al coronel Alejandro Sáez, líder étnico en Guamote) en el agro serrano, apoyando a la alfarada por la vía armada.
- 34 Lo mismo que para los sectores subalternos, se debe matizar bastante esta definición de “burguesía” para caracterizar a los sectores dominantes costeños vinculados a la explotación cacaotera. No basta su integración al mercado mundial para definirlos como tal, *strictu sensu*, como ya se acotará posteriormente
- 35 Para certificar esto, Arcos cita a Chiriboga, a efectos de demostrar empíricamente esta funcionalización de formas precapitalistas en una producción exportable con realización en el mercado mundial, antes que remitirse a atribuciones teóricas acerca de un supuesto comportamiento político sobredeterminado por la posición estructural de los grupos sociales.
- 36 Ampliación que, justo es decirlo, aparece en formas muy limitadas y débiles, resultado de las concentraciones urbanas en crecimiento y la expansión de las necesidades y capacidad de consumo de los grupos medios y altos, esencialmente, no necesariamente de los grupos populares.
- 37 En los años de 1916 a 1922, cuando la parte más costosa del ferrocarril estaba ya terminada, y pagada en gran parte, según un informe de la misión Kememer “se gastaron 23 millones de sucres en cinco ferrocarriles...ello significaba alrededor de dos años de ingresos fiscales para la época” (Chiriboga, 1988: 96-97)
- 38 “Quito, la terminal de la línea férrea, así como todo el país, vivió días de regocijo y de fiesta ...pero el ferrocarril dejaba al gobierno con una monstruosa deuda por pagar y sin consigna fundamental, tanto más que la obra no tuvo los efectos casi milagrosos e inmediatos que se esperaban” (Ayala, 1988: 133)
- 39 Ver *La Redención Obrera*, órgano de la Asociación de Estudios, 1906, Guayaquil, en la que se plantea el programa del antedicho Partido Liberal-Obrero, en un contexto de clara vinculación al proyecto de la fracción Alfarista, con el apoyo de la COG y personajes como Albuquerque.

- 40 El contenido del proyecto del Partido liberal-obrero tiene una fuerte influencia de la idea de partidos obreros en Europa, donde probablemente Albuquerque la recogió, durante su viaje a Francia en la última década del siglo XIX, años en que la socialdemocracia y el sindicalismo revolucionario (desde distintas ópticas) tratan de representar a los intereses de los sectores obreros. (Valarezo y Martínez, 1986: 9 y Páez, 1986: 33-36)
- 41 Esto probablemente se debe a la debilidad del discurso del PLO, que no logra “interpelar” a los sectores que trata de representar, cuya identidad se mantiene en el plano (aún incipiente, incluso en este aspecto) de actor social, que apenas empezaba a transitar del gremialismo al sindicalismo, y no podía estar activado aún como actor político, procesos que unos años después se produjeron, en el contexto de la crisis del cacao.
- 42 En las sociedades de capitalismo periférico, en contextos de cambio y modernización, los procesos de ampliación institucional y del sistema político se asientan sobre una base que recupera elementos sociales y de dominación preexistentes para su reproducción, conviviendo con ellos. La negociación entre las fracciones de poder reduce los efectos de la ampliación política y el diseño a los parámetros de acuerdo diseñados de manera que sean funcionales tanto para el sector tradicional -relativamente desplazado- como para los grupos “moderados” del nuevo bloque en el poder, capaces de concertar la alianza. (Cfr. Einsestadt, 1972)
- 43 Razón por la cual este movimiento militar ha sido definido por Adrián Bonilla como “Una ventana a la modernidad”, en vista de los grandes cambios institucionales que produjo en el Estado. (Cfr. Bonilla, 1987)
- 44 “La legislación social aún carece de un sentido orgánico que satisfaga las aspiraciones obreras y del proletariado campesino, y por esta falta de un Código del Trabajo, contemplamos que quedan sin eficiencia práctica algunas de las reformas anotadas, como las referentes al concertaje (formalmente abolido en 1918, N. d. A.), las que garantizan indemnizaciones por accidentes de trabajo; y que faltan en nuestra legislación aquellas que versan sobre la protección en los casos de enfermedades profesionales, de la invalidez de los obreros, las que reglamentan el inquilinato y las casas higiénicas, así como las referentes al trabajo de las mujeres y de los niños, a las provisiones de médicos y medicinas para las poblaciones rurales, y, en fin, las que protegen los derechos de los obreros...” (Orellana, 1930: 148)
- 45 En realidad, en la Revolución Juliana se pueden encontrar muy diversas influencias ideológicas: desde la que es posibilitada por la presencia de la Misión Militar Italiana, con muchos elementos del corporativismo de los fascios Mussolinianos, hasta la de algunos oficiales vinculados a la Orden Masónica, pasando también por sectores militares vinculados a los primeros grupos socialistas y marxistas del país.
- 46 En la época liberal los cinco ministerios eran los siguientes: del Interior, de Guerra, de Relaciones Exteriores, de Instrucción Pública y de Hacienda. Los nuevos ministerios julianos subdividieron las competencias del Ministerio del Interior, fundamentalmente. (Ayala, 1988: 150-151 y Orellana, 1930: 158)
- 47 Que impedían la terminación unilateral del contrato de Trabajo y la relación laboral.



## Capítulo II

# El socialismo, América Latina y el mundo

---

### 2.1. Introducción

El propósito de este capítulo es examinar brevemente los procesos mediante los cuales la corriente socialista penetró y se constituyó en América Latina, los problemas teóricos y políticos de los que tuvo que dar cuenta al momento de caracterizar las sociedades de nuestro continente, tan diferentes de los contextos sociales que presidieron el nacimiento del moderno socialismo en la Europa del siglo XIX.

El objetivo trazado es el de ligar el proceso político e histórico de la izquierda marxista en sus marcos mundial y latinoamericano, para comprender los modelos a los que se refirieron las posteriores discusiones al interior de la izquierda marxista ecuatoriana en sus procesos de diferenciación, al igual que los problemas teóricos básicos a los que intentó dar respuesta, que fueron fundamentalmente tres: a) la definición de los actores, la base social de la transformación socialista propuesta; b) la caracterización del tipo de sociedad en el que se inscribía el proyecto político de la izquierda marxista; y, c) a consecuencia de los dos primeros puntos, el modelo orgánico del partido a ser construido, punto clave para posibilitar la transformación socialista.

En torno a aquellas caracterizaciones primarias fue que el proyecto político tomó forma y sentido: todas ellas estaban atravesadas por el “estado de la cuestión”, es decir, por las caracterizaciones elaboradas en aquel momento histórico a nivel mundial. Cabe señalar que debido a la formación relativamente tardía del PSE, en 1926, la mayoría de estas cuestiones ya habían sido discutidas arduamente al interior del movimiento socialista y comunista mundial, pero aún no se habían resuelto de manera categórica, es decir, no se había organizado todavía un esquema conceptual que absolviese los tres momentos antes citados, por lo menos hasta 1928, en que el VI Congreso de la Internacional Comunista abordó las tres temáticas y las resolvió, con la participación en las discusiones del representante del PSE, su Secretario General, Ricardo Paredes.

## 2.2. Marxismo y Anarquismo en América Latina

El pensamiento socialista moderno proviene, en sus raíces, de las fracciones más radicales de los grupos involucrados en la Revolución Francesa y los orígenes del moderno Movimiento Obrero, ambos fenómenos situados a finales del siglo XVIII y principios del XIX, respectivamente.

Los “socialismos utópicos” -para utilizar el calificativo emitido por Proudhon y usado por Marx- fueron referencias ideales para unos pocos dirigentes de la élite independentista, como Simón Rodríguez, pero nunca tuvieron el empuje y alcance que tendrían posteriormente el anarquismo y el marxismo, las dos variantes del socialismo decimonónico que tuvieron relevancia en América Latina. (Godio, 1980: 32 y Alba, 1964: 69-178)

Por otra parte, en tanto no se desarrollaron en América Latina las condiciones básicas para la penetración y despliegue del capitalismo en su modalidad periférica y dependiente, es decir, en tanto no se articuló nuestro continente a la nueva División Internacional del Trabajo propia de la época posterior a la Revolución Industrial y al mercado mundial que esta produjo, y mientras no se conformaron los nuevos grupos sociales y se dieron las condiciones de urbanización y desarrollo económico limitado, la pertinencia de la ideología socialista era simplemente la de una curiosidad metropolitana, que no tenía mucho que ver con la historia y la realidad social de nuestros pueblos, máxime cuando tanto el anarquismo como el marxismo proclamaban su condición de ideologías de la modernidad y del progreso. (Cfr. Cole, 1958)

Una vez desarrollado un capitalismo incipiente y de penetración en algunos países de América Latina -Argentina y Uruguay, especialmente-, la constitución de una clase obrera compuesta por inmigrantes trajo consigo el apareamiento de las ideologías socialistas revolucionarias, en algunos casos incluso antes de que se conforme y desarrolle el grupo social portador de tales ideologías, ya que los inmigrantes traían consigo una experiencia social marcada por el conflicto de clases y sus correlatos ideológicos. (Godio, 1980:32 y Páez, 1986: 24)

El carácter de la inmigración y el desarrollo incipiente del capitalismo por “penetración” hizo factible la presencia de los primeros grupos organizadores de tendencia socialista libertaria (anarquistas), hacia

finis del siglo XIX en los países antes mencionados, a más de Brasil, Chile y México. (Cfr. Godio, 1980 y Cfr. Gómez, 1980)

En los otros países de América Latina esta ideología se expandió por difusión; se conformó así el anarquismo de “segunda generación”, traído por los marinos de otros países latinoamericanos, españoles y norteamericanos que recalaban en los puertos a finales del siglo pasado y principios del presente, tal como sucedió en el Ecuador, en el desarrollo del anarquismo en Guayaquil durante los primeros años de este siglo. (Cfr. Páez, 1986)

El marxismo apareció con contornos menos claros que el anarquismo, y su posterior hegemonía dentro del movimiento obrero y socialista de América Latina se relacionó íntimamente con el triunfo de la Revolución Rusa y de las técnicas leninistas para la toma del poder. Dentro de la tradición del movimiento marxista internacional, antes de la Revolución de Octubre, apenas se puede señalar la presencia marginal del Partido Socialista Argentino en la Segunda Internacional, a principios de siglo, como un aporte latinoamericano.

Por otra parte el importante acento que puso el marxismo (particularmente en su versión socialdemócrata) en la necesidad previa del despliegue del capitalismo en las sociedades periféricas, para que así se generen las condiciones sociohistóricas que posibiliten la revolución socialista<sup>1</sup>, hizo que su impacto y formas de acción esencialmente parlamentaristas carecieran de sentido en sociedades cuyos procesos históricos habían bloqueado en gran medida sus “revoluciones burguesas”, que o no se habían dado, o si se habían realizado, mal podía decirse que desplegaron las potencialidades democratizadoras en el plano político que les atribuía la doctrina marxista<sup>2</sup>.

En América Latina, en aquellos años, la penetración del capitalismo no era sinónimo de presencia de la democracia burguesa; las formas de dominación permanecían más cercanas a moldes patriarcales y tradicionales: las (limitadas) modernizaciones económica y social no tenían un correlato en el plano de lo político, a más de lo que estas modernizaciones **tampoco** se habían dado con la fisonomía, amplitud y sentido que habían tenido en Europa Occidental.

En suma, históricamente el Estado no se había desplegado en la sociedad, pretendiendo representarla globalmente, ni tenía sus raíces en procesos endógenos a la misma: era una excrescencia colonial superpuesta a las dinámicas societales, las cuales a su vez eran segmenta-

das y fragmentadas. El Estado republicano no transformó tampoco esta relación del Estado Colonial frente a las sociedades latinoamericanas, por el contrario, la mantuvo y profundizó en algunos aspectos (Cfr. Flores Galindo, 1987).

### 2.3. Marx y América Latina

Los “padres fundadores” del marxismo no pensaron en la realidad latinoamericana sino de manera marginal y limitada. Cuando lo hicieron, no pudieron liberarse de un esquema de pensamiento eurocéntrico, cosa evidente en sus escritos sobre el colonialismo, la guerra mexicano-norteamericana y las notas biográficas sobre Bolívar, para citar algunos ejemplos. (Cfr. Marx-Engels, 1978 y Marx-Engels, 1980)

Ciertos trabajos han puesto su atención en los denominados “puntos de fuga” del pensamiento marxista, es decir en aquellas reflexiones no articuladas a la corriente central marxiana, sino a sus búsquedas y reflexiones más bien marginales, como las que constan en las cartas a Vera Zazúlitch, con intención de dar cuenta de la apertura del pensamiento de Marx a otras realidades sociales. (Cfr. Aricó, 1980b)

Cabe preguntarse que sentido tiene esta revisión filogenética y arqueológica para desvanecer el hecho cierto de que ni Marx ni Engels, así como tampoco la Primera ni Segunda Internacionales, jamás trabajaron sino incidentalmente el tema latinoamericano, y que cuando lo hicieron su perspectiva partía de una visión metropolitana: no es posible negar que el énfasis teórico y polémico del marxismo se encontraba situado en la interpretación de la sociedad europea y la acción política en aquel escenario, siendo por lo tanto insumos secundarios aquellos referidos a nuestro continente, y en general al mundo colonial.<sup>3</sup>

Este vacío conceptual hizo que la política socialista en latinoamérica se abanderase de los contenidos metropolitanos, de las concepciones linealistas de los procesos políticos y de las vulgarizaciones del marxismo, antes que de su instrumental teórico creativo, interpretativo e indagador-crítico: en las expectativas de los primeros socialistas, salvo talvez el caso de José Carlos Mariátegui, se priorizaron los modelos sociales ideales que proponían que en América Latina se sucederían idénticos procesos que los acaecidos en Europa; los contenidos de la revolución socialista, la identificación de los actores de esta revolución y

los modelos organizativos por medio de los cuales se suponía podríamos llegar a condiciones similares a las del ansiado, perpetuamente buscado, modelo europeizado, en el que por lo demás coincidían también las élites sociales y políticas dominantes <sup>4</sup>.

#### 2.4. La Internacional Comunista y América Latina

Si Marx y Engels escribieron bastante poco -y en general de manera errónea- sobre América Latina, Lenin escribió aún menos que sus maestros. En sus trabajos, particularmente en el clásico *El Imperialismo, Fase superior del capitalismo* (1916) (Lenin, 1961: 698-798), percibía a nuestros países como “en estado intermedio”, en tránsito hacia una condición de colonias absolutas, y no hacia una cimentación de su independencia; la autonomía política de nuestros países era una veleidad imperial para mantener un estatus ilusorio y engañoso, con clara tendencia a la degradación, según la interpretación leninista. (Caballero, 1987: 109)

Una vez que se dio el triunfo de la Revolución Rusa, en 1917, el naciente Estado Soviético se encontró sometido a una serie de retos, desde la intervención extranjera hasta la guerra civil, lo que hizo que el bolchevismo se aisle del resto del mundo en la práctica, concentrándose en los acuciantes problemas de la supervivencia inmediata, antes que en postular líneas generales para el movimiento revolucionario a nivel mundial. Sin embargo, en 1919 se logró reunir en Moscú una primera conferencia de partidos socialdemócratas radicales y filobolcheviques, que en realidad era más cercana a una reunión de emigrados que a un Congreso de partidos reales, los que fundaron la Internacional Comunista (IC), Comintern o Tercera Internacional. (Cfr. Claudin, 1977)

Su objetivo declarado era el de constituirse en el “Estado Mayor” de la revolución mundial, de la cual la revolución rusa aparentemente no era más que el inicio, en un contexto en que la revolución mundial parecía no solo posible, sino también inminente en el escenario europeo, particularmente en Alemania, país que se encontraba en una situación caótica una vez finalizada la Primera Guerra Mundial <sup>5</sup>.

Para 1921 la IC catalogó a los países latinoamericanos como meras colonias, siguiendo en esto a Lenin: a los ojos de la IC resultaba ridículo que se hablara de la supuesta independencia de estos países. En

1923, en el manifiesto “A los Obreros y Campesinos de Sudamérica” se manifestó nuevamente esta caracterización, y se observó que Latinoamérica tendría un papel de “apoyo” a la inminente Revolución Mundial. El siguiente manifiesto que la IC dirigió a América Latina data de 1927, en reacción a la invasión a Nicaragua realizada por los Estados Unidos, lo cual demuestra la muy limitada atención que los líderes bolcheviques prestaban a nuestro continente. (Caballero, 1987: 109-113)

Hasta 1923 se produjeron los cuatro primeros congresos de la IC, el quinto en 1925, el sexto en 1928, y por último el séptimo en 1935. En todos ellos -salvo talvez el sexto congreso- sigue siendo perceptible un interés muy limitado en América Latina, ya que la IC se encontraba empuñada fundamentalmente en la lucha dentro del escenario europeo, y en la definición de las sucesivas luchas por el poder dentro de la misma dirigencia soviética. Luego de la primera fase de esperanzas desmedidas en la propagación de la revolución mundial, la IC propugnó la táctica del “Frente Unico desde las bases”, para transitar posteriormente a las tesis del “socialfascismo”, la “lucha de clase contra clase”, y finalmente, el Frente Popular<sup>6</sup>. (Flores Galindo, 1982: 75 y Claudín, 1977: Cap.1)

En este contexto, la perspectiva de los dirigentes de la Comintern estaba más capacitada para comprender a los Estados Unidos, país industrial, sociedad capitalista desarrollada, antes que a Latinoamérica. Desembarcaban en *terra incógnita* cuando se referían a nuestros países, no obstante de lo cual proponían a los habitantes de esta parte del mundo que iniciaran un proceso revolucionario antes de saber con qué tipo de sociedades trataban, “...y por tanto, que clase de revolución necesitaban” (Caballero, 1987: 107).

Este llamado a la Revolución latinoamericana tenía más de lirismo retórico que de realidad: los dirigentes de la IC, según Caballero (1987: 15) no creyeron jamás que la revolución leninista -o socialista- fuera posible en Latinoamérica antes que se diera en Europa o en los países más grandes de Asia, así que los leninistas latinoamericanos estaban situados de tal manera que sólo cumplirían o jugarían un papel de “apoyo” a la revolución mundial, apuntalando los procesos revolucionarios en otras partes del mundo. Incluso nuestro proceso revolucionario, desde la perspectiva de la Comintern, debía ser posterior (y posiblemente subordinado) a un triunfo socialista revolucionario en los Estados Unidos, o cuando menos debía ser un proceso simétrico, simultáneo.

Es por eso que se ha señalado que la táctica de la IC para los leninistas latinoamericanos estuvo desde un principio caracterizada por un vacío de la vocación de poder en sus prácticas: un estigma irónico con que los comunistas fueron calificados por sus enemigos en la izquierda, durante las décadas del treinta y cuarenta. (Caballero, 1987: 125)

Dentro de la lógica secuencialista de la revolución mundial, la IC tenía perfectamente claro que el dirigente natural de una revolución en el hemisferio occidental debía ser la clase obrera norteamericana, su Partido Comunista, que tendría sobre sí la misión de enseñar a sus “hermanos menores” latinoamericanos, a su clase obrera menos desplegada, a sus partidos comunistas: “...en lo que podría llamarse el calendario de la revolución socialista mundial, la revolución [latino]americana estaba destinada lógicamente a ser la última” (Caballero, 1987: 127).

A pesar de que esta era la corriente dominante del pensamiento de la IC, que se expresaba en casi todas sus definiciones más importantes, ya desde el II Congreso un comunista hindú, Roy, planteó que el derrumbe del capitalismo vendría al perder este las colonias, es decir que la revolución proletaria en los países más desarrollados sería simultánea y hasta dependiente respecto a la revolución en sus colonias; el mismo Roy, en el IV Congreso indicó que la supuesta unidad del “mundo colonial” era en realidad una ficción, ya que este mundo estaba compuesto por la heterogeneidad: había países con una burguesía “poderosa”, otros en la que esta era débil, e incluso algunos donde no existía. (Caballero, 1987: 42-45 y Schlessinger, 1977: 43-73)

Sería en el VI Congreso de la IC, en 1928, cuando se cuestiona el calificativo -o la subsumición- de los países latinoamericanos como parte del mundo colonial o semicolonial, cuando la IC “descubre América”, por vía de las discusiones que se produjeron a su interior, particularmente en las intervenciones de Ricardo Paredes, representante del PSE en aquel Congreso, quien acuñó la categoría “países dependientes” para referirse a nuestras sociedades, como se verá posteriormente.

## 2.5. Las relaciones orgánicas de la IC en Latinoamérica

Desde los primeros años veinte, la izquierda latinoamericana se tuvo que definir políticamente en relación a la IC y los conflictos entre

cominterianos y no cominterianos presidieron el conjunto de opciones políticas asumidas por los actores. En este sentido, el de la discusión acerca de la Comintern y su relevancia para América Latina, que incluía la discusión acerca de la relevancia de la ideología leninista, se debe ubicar algunos aspectos centrales que explican el origen y los momentos iniciales de movimientos como el APRA de Haya de la Torre en Perú, o Acción Democrática en Venezuela (Caballero, 1987: 24).

Dentro de la lógica fuertemente eurocentrista de la IC en sus primeras etapas, los asuntos latinoamericanos en Moscú eran inicialmente discutidos en el llamado “Secretariado Latino”, junto a los referidos a Francia, España y tal vez Portugal. El Secretariado Sudamericano parece haber sido creado en la realidad después del V Congreso, en 1924: en el informe del Comité Ejecutivo (CEIC) de 1926 se dice que esta decisión solo se efectivó en el verano de 1925; según los testimonios de dirigentes se dice que contaba con representantes de los PC de Chile, Argentina, Brasil y Uruguay, así como con un representante del CEIC. (Caballero, 1987: 47-51)

La participación latinoamericana en la IC fue, de esta manera, bastante tardía: recién en 1925 se operativiza un canal definido para la relación entre los Partidos afiliados a la IC en estos países y el organismo central, canal limitado. Este aserto puede certificarse mediante una constatación de las delegaciones latinoamericanas presentes en los diversos congresos internacionales de la IC.<sup>7</sup>

Como ya se señaló, fue en el VI Congreso cuando la IC, para usar la expresión de Caballero, “descubre América” (1987: 108-120). Se encontraron representados en este Congreso los partidos de Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, Paraguay, Colombia, Venezuela<sup>8</sup>, México y Ecuador; fueron también invitados los partidos de Cuba y Perú. (Caballero, 1987: 69)(Cfr. VI Congreso...,1978)

Sobre el VI Congreso se requiere un estudio más pormenorizado debido a su importancia; por el momento baste con decirse que dentro de las organizaciones comunistas se percibían diferencias de rango entre las llamadas “secciones verdaderas” (Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, México y Cuba) respecto de las llamadas “secciones menores” (Paraguay, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Panamá, El Salvador, Guatemala, Costa Rica) (Caballero, 1987: 85).

La vida del Secretariado Sudamericano se dividió en dos fases: antes de 1928 y después de 1928, en razón de la importancia central del



VI Congreso. Se publicó el periódico “**La Correspondencia Sudamericana**” como órgano oficial del Secretariado; su mayor hazaña parece haber sido la reunión de la Primera Conferencia Sudamericana de Partidos Comunistas en Buenos Aires, 1929, acción que también puede ser percibida como su “canto de cisne”, ya que en 1930 este organismo se sumió en la clandestinidad, siendo reemplazado por el llamado **Boureau Sudamericano**.

Este cambio fue resultado de la derrota de la llamada “oposición de derecha”, liderada por Nicolai Bujarin al interior del PCUS, la consolidación de Stalin en el poder, el tránsito de la política aperturista de la NEP al llamado “tercer período”, el ultrasectarismo, monolitismo y la táctica “clase contra clase”. (Caballero, 1987: 50-54)

En el órgano propagandístico del Boureau destacaba el interés por Chile y Argentina, Colombia, y, desde luego, México, e incluso por Nicaragua, en aquel momento sometida a una invasión norteamericana. Por el contrario, negativamente, destacó el muy pobre o casi nulo interés por los países andinos (Flores Galindo, 1982: 22).

Este órgano periodístico ya no llevaba el nombre de “La Correspondencia Sudamericana”, sino el de “**Revista Comunista**” que trató de convertirse en un órgano de expresión teórica, dejando de ser un periódico de perfil informativo. En lo que se refiere a esta intención declarada de transitar hacia la elaboración teórica, el único cambio se dio en el primer número, donde se publicaron dos artículos producidos por el mismísimo Stalin<sup>9</sup>.

La composición nacional de los dirigentes del Boureau tampoco era muy latinoamericana. Según informantes que tuvieron relación con esta estructura política, participaban soviéticos, polacos, checos, tunecinos, italianos y “...la minoría la constituíamos los dirigentes de los partidos de América del Sur” (Caballero, 1987: 56-57 y Alba, 1964: 197-218).

La reorganización del secretariado Sudamericano fue sorpresiva para los dirigentes comunistas de la zona (Caballero, 1987: 58). Este proceso habría tenido más que ver con los resultados de los conflictos acaecidos en Rusia y la derrota de la fracción bujarinista, miembro de la cual era Jules Humbert-Droz<sup>10</sup>, el emisario de la IC para América Latina. Una vez se consolidó esta transformación, es decir, una vez estalinizados los partidos latinoamericanos, el Boureau se sumergió en el clandestinaje, sus publicaciones se volvieron más esporádicas.

## 2.6. El VI Congreso y sus discusiones

Lo anterior fue resultado de las discusiones al interior del PCUS y aquellas que se produjeron en el sexto Congreso de la IC, en el que el organismo decidió “bolchevizar” a los Partidos Comunistas, particularmente en América Latina, para así consagrar la hegemonía indiscutida de la fracción estalinista en el movimiento comunista mundial<sup>11</sup>.

Debe aclararse que los mecanismos de toma de decisión y los flujos de poder al interior de la IC desde sus inicios pusieron su acento en los canales “regulares”, es decir en el verticalismo y el centralismo de la decisión política, que corría en un solo sentido: de arriba hacia abajo, ya que para el leninismo el pecado más despreciable de la socialdemocracia había sido, precisamente, el “federalismo” (Caballero, 1987: 36). Así, la “bolchevización” de los partidos fue resultado de una tendencia incubada por largo tiempo, que ya se encontraba inscrita en las llamadas “veintiún condiciones” para el ingreso de cualquier partido en la IC (Cfr. Claudín, 1977), aunque por supuesto con Stalin se profundizó, adquiriendo contornos dramáticos. De esta manera, el VI Congreso de la IC:

“...ha adoptado un programa internacional obligatorio para todas sus secciones. Por primera vez en la historia del Movimiento Obrero Revolucionario, la clase obrera recibe en sus manos un programa cuyo contenido sirve de ley a millones de proletarios organizados en todo el mundo, de todas las naciones y de todas las razas”. (VI Congreso...Manifiesto del Congreso, 1978: 93)

Este programa internacional fue puesto en conocimiento de los partidos luego del VI Congreso. A pesar de ello, algunos comunistas latinoamericanos conocían de esta tendencia hacia 1927, ya que para los festejos del X aniversario de la Revolución de Octubre habían llegado algunos representantes, que se quedaron hasta el VI Congreso de la IC, y que se reunieron en una conferencia latinoamericana informal en Moscú (Alba, 1964: 197-198). A esta reunión concurrió Ricardo Paredes (Aguirre, 1983: 16), quien permaneció en Moscú desde fines de 1927 hasta fines de 1928.

En el sexto congreso de la Comintern hubo dos problemas extranjeros -o mejor dicho, extraeuropeos- que concentraron la atención de los delegados: el fracaso de la Revolución China y la alianza con

Chiang-Kai-Shek, y la lucha de Nicaragua contra las tropas norteamericanas; por otra parte, se discutió la etiqueta de “semicoloniales” que se les atribuía a los países latinoamericanos. Debe anotarse que los partidos de los países conosureños, a pesar de su mayor desarrollo industrial e integración nacional, y a pesar de la existencia de un capitalismo que aunque periférico podía ser concebido como autónomo, parecían más dispuestos a aceptar -mediante sus representantes y en lo que les concernía- la etiqueta de “semicoloniales”. (Caballero, 1987: 113)

El discurso de Jules Humbert-Droz referido a latinoamérica, negaba de manera prácticamente terminal la existencia en nuestros países de una clase burguesa de carácter nacional; las Tesis del Congreso van incluso más lejos que Humbert-Droz en su apreciación del carácter del continente, ya que dicen que si bajo la influencia de Inglaterra nuestros países podían ser considerados semicolonias, bajo la influencia norteamericana no podíamos ser más que “simples colonias”, debido al desarrollo de una dependencia creciente y más estrecha. (Caballero, 1987: 116)

A raíz de esta caracterización de las sociedades latinoamericanas, la Tesis sobre la situación y tareas de la IC (VI Congreso, T.1, 1978: 127) anotaba que la principal tarea de los comunistas en los países de América Latina era la de organizar Partidos Comunistas y reforzarlos, cuestión que era aclarada con mayor fuerza en la tesis 59 (Ibid: 129), donde se dijo que la lucha contra las “desviaciones de derecha” debían colocarse en primer plano, “lo que presupone una lucha sistemática contra la actitud conciliadora hacia la corriente de derecha en el seno de los PC”. Esta fue la partida de nacimiento de la actitud ultrasectaria que, en nombre de la bolchevización y la lucha contra la derecha, aisló a los partidos comunistas, dividiendo a los movimientos socialistas, propugnando una táctica sectaria, de ultraizquierda: el “tercer período” y la lucha de clase contra clase<sup>12</sup>.

Las tesis de la IC sobre el Movimiento Revolucionario en las colonias y semicolonias (entre las que se encontraban catalogados los países latinoamericanos), constataban el reemplazo de Inglaterra por Estados Unidos en el rol imperial, que sometía a estas semicolonias al servilismo de una dependencia financiera que llegaba a ser intervención militar desembozada (caso Nicaragua, Tesis 6) y señalaba la “lucha nacional de liberación” que había empezado en latinoamérica contra el imperialismo norteamericano, y que era conducida y llevada a cabo en

su mayor parte por la pequeñaburguesía ya que la burguesía<sup>13</sup> ingresaba directamente en el campo contrarrevolucionario.

Así, las revoluciones “pequeñoburguesas” -como habría sido el caso de la Juliana en Ecuador- formaban parte de este proceso de resistencia al imperialismo, lo que no evitó que en la Tesis 34 se haya planteado como obligación ineludible de todo PC en los países coloniales y semicoloniales el separarse “con la mayor nitidez” de todos los partidos y grupos pequeñoburgueses, tanto en el plano organizativo como políticamente. (VI Congreso..Tomo 1, 1977: 218). La Tesis 40 abundaba en el mismo sentido, cuando exigió la “independencia política y organizativa” como cuestión prioritaria en la que debían concentrarse los PC.<sup>14</sup>

Esta Tesis se coaligaba con la posibilidad -y necesidad- de una alianza de todos los países semicoloniales y coloniales con la URSS, para generar “...un autónomo y libre desarrollo económico y cultural, **eludiendo el estadio de la dominación del orden capitalista** o incluso el desarrollo de relaciones capitalistas en general” (Ibid: 194, énfasis del autor), con lo que se abrió el campo a la posibilidad de un vuelco de las revoluciones democrático burguesas en las colonias hacia revoluciones socialistas, por lo menos en las colonias más adelantadas, con el respaldo y apoyo de la victoriosa revolución soviética<sup>15</sup>.

Por supuesto que estas caracterizaciones programáticas dependían en grado sumo del tipo de adscripción que se otorgase a los países latinoamericanos en el contexto de la jerarquía mundial de naciones: metidos en un mismo saco con los países de Asia y Africa, la caracterización de “semicoloniales” o “coloniales” era muy poco justa en relación a la situación de nuestros países, y fue precisamente la necesidad de una reflexión y afinamiento teórico más exacto lo que produjo la discusión más rica que se dio en el marco de la IC sobre latinoamérica: la discusión sobre la necesidad de ensayar una nueva categoría analítica que nos diferenciase del resto de países periféricos; la categoría “**DEPENDENCIA**”, presentada por Ricardo Paredes, en lo que Caballero (1987: 87) ha definido como “uno de los más largos y fructíferos discursos de un latinoamericano en una asamblea del Comitern”.

En el discurso de Humbert-Droz (VI Congreso, 1977: 301) se señaló claramente que la adscripción a la categoría “semicolonial” de los países de América Latina era resistida por los representantes del continente:

“En general, en su primer contacto con nosotros, cuando les decimos: la situación de vuestro país es la de una semicolonía, y en consecuencia debemos considerar los problemas que les conciernen desde el punto de vista de nuestra táctica colonial y semicolonial, nuestros compañeros de América Latina se indignan” (Ibid, 301).

Luego de esto, Humbert-Droz pasó a demostrar el carácter semicolonial que se atribuía a nuestros países, argumentando la inexistencia de una economía capitalista independiente del imperialismo. Esto se articulaba con la lucha de clases también: los latinoamericanos, particularmente los andinos y mexicanos, ponían un acento fuerte en el problema de la raza indígena, que no era tal para la IC: “Este problema de la lucha de los indígenas contra los blancos se confunde en realidad con la lucha de los campesinos contra los grandes terratenientes” (Ibid, 1977: 310).

A nombre de la delegación latinoamericana, en el Informe que la susodicha delegación hizo sobre el Programa de la Internacional Comunista, habló Ricardo Paredes<sup>16</sup>, quien dijo que el Programa es “bueno en el fondo”, ya que su estructura es correcta y facilita la lectura. A pesar de ello, planteó que ciertos puntos “podrían ser ampliados, tratados de modo menos esquemático”. Constató que existía una mayor atención en este Congreso a las realidades no europeas: ya que la “base internacionalista” es mejor que las anteriores, en las que “había una cierta manera europea de tratar todos los asuntos mundiales”, sin embargo de lo que debía darse más énfasis a los problemas de los países semicoloniales y coloniales (VI Congreso, 1978: 176).

Señaló que para ello era necesario aclarar las formas de dominación imperialista, diferentes en los diversos países coloniales y semicoloniales, “el modo como se desenvuelve el capitalismo nacional”, sus realidades y relaciones específicas con el imperialismo (Ibid ant. :177): por esto, destacó la percepción de “capitalismo nacional”, en contraposición con la versión de la IC que no reconocía su existencia; este “capitalismo nacional” intentaba crear su propia industria, a contracorriente del imperialismo, según Paredes. (Ibid: 178)

De esta manera se hacía necesario establecer distinciones más finas entre los países coloniales, semicoloniales, **“y aquellos que a falta de un mejor término pueden ser llamados dependientes”**. Los problemas de la lucha proletaria debían ser encarados de un modo diferente, por lo tanto. Con respecto a la afirmación de Humbert-Droz sobre el carác-

ter de la lucha campesina, Paredes manifestó que se ha “sobrestimado” la cuestión campesina, con lo que se han subestimado las fuerzas proletarias<sup>17</sup>. De esta manera, Paredes postuló un nuevo tipo de categoría, “adjunta a los tres tipos de países”, los países dependientes, “que están penetrados económicamente por el Imperialismo, pero que conservan una independencia política bastante grande” (Ibid ant, 179)<sup>18</sup>.

Definió como colonias en términos estrictos a Cuba, Nicaragua y Panamá, en tanto que Brasil<sup>19</sup> y Argentina eran -para Paredes- capaces, por su gran tamaño, de resistir más la dominación económica y política. Su ubicación geográfica y la existencia de la competición interimperial también habrían sido argumentos en favor de una autonomía relativa; México, por su parte, resistía de manera heroica a la penetración imperialista, debido a la gran fuerza económica y política que poseía, lo que le otorgaba un margen mayor de maniobra frente al Imperio, a pesar de su cercanía al mismo. (Ibid ant: 178)

La particularidad de los países latinoamericanos quedó así señalada, y además subdividida en situaciones económico-políticas diversas. El imperialismo cambia, para Paredes, el desarrollo normal del capitalismo en nuestros países, y por ello hace que este desarrollo revista un carácter diferente al de Europa en el período de expansión y desarrollo del capitalismo de libre competencia<sup>20</sup>, por otra parte, constató que los países retrasados en su industrialización se hallarían mejor situados para construir el socialismo (en lo que se remitía a la nacionalización de las tierras) con lo que el obstáculo principal al socialismo no se encontraría en el campo, sino en el pobre desarrollo industrial en países con alta población indígena, como México, Perú, Ecuador y Bolivia, en los cuales la importancia de la población indígena era grande, ya que por su número y tradiciones comunitarias “están en mejores condiciones para la edificación del socialismo en el campo” (Ibid: 180-181)<sup>21</sup>

Añadió que el problema de los indios no podía ser comprendido solamente desde la perspectiva “calsista”, sino que también debía ser visto como el de una raza oprimida. En este sentido, Paredes propuso que se trate específicamente del tema en el Programa. Las diferencias que manifestó con respecto a las caracterizaciones de la IC no se limitaron solamente al carácter del campesinado, ya que “las revoluciones pequeño-burguesas poseen su fisonomía propia y son de gran interés para la causa del proletariado” (Ibid: 181), porque durante su desarrollo son capaces de remover profundamente la estructura social, y hacen

posible la ampliación de las organizaciones de la clase obrera, como los casos de México y Ecuador demostrarían. (Ibid: 182-183)

En general, Paredes tenía una evaluación bastante más positiva que la IC (en aquel momento empeñada en la lucha contra la derecha e iniciando el viraje hacia el ultrasectarismo) acerca de la pequeño-burguesía, al menos en lo referido a la ampliación política y a la lucha antimperialista, en la que si la fuerza dirigente era la pequeño-burguesía, incluso la burguesía podía entrar, lo que contradecía al paso la supuesta inexistencia de una burguesía nacional, que levantaba la IC, más aún cuando existe un reconocimiento de los “sentimientos nacionalistas de la burguesía” (Ibid: 184)

“La proposición de Paredes no era mero asunto de etiquetas. Estaba referida a una cuestión particular relativa a la lucha de clases...(no somos) los distritos rurales del mundo...llegó a decir...que la consigna de la Reforma agraria...no era correcta cuando se aplicaba a los países dependientes... Tomando en cuenta lo que pensaba la vasta mayoría de la Comintern sobre el tema, las palabras de Paredes deben haber *debido sonar casi como una herejía*” (Caballero, 1987: 116-117, el énfasis del autor)<sup>22</sup>

El resto de la delegación latinoamericana se mostró favorable a la posición de la IC: los delegados Lacerada, del Brasil, Sala, del Uruguay y Ravetto de Argentina así lo señalaron (Páez, 1987: 19). En lo que se refería al asunto campesino, el delegado mexicano Contreras<sup>23</sup> avanzó más que Paredes, cuando insistió en que se incluya en el programa elementos referidos a la autoadministración y desarrollo de la cultura indígena; en lo que se refería a la categoría esbozada por Paredes (“dependencia”), Contreras apoyó indirectamente al ecuatoriano, en tanto pidió también un mayor afinamiento categorial “para facilitar el estudio de la cuestión colonial y semicolonial” (VI Congreso, 1978: 371-372 y Páez, 1987: 20). En América Latina, dijo, “hay 25 millones de indios (que) forman una masa de explotados y de esclavos a los que no basta con ofrecer un pedazo de tierra” (VI Congreso, 1978: 371), con lo que también apoyó indirectamente una revisión de la consigna “reforma agraria”, aunque desde otra perspectiva maximalista.

En la continuación del debate, Paredes respondió a sus críticos, discutió con Humbert-Droz y Travin, insistiendo en la necesidad de la nueva categoría para entender modalidades particulares de conformación histórica, que implicaban formaciones económicas y políticas de

rango distinto a las que habían sido caracterizadas por la IC; planteó nuevamente la existencia de una burguesía nacional, y afirmó que la IC pensaba en la lucha ant imperialista, descuidando la lucha contra las burguesías nacionales, que para Paredes, en verdad existían, y eran un poder real<sup>24</sup>. (Ibid ant.:353-355)

En los discursos de Nicolai Bujarin (Clausura de la discusión del Programa), Otto Kuusinen (Los problemas de los movimientos revolucionarios en las colonias), Palmiro Togliatti (La Socialdemocracia y el problema colonial), no se hizo referencia directa a las Tesis de Paredes, ya que fueron discursos que fueron presentados, en su mayoría, previamente al “Informe” de Paredes. Togliatti rebatió incluso la posibilidad del desarrollo del capitalismo en las colonias, refiriéndose al caso de América Latina; también cuestionó que haya existido un margen de maniobra de los Estados latinoamericanos que “al presente, debido al avance del imperialismo van perdiendo poco a poco [independencia política] a la par que involucionan políticamente” (Ibid: 182); por su parte, Lozovsky, Secretario de la Internacional Sindical Roja (ISR), sostenía que “los cambios de forma de la explotación colonial no implicaban cambios en la relación imperialista-colonial...es por eso que él consideraba erróneo el intento de dividir a las colonias en categorías...” (Ibid: 393-394).

De esta manera, concentrando el pensamiento de la IC, Humbert Droz manifestó las tareas para América Latina, que consistían en generar hegemonía proletaria en el movimiento revolucionario<sup>25</sup> latinoamericano, es decir, “desbanca a la pequeño-burguesía de su dirección política (Ibid: 317) y conseguir -entre los más importantes- los siguientes objetivos políticos:

- Expropiación y nacionalización del suelo y subsuelo;
- Confiscación y nacionalización de las empresas extranjeras;
- Anulación de las deudas con el extranjero;
- Jornada de ocho horas, “abolición de las condiciones semiesclavistas de trabajo”;
- Armamento de obreros y campesinos, convertir al ejército regular en milicias obrero-campesinas;
- Abolición del poder terrateniente y eclesial, organización de soviets.



Todo lo anterior se planteaba en miras a la perspectiva de crear la “Unión Federativa de las Repúblicas Obreras y Campesinas de América Latina”, objetivo final de la revolución latinoamericana. (VI Congreso, 1978: 317-318)

## 2.6. Las consecuencias del VI Congreso

A raíz del VI Congreso de la IC se consagró el inicio de un giro a la izquierda, que caracterizó al organismo durante la fase 1928-1934, aquella de la táctica de “clase contra clase”, cuyos resultados en el escenario europeo pueden ser calificados como funestos. (Claudín, 1977: 117-130 y Hajeck, 1977: 1 y s.s)

Después de este congreso, la práctica de la “bolchevización” de los Partidos afiliados al Comintern se instauró de manera absoluta; estos partidos tenían que volverse “proletarios” no sólo por sus opciones estratégicas y tácticas, sino también por la composición social de su núcleo dirigente<sup>26</sup>.

Es por ello que puede afirmarse, como Caballero lo hace, (1987: 75) que en ninguna parte tanto como en latinoamérica se mostraron todas las contradicciones y la escasa eficacia del esquema orgánico que tenía la IC, con una estructura extremadamente rígida, demasiado centralizada y vertical. Tomando en cuenta la idea reinante de que la Comintern era el partido mundial de la revolución, la legitimidad de las secciones nacionales estaba situada en la obediencia irrestricta a las órdenes emanadas desde Moscú, y al reconocimiento que la IC hiciera de las cualidades de la sección, antes que a su fuerza organizativa autónoma, su inserción social o su verdadera capacidad política de interpretación y acción frente a la realidad nacional en cada país.

Pese a que después del VI Congreso, mal que bien, y por poco tiempo, existió una aceptación relativa y bastante reluctante de las tesis acerca de la existencia de las formas estatales dependientes (la fórmula de Paredes), después de 1929 esta fórmula fue desplazada de nuevo por aquella clásica de “semicolonias” para referirse a nuestros países, cosa que se observó en la Primera Conferencia de Partidos Comunistas Latinoamericanos, que se celebró en Buenos Aires en 1929.

Tan es así que hubo un “Proyecto de Tesis sobre el movimiento revolucionario en América Latina”, preparado por la Comisión Lati-

noamericana del VI Congreso, aceptada por el Comité Ejecutivo de la IC (CEIC), documento en el que permanecía la categoría “semicolonias” para referirse a nuestros países, proyecto que fue discutido en la Conferencia de Buenos Aires. Se continuó negando la existencia de una burguesía nacional, y se definió a la clase dominante como “los grandes terratenientes” (Caballero, 1987: 117-118).

En la misma reunión de Buenos Aires, Vittorio Codovilla, el más obsecuente estalinista latinoamericano, respondió a los *Siete Ensayos de Interpretación sobre la realidad Peruana* de Mariátegui de una manera extremadamente sectaria, donde destacó la fobia del representante de la IC a la mera mención del término “realidad peruana”, como dice Flores Galindo (1982: 28).

Para la Comintern sólo existían los países “semicoloniales”, definidos por una específica relación de dependencia al capital imperialista, y era esta condición -como interpreta José Aricó- la que permitía trazar una táctica y una estrategia a nivel continental.

En otras palabras, la Comintern desconocía la existencia de realidades nacionales y particularidades relevantes en los países, que hubiesen hecho redimensionar las tácticas propuestas por el organismo. Por ello, Humbert-Droz pudo decir ante la Conferencia Latinoamericana de 1929 que si antes había tenido problemas y discusiones con los latinoamericanos acerca del carácter “semicolonial” de sus sociedades, para aquel año ya no se requería una nueva demostración de aquellas “verdades elementales”.

En los años siguientes, el interés del Comintern va a estar centrado más en problemas de táctica que de teoría. El único documento teórico proveniente del llamado Bureau Sudamericano del Comintern hizo una breve referencia a la condición “semiesclavista, semifeudal y capitalista de explotación de esos países” (Caballero, 1987: 119)

Por supuesto que no se hizo ningún esfuerzo teórico para explicar cómo se debía interpretar semejante definición<sup>27</sup>, que era bastante nebulosa: los problemas de orden teórico, al inicio de la época de Stalin, estaban ya resueltos *ad aeternum*.<sup>28</sup>

Otro debate importante que tuvo lugar tanto en los Congresos de la IC como en la reunión de 1929 se relaciona con la naturaleza del “enemigo” y la definición del actor social que lideraría la revolución. En torno a lo primero, no existió un sólo criterio, pues a pesar de la unidad impuesta desde arriba, las situaciones nacionales permean de algu-

na manera el discurso de todos los participantes: la diversidad de situaciones reales implica reconocer una cierta relatividad en torno a la cuestión de los adversarios y de los aliados de los movimientos revolucionarios; esta discusión, en 1929 “brilla por su pobreza” ya que no existió una reflexión sobre las formaciones nacionales ni sobre las clases explotadoras o los posibles bloques de sectores subalternos (Zapata, 1987: 135).

Si se toma en cuenta que los fundadores de los partidos comunistas latinoamericanos fueron en esencia pequeñoburgueses radicalizados (Caballero, 1987: 29), retoños de la “intelligentsia” de la clase media y no “astillas” de la clase obrera y de su historia (Como dice Hobsbawm [1978: 18] refiriéndose a los comunistas europeos), destaca aún más la debilidad de los planteamientos de la Comintern referidos a la proletarización y bolchevización partidaria.

En la época que emergió el término “socialfascismo” para describir a los opositores socialistas dentro del movimiento obrero, o a los pocos socialistas que fueron quedando dentro de los originalmente amplios partidos latinoamericanos (como el PSE y el PSR Colombiano), este término se enlazó con el despreciable carácter pequeñoburgués que se les atribuyó<sup>29</sup>.

Cabe señalarse que hasta Mariátegui utilizó esta categoría política de “socialfascismo”, a raíz de la ruptura con el APRA y Haya de la Torre, ante la propuesta aprista de un Estado regulador-contralor de la inversión extranjera, lo que causó que Mariátegui diagnosticara un “viraje a la derecha” del APRA, asumiendo así una identidad de APRA y fascismo; los rasgos revolucionarios que Mariátegui había atribuido a las clases medias hasta 1927 fueron minimizados, aunque siguió rescatando “la contribución imprescindible de los intelectuales ‘honestos’”, matiz extraño poco tiempo atrás (Flores Galindo, 1982: 82-83), pero el pensador peruano nunca llegó a considerar a *todos los intelectuales* como traidores en potencia, como si lo hizo la IC (Ibid: 100).

Así, la IC desconfiaba totalmente de la pequeño-burguesía y de los intelectuales, tesis complementaria a la ya tradicional visión peyorativa e igualmente desconfiada acerca del campesinado<sup>30</sup> por parte de los impulsores de una política esencialmente “obrero” y de la bolchevización: de esta manera, Humbert-Droz apareció en Buenos Aires con una nueva tesis: los campesinos no eran tales, sino “trabajadores de las áreas rurales”, es decir, en buen romance, “proletarios agrícolas”, ya que si se les

pagaba de algún modo -salario, especie o como sea- debían ser considerados trabajadores agrícolas, no campesinos (Caballero, 1987: 156).

Esto se enlazaba con el problema de las naciones indígenas, para las que la Comintern propugnó “la dictadura del proletariado indio”, que sería el resultado de la constitución previa de un “Estado Indio Burgués” (Alba, 1964: 203), enfoque que Codovilla repitió, asumiendo mecánicamente los textos estalinistas sobre el problema de las nacionalidades, contraponiendo las tesis sacralizadas del Secretario General del PCUS a las posiciones de Mariátegui y sus tesis acerca de la nación a ser creada y la participación indígena en ella.

A consecuencia de lo antes señalado, a pesar de la incongruencia de las Tesis y Análisis, resultaba que la inmensa mayoría del proletariado estaba formada por obreros agrícolas, conservando el proletariado urbano “fuertes lazos con el campo”, lo que habría sido, siempre según la IC, parte de su fuerza, “ya que posibilita y amplía la base de la alianza obrero-campesina”, así como -simultáneamente- un peso negativo, un lastre que se manifiesta en “...su debilidad ideológica...su falta de organización y conciencia de clase” (La Correspondencia Sudamericana, mayo 1929 y Caballero, 1987: 156-157).

Así, el proletariado, a más de aislado, desconfiaba por igual de sus aliados potenciales, la pequeño-burguesía y el campesinado, y aún de sí mismo, al constatar los fuertes lazos que lo unían con los campesinos (Caballero: 1987: 157). Los partidos Comunistas por ello no pudieron evitar una fuerte tendencia al “sustituísmo”: el Partido suplanta a la ínfima clase obrera<sup>31</sup>, manifestando simultáneamente un voluntarismo extremo para la creación de condiciones revolucionaras, ya que los comunistas

“...recibían dos mensajes, a los cuales de una forma u otra podían responder: ignorar su propia debilidad y combatir a los “traidores”. En otras palabras, la lección del sectarismo”. (Ibid: 150-151)

## 2.7. Nota Final

Este capítulo ha puesto su acento en describir los procesos ideológicos e institucionales que transformaron la percepción de la IC y los partidos de esta región adscritos al Comité acerca de América Latina.

La importancia de esta recensión radica en que la variable de pertenencia a la IC y la obediencia irrestricta a sus organismos de dirección mundial y regional se transformó en un tema central de discusión en la división del primer PSE, sucedida en 1931. La bolchevización del PSE y del PSR colombiano formaron parte de las políticas emanadas desde del CEIC en Moscú, en un momento en el que el triunfo de Stalin desplegó las bases antes sentadas del monolitismo, el terrorismo burocrático y el fin de la crítica dentro del movimiento comunista mundial por largos años.

El desarrollo particular del socialismo en nuestros países fue así limitado a una camisa de fuerza burocrática que determinó los parámetros teórico-prácticos de la acción revolucionaria, desde una perspectiva homogeneizante y centralizada. Como se verá posteriormente, el origen de nuestra izquierda nacional provino de la sumatoria compleja de una serie de elementos y tradiciones ideológicas de muy diversa procedencia, en un marco nacional pobremente articulado, donde la diversidad regional, social y étnica acotaba campos de conflicto altamente diferenciados y levemente unificados a nivel nacional.

La superposición de una ideología homogeneizante, que privilegiaba a un actor prácticamente inexistente en el país -el proletariado industrial-, a lo que se sumó la política suicida, sectaria y aislante de la época del “socialfascismo”, provocaron la disolución del primer PSE, que, como aquí se argumentará, era un organismo político de carácter y origen completamente ajenos a la matriz leninista en que finalmente fue encorsetado.

## Notas:

- 1 Es importante señalar que el socialismo puede ser concebido como un “atajo” a la modernización. El socialismo leninista, y su secuela, el estalinismo, serían un camino alternativo para la industrialización, que organiza y moviliza centralizadamente los recursos de capital y trabajo, reestructurando las relaciones sociales de manera autoritaria, desde arriba, para concentrar el conjunto de recursos sociales y producir procesos de industrialización intensivos. (Cfr. Huntington: 1973) Los costos políticos de la movilización forzada de los recursos globales de la sociedad, exigen la aplicación de un grado intensivo de coerción sobre la sociedad. Esto puede explicar el tipo de régimen político que establece el estalinismo, un autoritarismo extremo, pero es necesario enfatizar que esta versión del socialismo “real” no realiza las ofertas de democratización y profundización del control de los procesos sociales por parte de la sociedad misma. Por el contrario, desnaturaliza este objetivo, al otorgar al Estado un poder absoluto sobre la sociedad.

- 2 En contextos como los de los países más desarrollados en Europa, donde los contenidos democratizadores de las revoluciones burguesas se habían desplegado, produciendo democracias burguesas desarrolladas, afirmadas en sociedades con altos grados de integración, mientras el movimiento sindical y de trabajadores había ido acumulando fuerzas crecientemente durante todo el siglo XIX, y donde los procesos del desarrollo capitalista produjeron cambios radicales en las sociedades, la posibilidad de la acción democrática en la búsqueda del socialismo fue cobrando fuerza, frente a las opciones revolucionarias a lo largo del siglo XIX, otorgando sentido a las prácticas parlamentaristas de la II Internacional.
- 3 Cabe hacerse otra precisión: los textos menos conocidos de Marx, los marginales a la corriente fundamental del marxismo, los “puntos de fuga” a los que Aricó se refiere, fueron conocidos de manera bastante tardía, mediante las eruditas traducciones de Riázanov, fines de la década de los treinta del presente siglo, y no en español, con lo que la pertinencia real de conocer estas discusiones sobre Marx y América Latina no hace relación al marxismo que se conoció en los orígenes del movimiento socialista latinoamericano, sino que son, en suma, curiosidades de filólogo que enriquecen una reflexión complejizante sobre el marxismo, pero que no pueden dar cuenta ni de las concepciones ni de las prácticas de los marxistas latinoamericanos de antes de 1970. Otra cuestión importante es que dentro del paradigma marxista estas “anomalías” fueron “normativizadas” en su momento, reafirmando el cuerpo central de la teoría marxista, su núcleo paradigmático, como afirma Gouldner en su brillante obra *Los Dos marxismos* (1980).
- 4 Las nociones positivistas de “progreso” y la contradicción “civilización contra barbarie” expresan algunos elementos ideológicos centrales de la visión de las élites respecto al deber ser de nuestros países; los primeros marxistas no hicieron más que cambiar algunos elementos de esta visión, pero manteniendo la misma perspectiva apologética de la ciudad, el industrialismo, el “progreso” y la “civilización”. Evidentemente, las élites dominantes enfatizaban el contenido capitalista del progreso, mientras que los grupos socialistas lo definían como socialista, pero asumiendo que el capitalismo -tal y como su Maestro lo había planteado- era de todas maneras un ordenamiento social “superior”, “progresivo” y “necesario.
- 5 La Monarquía alemana cayó en noviembre de 1918; en 1919 se dio la primera insurrección de los espartaquistas, dirigidos por Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, que fue aplastada. A pesar de la derrota y la muerte de los dos dirigentes, el movimiento comunista alemán siguió activo, y la situación prerevolucionaria se mantuvo. En 1923 el PC Alemán intentó por segunda ocasión la toma del poder por la vía armada, siendo nuevamente derrotado. En Hungría, en 1919, durante pocos meses, Bela Kun y la izquierda radical controlaron el poder; es la misma época del llamado “período consejista” de Gramsci, con grandes movimientos obreros en Turín. En general toda Europa -salvo tal vez Inglaterra- se encontraba convulsionada, y las expectativas revolucionarias eran muy grandes.
- 6 La alianza del Frente Único desde las bases era dirigida a lograr espacios de unidad con los obreros socialdemócratas, cuyos dirigentes seguían siendo calificados como “traidores”. Esta política fue contemporánea a la NEP (Nueva Política Económica) y la apertura limitada a cierto tipo de relaciones mercantiles en el agro, para salir del estancamiento agrario de la época del “comunismo de guerra”, pero manteniendo y profundizando el monopolio de poder y control político por parte del PC, dentro de la Unión Soviética. Por lo demás, el Estado Soviético, una vez perdidas las ilusiones acerca de la revolución mundial, trató de reinsertarse en el sistema de Estados que abandonó en 1917. Posteriormente, de manera correlativa al triunfo de Stalin sobre los otros dirigentes bolcheviques, y a los inicios de la dictadura del georgiano, se transitó hacia la teoría del “socialfascismo”, en un contexto de agotamiento de la NEP, teoría que suponía la identidad intrínseca de la socialdemocracia y el fascismo (los llamados “hermanos gemelos”), la teoría de “lucha de clase contra clase” y el ultraradicalismo que aisló y fa-

- natizó de manera extrema al movimiento comunista. Una vez que Hitler y el nazismo triunfaron en Alemania, un nuevo cambio estratégico se produjo en la IC: se planteó el Frente Popular, mediante el cual los comunistas entraron en alianzas con todos los grupos y sectores/clases sociales, en miras a detener al fascismo. Esta táctica fue ensayada, según Caballero en latinoamérica (1987) incluso antes que en Francia o España.
- 7 En el Primer Congreso, existió una participación ilusoria, mediante el PC italiano; en el Segundo Congreso estuvo el PC mexicano, pero sus tres delegados eran extranjeros (entre ellos se encontraba Roy, el hindú); en el III Congreso, se hicieron presentes 2 delegados mexicanos y uno argentino; en el IV Congreso estuvieron presentes los partidos de Argentina, Chile, Brasil, Uruguay y México, pero algunos delegados latinoamericanos seguían siendo extranjeros; en el V Congreso estuvieron representados los delegados de Argentina, Brasil y México, pero sólo el delegado brasileño era en realidad de esa nacionalidad. (Caballero, 1987: 67-68) (Cfr. Los cuatro primeros congresos...1977)
  - 8 Algunos de estos partidos eran ficticios, membrecías falsas a la IC, simples membretes, tal como fue el caso del PC Venezolano, partido que en realidad no fue fundado hasta mucho después. (Cfr. Caballero, 1978)
  - 9 Stalin no era precisamente el teórico más lúcido del movimiento comunista internacional. Se puede afirmar, conforme Caballero lo hace (1987: 56-57) que el cambio del sentido en los periódicos de la IC en Sudamérica fue negativo y regresivo.
  - 10 Humbert-Droz, sin embargo, sobrevivió a la derrota bujarinista, mediante el ejercicio de la "autocrítica", es decir dimitiendo abyectamente de todas sus anteriores opiniones y solicitando el perdón del partido, que le fue concedido. Siguió trabajando para la IC durante los años treinta (Cfr. Carr, 1987).
  - 11 La "bolchevización" era concebida como la organización de todos los partidos de la IC de acuerdo al modelo bolchevique, que había demostrado su efectividad revolucionaria. Cabe, sin embargo, hacer una precisión en el sentido de que la evolución institucional y estatutaria del Partido Bolchevique fue bastante particular. El partido de antes de 1917 (e incluso aquel que tomó el poder) puede ser visto como una suerte de federación negociada de tendencias y grupos (Cfr. Cohen, 1976), visión bastante alejada del "monolitismo" que empezó a ser relevado desde el V Congreso de la Comintern, en el marco de las peleas fraccionales de Stalin, Zinóvieff, Kámenev contra Trotsky (1924-1925). El proceso de "bolchevización" aludió así a un proceso de centralización autoritaria dentro del bolchevismo, en miras a reducir y extirpar las tendencias cuestionadoras, sentido que afloró ya desde 1921, en vida de Lenin, con su apoyo y el de Trotsky.
  - 12 Esta táctica de lucha contra la derecha tuvo su razón de ser en los procesos internos del PCUS y en la forma en que finalmente se resolvió la última discusión abierta que se dio a su interior -y por extensión en la IC- entre las fracciones del "centro" estalinista y la derecha bujarinista, tema sobre el cual existe una extensa bibliografía, entre otros los trabajos de Cohen (1976) Reiman (1982) y Deutscher (1976). La discusión política se saldó con el triunfo del terrorismo monolítico de Stalin, que se extendió como práctica a la IC y al conjunto del movimiento comunista mundial. En el caso del Ecuador, implicó la ruptura del primer PSE, cuando los comunistas desbancaron a los sectores socialistas -motejados de socialfascistas- de la dirección del Partido, que posteriormente fue transformado en PCE (1931).
  - 13 Debe recordarse que la burguesía latinoamericana había sido declarada inexistente en su condición de **burguesía nacional** por la IC en este Congreso.
  - 14 La profunda contradicción entre estos planteamientos se hizo evidente en el PSE, tal como se evaluará en el capítulo 4, al romper lo que eran los "movimientos pequeñoburgueses" a los que se añadió posteriormente el mote de "socialfascistas". En un país con un proletariado virtualmente inexistente el movimiento comunista se condenó al aislamiento.

- 15 No se sabe como habría de darse semejante vuelco en América Latina, si no existía burguesía nacional, no se podía dar una revolución democrática burguesa; si la pequeñoburguesía era la que lideraba este proceso, el proyecto comunista, obligado a diferenciarse radicalmente del anterior, e incluso contrapuesto a él, mal podía dar cuenta de esta transformación. En todo caso, es la perspectiva de una alianza exterior con la URSS la que posibilitaría el tránsito directo al socialismo, no un proceso interior, en el que, por el contrario, pensó Mariátegui. (Cfr. Flores Galindo, 1982)
- 16 Es interesante observar que Paredes habló como delegado de los Partidos Socialista y Comunista del Ecuador, cuando este último no existía orgánicamente, habiendo sido fundado recién en 1931, una vez dividido el primer PSE.
- 17 Queda poco claro si esta anotación de Paredes se remite también a otorgar mayor peso a lo étnico, sin mencionarlo directamente. Cabe también señalarse que el problema “campesino”, el carácter de la revolución agraria y el problema de las razas, íntimamente ligado al anterior, fueron los ejes de conflicto entre la Comintern y Mariátegui. (Cfr. Flores Galindo, 1982)
- 18 Se podría argumentar que Paredes puede ensayar la noción “dependencia” porque en su realidad nacional, la ecuatoriana, el grado de inversión externa en la economía (sea en las formas de enclaves mineros o la agroexportación) era muy baja: grupos capitalistas endógenos desarrollaron el cacao y el sistema financiero, siendo la presencia directa del capital extranjero de perfil muy bajo (Cfr. Chiriboga, 1988)
- 19 Los tres primeros países habrían sido colonias en sentido estricto, porque la presencia militar norteamericana era abierta; en lo que se refiere a Brasil y Argentina hay contradicciones, ya que en otros momentos del discurso, Paredes los califica tanto de “colonias” como de “dependientes”, alternativamente.
- 20 En el caso de Víctor Raúl Haya de la Torre, él pensaba que el imperialismo en latinoamérica es la primera etapa, no la última, del capitalismo, lo que implica asumir condiciones diferentes del capitalismo en nuestros países respecto al europeo (Cfr. Franco, 1983), esto permite trazar una línea de continuidad con el pensamiento de Paredes.
- 21 En este caso, son obvias las similitudes con las conclusiones ensayadas por Mariátegui poco tiempo antes. La diferencia se encontraría en que para Paredes estos elementos de socialismo campesino se encontrarían subordinados al Estado proletario en la construcción socialista.
- 22 Esta afirmación sobre la reforma agraria se relaciona con el hecho de que la comunidad campesina (o indígena) es percibida como si fuese una base real para la construcción del socialismo en los países andinos. Entonces, la reforma agraria, al fraccionar la propiedad comunitaria y crear pequeños propietarios individuales no solo era incorrecta, sino también contradictoria con los intereses del socialismo. Por otra parte, la propuesta implicaba también una gran distancia con el modelo de granjas estatales, ya que la organización societal misma sería la que provea de la base suficiente para viabilizar la producción comunitaria.
- 23 En realidad el delegado “Contreras”, que fungió como representante mexicano, era el comunista italiano Vittorio Vidali, quien posteriormente ganaría fama en la Guerra Civil Española.
- 24 En un texto reciente de Liss (Cfr.1985), llamado “Marxist Thought in Latin America” se hace una evaluación bastante completa de los pensadores que podrían adscribirse a esta línea ideológica en la región; constan ideólogos de las más diversas proveniencias nacionales, salvo de Ecuador, país que ni siquiera es mencionado en el texto, a pesar de la gran relevancia de las propuestas de Ricardo Paredes en el VI Congreso de la IC. Otras discusiones relevantes sobre el problema nacional durante los treinta, entre Joaquín Gallegos Lara y Jorge Hugo Rengel tampoco encuentran espacio, así como se carece de referencias al trabajo teórico de Manuel Agustín Aguirre en los cuarenta y cincuenta, solo en lo que atañe a la intelectualidad marxista de la vieja guardia en Ecuador.



- 25 El concepto de hegemonía que se utilizó al interior de la IC era muy distinto del posterior concepto gramsciano; se refería al liderazgo revolucionario en condiciones de retraso relativo, que requiere de alianzas con el campesinado y no se remitía al desarrollo del espacio cultural y simbólico al que Gramsci se refirió, al liderazgo intelectual y moral del proyecto socialista dentro de la sociedad.
- 26 Si la Comintern no hubiera empezado a bolchevizar los Partidos Comunistas, dice Víctor Alba (1964:192) y hubiera permitido un mayor margen y espacio para que estos adaptaran a su realidad nacional las consignas procedentes de Moscú, “es posible que hubiese surgido en Latinoamérica una escuela de pensadores realmente revolucionarios”, lo que podría ser comprobado en la presencia de pensadores como Mariátegui, o incluso Paredes en el VI Congreso.
- 27 La caracterización de Ecuador como un país “semifeudal y semicolonial” fue un lugar común en la izquierda de origen comunista (PCE y PCMLE) hasta finales de los años setenta; en este aspecto, el peso de las concepciones teóricas cominterianas llega hasta entonces. En el aspecto organizativo, el modelo del Partido, dura hasta nuestros días.
- 28 Claudín, en su obra (1977) relata con harta ironía cómo la IC descalificó a la dirección del PC alemán en 1928-29, acusándoles de no renunciar “a la funesta manía de pensar” (1977: 107), cosa que describe en un capítulo cuyo título podría ser parafraseado para América Latina “¿Para qué una teoría de la revolución alemana si existe Stalin y la “política leninista”?”.
- 29 Este término de “socialfascismo” se universalizó en 1929. Los PC y las fracciones comunistas dirigieron una campaña para destruir la influencia socialista e intelectual entre los trabajadores de la época; se priorizó la lucha contra los “fascistas disfrazados” antes que frente a los verdaderos fascistas.
- 30 Esta desconfianza al campesinado también se desarrolló impregnada de las condiciones soviéticas del momento: era el instante en que Stalin lanzó la primera fase de su política de “colectivización forzosa” en reemplazo a la NEP: ello implicó enfilar las armas contra el antiguo aliado -el campesinado- para lograr la llamada “acumulación socialista primitiva” (Ver Cohen, 1976 y Reiman, 1982)
- 31 El sustituismo llega a extremos profundos dentro del mismo Partido: el Comité Central reemplaza al Partido, el Buró Político al Comité Central; la fracción mayoritaria al Buró Político y el Secretario general a la fracción mayoritaria, como Trotsky había diagnosticado, ya en 1905, acerca de las tendencias implícitas dentro del modelo leninista de Partido.



# Capítulo III

## Cultura popular y protosocialismo: *Las jornadas de 1922*

---

### 3.1. Introducción

En este capítulo se aborda el movimiento social de 1922 en Guayaquil, pero no desde el plano histórico-descriptivo, sino que se tratará de reconstruirlo mediante el análisis del discurso<sup>1</sup> ejercitado por los actores a lo largo de estas jornadas.

El movimiento de 1922 se caracterizó por ser la primera gran movilización de los sectores urbanos subalternos, bajo un discurso hegemónico originado en el movimiento gremial, que planteaba el cuestionamiento a la situación global de la sociedad guayaquileña, todo ello en medio de la erosión rápida de la primacía liberal-plutocrática, y en el contexto de la crisis cacaotera.

Esta movilización fue la culminación de un proceso de creciente diferenciación social y la constitución de nuevas alternativas organizativas al interior de los gremios artesanales, que se encontraban transitando del gremialismo al sindicalismo. Además de estos condicionantes socio-organizacionales, la penetración de las ideologías del movimiento obrero internacional también se profundizó desde mediados de la década del diez: el anarquismo penetró en primera instancia, y posteriormente llegó el marxismo.

La crisis de la economía agroexportadora empujó a grandes sectores poblacionales a una baja sensible de sus niveles de vida: los precios de los alimentos se dispararon, y la burguesía agroexportadora, mediante el Estado<sup>2</sup>, arbitró una serie de medidas, especialmente de carácter monetario, para recuperar sus ganancias, a pesar de la baja del precio del cacao en el mercado mundial. Para ello se devaluó la moneda de acuerdo a las oscilaciones del precio de la pepa en Nueva York, lo cual afectó principalmente a los grupos asalariados, que vieron recortados significativamente sus ingresos reales en un contexto inflacionario.

A lo largo de los primeros años de los veinte, una creciente marea de cuestionamiento en todos los grupos subalternos, e incluso en algunos sectores propietarios<sup>3</sup> se puede percibir; la prensa gremial amplía su tiraje y auditorio (Páez, 1986: 35-50), y se radicaliza, a causa de la

presencia de agitadores anarquistas que desean dar el salto del gremio al sindicato, cuestionando de manera simultánea al Estado y los sectores dominantes.

En octubre de 1922 se desató una huelga de ferroviarios en la población de Durán, la que inmediatamente provocó una ola de huelgas de solidaridad, incrementando las demandas populares provenientes de diversos sectores. El estado de conflictividad se profundizó cuando se conformó la Gran Asamblea de Trabajadores (GAT), que tomó en sus manos, desde el 7 de noviembre, el control efectivo de la ciudad de Guayaquil: la huelga general era un hecho.

Las reivindicaciones salariales, el cuestionamiento integral al Estado y las formas de dominación, levantados por los militantes anarquistas en la primera fase del movimiento huelguístico, son reemplazados posteriormente por la llamada “baja del cambio”, es decir, por la petición de controles fiscales al precio del dólar. Este tránsito hacia posiciones “moderadas”<sup>4</sup> no evitó que el día 15 de noviembre se reprima violentamente al movimiento, que había organizado una marcha para esa fecha, mediante el ejército, produciéndose así la masacre, que marcó indeleblemente la memoria popular y de la izquierda ecuatoriana. El número de muertos en la matanza fue entre varios centenares y más de 1.200,<sup>5</sup> según las diversas fuentes, razón por la que se lo denominó “bautizo de sangre de la clase obrera ecuatoriana”, aunque en realidad los muertos pertenecían a los estratos populares en general: artesanos, cocineras, zapateros, carniceros, cacahueros, etc.

Se ha dicho que de esta manera el proletariado ingresó como actor político en la historia nacional, pero, desde la perspectiva de este trabajo, el supuesto actor es ínfimo, habiendo sido en realidad un discurso heterogéneo y diverso el que dirigió las manifestaciones y agregó las voluntades políticas de los sectores populares.

En este capítulo se focalizan las llamadas “dos crisis” (Cfr. Manguashca, 1988), en torno a las cuales se pueden comprender algunos elementos centrales del proceso de cuestionamiento a la forma de dominación oligárquico-liberal. De esta manera se intenta avanzar en la comprensión del movimiento social de 1922, entendiéndolo no sólo en el plano estructural (como producto de la crisis del cacao), sino también en el plano del discurso y la simbología popular. Con ello no se descarta el enfoque que relaciona los hechos de 1922 con quiebres profundos de la economía agroexportadora, sino que se entiende que ya

otros trabajos han dado cuenta relativamente exhaustiva de estos aspectos.

La intención de este trabajo, en lo que se refiere al presente capítulo, es la de penetrar en la densidad específica del discurso popular, y entender las modalidades en que interactúan los diferentes “**elementos ideológicos**” (Cfr. Laclau, 1985) en la conformación de las ideologías teórica y popular (Cfr. Rudé, 1980), las cuales confluyeron en una misma interpelación a los estratos populares urbanos de Guayaquil, interpelación en la que elementos provenientes del discurso socialista, especialmente anarquista, tuvieron una importancia central.

Si bien se debe destacar la importancia del discurso socialista y algunos de sus elementos ideológicos, especialmente en su versión anarquista, que remarcan el aspecto “ético” del socialismo, sus imágenes tremendísticas y cataclísmicas, este discurso se relacionó creativamente con elementos procedentes de la simbología profunda de la sociedad, con formaciones míticas preexistentes y expectativas de orden milenarista, presentes tanto en la cultura andina como en la occidental (Ramón, 1988: 9), elementos que también aparecieron y se expresaron en el discurso de la época.

El capítulo se inicia puntualizando algunos de los supuestos teóricos de los que parte el análisis, para intentar definir el campo de lo que se denomina “ideología popular” y sus funciones contestatarias. En este punto cabe señalarse que la utilización del término “protosocialismo” alude a una forma de elaboración conceptual y discursiva en la que el discurso gremial-popular se apropió de algunos elementos del discurso teórico anarquista y marxista, a los que integró otros elementos muy diversos, provenientes de la tradición y el largo plazo de la cultura, en una sumatoria que presentó un campo primigenio de integración, en el que el mismo discurso “teórico” o “ideología teórica” se encontraba marcado asimismo por un cierto primitivismo conceptual. (Cfr. Páez, 1986)<sup>6</sup>

A continuación se procede a identificar las nociones “mito” y “milenarismo”, que hacen relación a los contenidos simbólicos que concurren en el discurso de la época, y que se hacen evidentes con mayor fuerza, en tanto el estadio de integración de los elementos provenientes de las distintas teorías socialistas no lograron una fusión estable, puesto que apenas empieza a insinuarse su proceso interactivo.

Estos elementos del simbolismo aquí estudiados *no tienen en rango explicativo per se* de los orígenes sociales de la contestación urbana, sino que se encuentran **asociados y vinculados** a los elementos estructurales, sociales e ideológicos previamente señalados en este trabajo (Ver cap. 1). Aparecen, entonces, como **formas concurrentes** con los otros elementos de la crisis, incluso subsumidos en ellos, pero profundamente importantes al momento de explicar las modalidades concretas mediante las que los actores sociales vinculan y combinan diversos elementos ideológicos y simbólicos en un todo operativo, mediante la construcción de un discurso que los interpela, identifica y subjetiva, permitiendo así la potencial creación de actores políticos nuevos.

Así pues, este trabajo parte de que no se puede entender las jornadas de 1922 acudiendo a la explicación de que es la simple irrupción de una ideología de clase, ni tampoco la constitución del actor político “proletariado”. Por el contrario, aquí se estudia este proceso social como la expresión de una interpelación construida desde abajo, que identificó -y creó- a un gran actor popular tras sus discursos y banderas.

Este cambio de óptica en la lectura de un proceso social concreto puede aportar elementos para cuestionar la visión ortodoxa acerca de las características originarias, populares, en las que se manifestaron las primeras ideologías socialistas en el país, las cuales no aparecieron como la irrupción de un actor social (y político) prefigurado y tampoco como un discurso universal emitido por ese mismo actor, o por grupos de intelectuales iluminados, sino, por el contrario, ligadas al **proceso de construcción autoreferida** de los actores populares, y a la elaboración de un discurso específico, histórica y culturalmente (además de económica y socialmente) situado.

### 3.2. 1922: Actores e ideología

La importancia de las jornadas de 1922, del movimiento social que las origina, ha sido remarcada y exhaustivamente tratada en distintos trabajos. Durante ese año, los procesos de expansión del cuestionamiento a la organización gremial clásica se agudizaron, ya que la misma no era eficiente en referencia a dar cuenta de las nuevas situaciones que el tipo reciente de diferenciación social producto de la expansión urbana había producido, así como tampoco para tratar con las nuevas

condiciones económicas generadas por la caída del cacao y las políticas estatales implementadas para solventar la crisis.

La influencia de un discurso “anarquista” en la constitución del más global discurso social de la época es harto relevante: lo que se debe remarcar es que en 1922 se constituyó una interpelación y se creó un nuevo sujeto político, entre otros medios mediante el cuestionamiento sindicalista a los gremios así como a los mecanismos globales de dominación.

Este nuevo actor político, la izquierda radical ecuatoriana, fue constituido inicialmente desde dentro del movimiento y actor social artesanal-gremial cuestionador<sup>7</sup> y fue el que empujó la primera huelga general que paralizó el puerto de Guayaquil durante varios días. Este naciente actor logró también imprimir a las políticas estatales con su huella, desde la perspectiva de las reacciones que provocó en el Estado la marea de cuestionamiento creciente, que no solo criticaba la forma de ejercicio del poder, sino que también buscaba constituirse como alternativa de poder.

El discurso ejercitado por los sectores gremiales logró interpelar a gran parte de la población guayaquileña e integrarla tras sus objetivos, tal cual queda demostrado por el alto grado de participación popular -no solo gremial- en estas jornadas: nacieron así los primeros atisbos de un discurso popular-democrático de izquierda, penetrado por elementos de carácter mítico y relacionado con las simbologías propias de la cultura gremial y popular porteña.

Este discurso democrático logró concentrar y movilizar amplios sectores subalternos, pero su capacidad organizativa fue extremadamente limitada, entre otras razones, debido a los limitados recursos de experiencia de que disponían los dirigentes sindicalistas y por el carácter mítico-utópico del mismo discurso interpelante, a más de la pobrísima integración institucional previa de los sectores subalternos, en referencia a los nuevos postulados sindicalistas<sup>8</sup>.

A pesar de que es un lugar común referirse a la huelga de 1922 y la posterior masacre como “el bautizo de sangre de la clase obrera ecuatoriana”, se debe señalar que, como ya se advirtió en el primer capítulo de este trabajo, la constitución del actor social “proletariado” o “clase obrera” se encontraba en sus fases iniciales, embrionarias, para la época. Si bien aparecieron indicios de industrialización en las primeras décadas del siglo, esta fue muy limitada, y los grupos subalternos ligados

a las actividades fabriles se relacionaban más con pequeñas industrias de servicios y con formas artesanales de producción que con la gran industria, la producción en serie, aquello que la tipología marxista define (estrictamente) como “proletariado industrial”. La definición misma de la Clase Obrera, para los actores subalternos insertados en las incipientes actividades fabriles, partía más de consideraciones provenientes del taller artesanal y sus jerarquías que de una percepción referida a concentraciones industriales significativas. Por otra parte en la sierra, donde se desarrollaron tempranamente industrias textiles, el cruce de los elementos de orden étnico era sumamente relevante al momento de describir al naciente proletariado industrial <sup>9</sup>.

Para los autores que han escrito sobre la izquierda y el movimiento obrero ecuatoriano (Cfr. Saad, 1972, Ycaza, 1984, Aguirre, 1970, Albornoz, 1983) sería de alguna manera autoevidente el apareamiento de la ideología socialista, percibida como el nacimiento (necesario) de la llamada “clase para sí” en terminología marxista. Así pues, el actor social “proletariado” habría logrado [en estas versiones] una densidad social, política e ideológica que le habrían permitido hegemonizar la movilización popular de 1922, manifestándose así en el escenario político nacional.

Investigaciones recientes, menos apegadas a las concepciones linealistas que suponen conciencias sociales e ideológicas prefijadas en la posición estructural del actor social, han abierto líneas investigativas que enfatizan en la importancia de otro tipo de categorías para entender el proceso acaecido en los grupos subalternos a lo largo de los años veinte y treinta. De esta manera se ha usado de manera creciente la categoría “multitud” como referencial y explicativa de los procesos sociales en una sociedad heterogénea, diversa y múltiplemente regionalizada, amén de cuasi preindustrial, como lo era el Ecuador en los años veinte, donde la influencia social más importante no se puede situar en un “proletariado” prefigurado en la teoría, sino entre los grupos artesanales, de soldados y poblacionales, con las particularidades señaladas en el capítulo primero (Manguashca, 1988 y Luna, 1988).

Según las versiones que aparecen en la Historia tradicional del MOE, la emergencia de un actor político plenamente “moderno”, con intereses políticos claramente situados, levantando un proyecto coherente y homogéneo, sería el resultado o reflejo necesario e inmediato de la industrialización incipiente de las primeras décadas del siglo. Sin



embargo el análisis del movimiento social de 1922 lleva a otras conclusiones, insinuadas embrionariamente en otros trabajos (Cfr. Páez, 1986 a y b, 1987), en las que las definiciones estructuralistas lineales -desde la perspectiva del autor- se ven cuestionadas intensamente por la evidencia empírica y requieren una reformulación profunda, que permite la apertura al uso de categorías como la de “multitud” aquí propuesta.

No se puede desconocer las matrices culturales, la historicidad concreta en la cual se despliegan los procesos y actores sociales, cuestiones que los marcan con sus signos singulares, tanto en el plano discursivo como en lo remitido a las formas organizativas que adoptan. Tampoco se puede descartar apriorísticamente el potencial disruptor de la cultura popular en condiciones de carestía y crisis económica sostenida, tal como bien lo ha señalado E.P. Thompson en su trabajo sobre la economía moral de la multitud (1979: 43-45).

Esta historicidad y el despliegue de las modalidades culturales singulares -y autónomas- no se compadece con la visión universalista que define los contenidos y contornos políticos e ideológicos del discurso<sup>10</sup> y las acciones de las clases y sectores subalternos, especialmente la clase obrera, como absolutos transhistóricos, dependientes solamente de la posición estructural de los grupos sociales ante la producción y la estructura del mercado<sup>11</sup>.

“Visiones más sofisticadas del marxismo ya han desechado esta cruda división de la ideología o conciencia social en “verdadera” (identificada con los intereses del proletariado en tanto clase universal) y “falsa” (todo lo demás), especialmente desde Gramsci, quien tiende un puente sobre el tremendo abismo que Luckacs y otros han creado entre los Elegidos y los no elegidos...Hace hincapié en la importancia de estudiar de nuevo y en profundidad cada situación histórica, incluyendo la ideología apropiada al caso..” (Rudé, 1981: 28-29).

La ideología popular, así vista,<sup>12</sup> no es un asunto definido exclusivamente en referencia a una clase o grupo social determinado; por el contrario, es la resultante de la fusión de varios elementos previos, a más de los coyunturales, de experiencias sociales y referentes históricos articulados en lo que Rudé (1981: 33-34) define como “**ideología inherente**”, “una especie de leche materna ideológica, basada en la experiencia directa, la tradición oral o la memoria colectiva”.

De esta manera, hay que tener siempre presentes las ideas más sencillas y menos estructuradas que atraviesan las prácticas y discursos

del pueblo llano, a menudo aparentemente contradictorias y confusas, pero que implican el marco situacional, histórico y cultural en el que pueden ser comprendidas aquellas prácticas y discursos.

La ideología queda así, para Gramsci, “liberada” y deja de ser el espacio particular, la propiedad exclusiva de las llamadas “clases fundamentales” de la sociedad industrial, modernizada. Presta, por el contrario, espacio a la presencia y acción, a veces mucho más significativa, de aquellas formas menos estructuradas de pensamiento que circulan entre el pueblo llano, la multitud: aquellas ideologías “no orgánicas”, como las define Gramsci (Rudé, 1981: 27).

En el mismo sentido argumenta Thompson (1979): el potencial disruptor de las ideologías tradicionales, la “economía moral de la multitud” puede ser el escenario simbólico privilegiado para la realización de prácticas de protesta y resistencia por parte de la plebe urbana, y es particularmente importante al momento de entender las propuestas populares en contextos de transición de momentos preindustriales a lógicas “modernas”. No se trata, entonces, de la constitución o presencia del discurso plenamente “moderno” de un proletariado supuestamente homogéneo, sino la resonancia de valores, expectativas y normas que arrancan de una matriz tradicional:

“De ahí una paradoja...: nos encontramos con una cultura tradicional y rebelde. La cultura de la plebe se resiste muchas veces, en nombre de la “costumbre” a aquellas racionalizaciones e innovaciones económicas (como el cerramiento, la disciplina de trabajo, las relaciones libres de mercado...) que gobernantes o patronos deseaban imponer”. (Thompson, 1979: 45)

Ejemplos de estas creencias de raíz tradicional, inherentes, eran aquellas como la convicción del campesinado de su derecho a la tierra, sea en posesión individual o colectiva, en los derechos del pequeño consumidor “tanto en los pueblos como en las ciudades”, en el precio “justo” del pan y las subsistencias, determinados por la experiencia y la costumbre (Rudé, 1981: 37).

En el capítulo anterior se señaló que el incremento del comercio entre costa y sierra había crecido en forma exponencial, a raíz de la entrada en servicio del ferrocarril desde 1908, especialmente en lo que se remite a la ampliación del mercado de alimentos producidos en la sierra y destinados al consumo en la costa, productos que reemplazaron a

las importaciones extranjeras de bajo precio que se realizaron durante las últimas décadas del siglo XIX y primera del XX, en un contexto signado por los precios bajos de los alimentos en el mercado mundial.

La crisis del cacao fue posterior al proceso de reemplazo de las fuentes de la producción alimentaria; se produjo en los años 1920-1921, aunque empezó a insinuarse desde 1914, en tanto que la ampliación de los circuitos comerciales internos proviene en términos significativos desde 1912-1914 (Cfr. Chiriboga, 1988). Así se observa que la experiencia de los últimos años, en lo que se refiere tanto al bajo costo de los víveres importados como (desde la segunda mitad de la década 1910-1920) su reemplazo por alimentos de origen nacional, se volvió referencial para la protesta en los periódicos gremiales de la época<sup>13</sup>.

Entre 1914 y 1920 los precios de los artículos de primera necesidad subieron en cantidades importantes, así, el azúcar subió en un 200%, la harina en un 110%, las papas en un 100%, la manteca en un 95% (Páez, 1986a: 53). Esta crisis de subsistencias se vio acompañada por una crisis de salarios, en un contexto inflacionario, elementos que conjuntamente motivaron las protestas de 1922. Los sectores gremiales se movilizaron rápidamente en busca de un “salario justo” en lugar de un salario que obedeciese “al capricho patronal o a la reciente imposición de la ley de la oferta y la demanda” (Rudé, 1981: 37).

De esta manera, se produjo el marco social que posibilitó el emerger del discurso de protesta, enmarcado en condiciones de carestía, el novedoso y relativo hacinamiento urbano y la crisis económica. Las formas que tomó este discurso no parecen al observador como relacionadas con el discurso “teórico” marxista o anarquista (Cfr. Páez, 1986a), sino más bien aparecen como un “coctel terminológico”, en las líneas antes expuestas, e incluso más allá, recuperando formas de protesta no sólo “tradicionales” sino francamente míticas.

Con lo anterior, se quiere llegar a una comprensión complejizante de los procesos que acaecieron en las prácticas sociales y políticas y que incidieron en los discursos de la época a que hacemos referencia: el discurso cuestionador articuló diversos “elementos”, provenientes de modalidades diferentes de concebir la realidad social.

La expectativa de cambio societal se manifestó como eje conductor de la amalgama de elementos ideológicos dentro del discurso contestatario. En otras palabras, se puede afirmar que fueron los elementos ideológicos de orden “socialista” los que articularon a los otros ele-

mentos “tradicionales”, “míticos”, en una interpelación que podía dar cuenta tanto de las percepciones más tradicionales como de la vocación transformadora explícita: fue entonces posible la generación de una interpelación “popular-democrática” de carácter socialista, aunque complejamente integrada a otras formas ideológicas <sup>14</sup>

### 3.3. Las jornadas de 1922: una nueva perspectiva

En el contexto antes reseñado, milenarismo y mito son utilizados como categorías que permiten penetrar no solo el nivel fenoménico de las prácticas sociales situadas, sino que permiten observar otros planos de la interacción societal, en particular el **sustrato simbólico** en el que distintas interpelaciones existentes en un discurso dado se generan, donde los elementos ideológicos cobran sentido articulado en un todo operativo.<sup>15</sup>

Por otra parte se conoce en estudios clásicos acerca de la clase obrera (Thompson, 1963: 385-386) la importancia que tienen elementos milenaristas de el discurso contestatario de los trabajadores, no solamente en las fases iniciales de organización capitalista del mundo del trabajo, sino en épocas donde la revolución industrial ya se encuentra bastante consolidada (1832), donde el discurso religioso -particularmente el metodismo- logró canalizar la energía social, expresar la contestación laboral en un lenguaje milenarista<sup>16</sup>.

En el caso que ocupa a este trabajo, el discurso empleado por los sectores gremiales y “protosocialistas” en 1922 contiene imágenes míticas y simbolismos claramente identificables<sup>17</sup>. Las expectativas de cambio social que postularon los escritores y publicistas populares de la época se encuentran íntimamente relacionadas con contenidos claves del milenarismo: la transformación social es percibida como un hecho a) colectivo; b) terrenal; c) inminente; d) total, y, e) milagroso. Salvo este último aspecto -que no se presenta tan claramente porque el discurso del siglo y de los actores es “científico”, racionalista<sup>18</sup>, aunque se puede observar una secularización del contenido “milagroso”, expresado en términos de la “necesidad histórica”, es decir, el reemplazo de una teleología sacra por una teleología secular que mantiene las mismas estructuras religiosas en la profundidad de su argumentación.

El tema de lo colectivo se presentó mediante el énfasis particular de los actores en producir la asociación gremial, asociación que surtiría, al decir de sus propugnadores, efectos cuasi taumátúrgicos, para resolver la situación de carestía y opresión:

“Obrero...oríentate hacia la Aurora del Mañana, que disipará la legendaria tiranía mediante la asociación...El Sindicalismo...va destruyendo todos los sofismas imperantes en los campos políticos y sectarios y afirmando...que la redención del mundo consiste en la eliminación del patronato...”(El Proletario, 1 de mayo de 1922)

Si bien la insistencia en la agremiación permeaba la totalidad del discurso protosocialista, la presencia de imágenes como “La Aurora del Mañana”, “la redención del mundo” dan cuenta de un tipo de concepción que se tiene del proceso social, no explicitada en términos racional-analíticos, sino en imágenes iconísticas, en representaciones totales de carácter mítico. Así, el tema de lo colectivo y la asociación se enlaza con aquellas percepciones míticas.

La terrenalidad del discurso se manifiesta en la expectativa social y política de conseguir la constitución de la sociedad igualitaria, mediante la destrucción de la organización social existente, una vez dado el paso asociativo previamente, es decir, una vez se reconoce colectivamente una identidad, que posibilita el logro de aquellos objetivos:

“Y desde los esclavizados senderos de esta civilización sigloveintina se abrirá paso la suprema verdad, preconizada en letras de molde por los verdaderos hijos del Ideal” (Redención, 15 de abril de 1922)  
 “Proletario...vas a romper las cadenas como otro nuevo Prometeo...Oríentate hacia la Aurora del Mañana que disipará la antigua tiranía. Asíciate. En tu sindicato gremial está tu porvenir y el de los tuyos...Levántate y Anda” (El Proletario, 1 de mayo de 1922).

El proyecto societal se identifica así con la “suprema verdad”, de carácter absoluto y levantada por los elegidos (nuevamente un lenguaje claramente religioso), “los hijos del Ideal”. En el mañana, un nuevo día prometido, “La Aurora del Mañana”, que acabaría con la tiranía. Por último, las palabras del Cristo a Lázaro: Levántate y Anda (Surget et ambula).

La inminencia también se encuentra presente en este discurso, articulada a la “Fatalidad Histórica”, que se revela como el mecanismo milagroso, necesario e inevitable de transformación social total:

“Proletarios ecuatorianos, es la hora de la Justicia, los heraldos del Porvenir, en marcha triunfal hacia la victoria final, nos anuncian la catástrofe del Capitalismo y el naufragio del Capitolio y el Vaticano en los mares tormentosos del Tiempo y la Fatalidad Histórica” (Alba Roja, 18 de diciembre de 1921); “Obreros, Venid!...no os arrede los zarzales del camino, ni los gritos desaforados de la maledicencia y el dolor. Escuchad la voz impulsiva de la Verdad que se abre paso...” (Redención, 15 de abril de 1922)

El naufragio esperado del Capitalismo, el Capitolio y el Vaticano representan la expectativa de globalidad, la totalidad del cambio por venir, a pesar de los obstáculos, los “zarzales del camino”, entre los que se abre paso “La Verdad”: un lenguaje pleno de imágenes evocativas y cataclísmicas, que también se expresa en otros artículos, como uno llamado *!Sangre!*, publicado por el periódico gremial “El Cachuero” el 9 de noviembre de 1922.

Según Reizler (Cfr. 1982) los mitos revolucionarios predominan sobre los mitos fundacionales en la actualidad; apuntan hacia el futuro, y la apropiación del mito, su actualización, depende de la superación de la condición presente del hombre, exige un cambio total. En el artículo arriba mencionado, el cambio de era, de eón se produce en el contexto de un baño de sangre, medida purificadora y tema clásico del milenarismo (Páez, 1986a: 127-129), tras el cual existe un retorno supuesto al Estado Natural Igualitario: “el camino pasa necesariamente por la destrucción de la sociedad actual y por la posesión de la naturaleza humana original, más allá del amorfismo, sin el cual no hay comienzo” (Reizler, 1982:11). Este tema se reproduce en el artículo “Manifiesto Antitintelectualista”, publicado por el grupo “Agitación” en 1929, posteriormente a los otros textos aquí citados, pero parte del mismo continuo ideológico (Páez, 1986: 82-85).

El tiempo inminente y próximo, el anuncio de un nuevo comienzo, de una transformación total, por vía de la acción colectiva, recupera imágenes primarias, de raíces arcaicas, situadas en el centro de la tradición judeocristiana, simbolismos compartidos también por las sociedades que fueron colonizadas por los españoles.

Estas imágenes arcaicas, como aquella del Estado Natural Igualitario, la concepción del amor libre, entre otras es evidente en las publicaciones del grupo “Hambre”, dirigido por Narciso Véliz, quien fue el

autor más representativo de esta vertiente milenarista que asume un lenguaje socialista, en particular anarquista, para expresar las expectativas míticas.<sup>19</sup>

Este fue el contexto del discurso de los inicios del movimiento sindical ecuatoriano, que un acercamiento prejuiciado ha querido describir como el emerger de la “conciencia obrera” y del discurso “proletario”. Se requiere penetrar en la densidad específica y la riqueza múltiple del discurso popular de la época, cargado de significaciones míticas y símbolos e imágenes milenaristas, vinculando simultáneamente estos contenidos con aquellos de orden teórico -el socialismo marxista o el anarquismo-, también presentes en los textos de aquel entonces.

Por lo anterior, en el movimiento social de 1922 se deben buscar también formas de protesta y lenguajes populares no relacionados directamente con el socialismo como forma teórica “moderna”, es decir con el lenguaje racionalista, cientificista y positivista propio de los socialismos de fin del siglo pasado y principios del presente, especialmente en su vertiente marxista<sup>20</sup>, pero también en las vertientes anarquistas como el anarcocomunismo de Kropotkin o el Anarcosindicalismo francés. Teóricos socialistas de fines del siglo XIX ya relievaron la importancia de los aspectos míticos en la formulación **operativa** del ideario socialista, por ejemplo Georges Sorel (cfr. 1980, edición original, 1906), y aún más cerca de nosotros, el propio Mariátegui recuperó la visión mítica y milenarista integrada al marxismo en su obra (Flores Galindo, 1982: 54 y 59)(Cfr. Aricó, 1980b), con gran influencia del pensamiento soreliano en lo que el autor francés definió como “mito social”. Para Mariátegui, cualquier posibilidad exitosa del marxismo en el Perú pasaba necesariamente por la recuperación del discurso mítico y el sentido del milenio como expectativa renovadora (Flores Galindo, 1982: 49).

Quedaría aún un punto por explicitar: independientemente de que se hayan representado expectativas míticas en el discurso, o mejor, articuladas a ellas, se pueden reconocer otras temas, tales como el de la voluntad nacional que emerge del discurso cataclísmico, apocalíptico y tremendista de la época: aparece el mito de la raza, de la reacción de los elegidos<sup>21</sup>, que ya no pueden soportar la opresión y actúan para destruir la tiranía.

Cabría realizar un análisis más pormenorizado de este tema; en el artículo de Véliz, “Por la raza negroide” se realiza una descripción del

proceso histórico de la raza negra (o de color) desde sus orígenes africanos, recuperando el referente mítico del amor libre, sus orígenes ideales y su potencial liberador hacia el futuro<sup>22</sup>. (El Cacahuero, 1 de octubre de 1922)

Los enemigos -la raza blanca- originan la explotación, la opresión, la guerra, la Moral (contrapuesta a la ética natural), la técnica, la civilización derrochadora y criminal, inventan la Política, la Religión y el Capital. La raza negra sería la raza elegida, la que produzca el inminente mundo del futuro, portadora de la auténtica libertad, al decir de Véliz.

No sobra decir que este discurso racista no tiene mucho que ver con el socialismo en cualquiera de sus variantes (anarquismo o marxismo). Sin embargo, consta por testimonios de la época su impacto social, al igual que el antes mentado artículo “!Sangre!”, que anunciaba la “San Bartolomé Social” como mecanismo de reivindicación proletaria y obrera, como vía expedita hacia el nuevo orden, el mundo nuevo. Esta yuxtaposición de distintos mitos revela el abigarramiento del discurso radical de la época, donde diversas vocaciones confluían en un contexto social agitado que mal puede afirmarse producía un discurso “proletario” o una ideología “obrero” como elementos centrales y articuladores del discurso cuestionador.

La teoría socialista en verdad empieza a penetrar en estos tiempos, en Guayaquil, fundamentalmente, pero las bases discursivas, el sentido global, el tono de la prensa gremial tienen menos que ver con lo que se concibe como “ideología socialista” que con una amalgama de reacciones ante la carestía y la crisis, mucho más cercanas a la “economía moral de la multitud” (Cfr. Thompson, 1979), la “ideología inherente” (Cfr. Rudé, 1981) y el milenarismo y mito (Páez, 1987).

Sin embargo, la particularidad del primer movimiento social urbano de gran magnitud en el país, de la primera Huelga General, representa el espacio privilegiado donde *desde abajo*, desde los sectores sociales subalternos, particularmente los gremios en proceso de tránsito al sindicato, se produjo una ideología popular que pudo articularse discursivamente a la “ideología teórica” anarquista, en formas complejas, heterogéneas e inestables, que prestaron un campo de acción privilegiado a la posible construcción de una voluntad transformadora de carácter socialista, con amplia resonancia en los sectores subalternos guayaquileños.



Así pues, el socialismo partió de una base discursiva receptiva, de una experiencia de movilización social y cuestionamiento, en el que se integró como otro elemento más, conjuntamente con imágenes míticas, discursos milenaristas y percepciones arcaicas, tradicionales. La posibilidad de una fusión creadoras y de largo plazo del discurso teórico con las percepciones y discursos populares debía atravesar el asumir las particularidades de los sujetos y situaciones sociales, cosa que de hecho no se dio, pero que por un momento pudo visualizarse como posible.

La conciencia popular, en particular la conciencia obrera y artesanal, no se construyen solamente en la fábrica o lugar de trabajo, sino también, y de manera central, en la vida cotidiana<sup>23</sup>. En el caso de los orígenes del socialismo en el Perú, diversos autores han puesto el acento en la importancia de la cultura popular obrero-artesanal de los 10 y 20 como caldo de cultivo donde pudo insertarse un proyecto socialista. Similares situaciones se dieron en Guayaquil a principios de los veinte, donde los paseos artesanales, los grupos de teatro populares, las organizaciones autoeducativas y el carácter de los asentamientos urbanos desarrollaron un marco tal en la vida cotidiana, que la “clase obrera” compartía la simbología y el discurso popular en general, las expectativas míticas y las percepciones económicas tradicionales. Por ello, no generaba un discurso de clase específico, sino que integraba y recreaba las expectativas más generales, las experiencias y percepciones culturales tradicionales del universo social en el que se encontraba inscrita, tal como se argumenta a lo largo de este capítulo. (Cfr. Freire, 1983)

Otro elemento a ser tomado en cuenta es el límite espacial de esta posibilidad de apropiación y generación discursiva. En capítulos anteriores se ha dado cuenta de la heterogeneidad y fraccionamiento, la regionalización y diversidad étnica que se presentaban -y aún presentan- en el Ecuador. Las clases subalternas guayaquileñas fueron portadoras de este discurso arriba analizado: quedaba en pie el problema de cómo los ideólogos “teóricos” socialistas iban a asumir el potencial creador de la situación crítica de 1922, así como la dificultosa tarea de intentar integrar la multiplicidad nacional, cómo recoger otros discursos, otras expectativas y otras expresiones populares en diversas regionalidades pobremente integradas: el reto del naciente socialismo ecuatoriano consistió no solo en recuperar raíces históricas y percepciones ajenas al discurso de la matriz teórica y enriquecerse con ellas, sino también aceptar su multiplicidad y diversidad, para postular la trans-

formación socialista en un espacio “nacional” que en realidad aún era poco más que un territorio: el discurso de lo nacional sería pues el otro gran reto teórico e implicaba la integración de la diversidad, la aceptación de su valor intrínseco.

### 3.4. Ideología teórica, ideología popular

El discurso mítico de 1922 no fue la única línea en torno a la cual se articuló el discurso y las prácticas políticas de los actores gremiales y populares: hubo también la presencia relevante de aquello definido como “ideología teórica”, vale decir, las formas o escuelas del socialismo relevantes a principios de siglo, el marxismo y el anarquismo, dentro del movimiento gremial ecuatoriano.

Hacia mediados de la década del diez circulaban en Guayaquil obras de Bakunin, Kropotkin, Malatesta, Stirner, Malato y Eliseo Recúlú, vendidas por la Librería Española de esa ciudad; también se podían encontrar obras marxistas, ediciones de origen español, además de periódicos sindicales de la IWW (Industrial Workers of the World), la FORA-FACA Argentina (anarquistas), CNT-FAI (ácratas españoles), etc (Páez, 1986: 25-50): la prensa gremial y parte de la intelectualidad popular de aquel entonces recogieron estas vertientes sistematizadas del ideario socialista, y las incluyeron en su lenguaje cotidiano, en las hojas de propaganda y en sus programas de organización sindical.

Estas influencias no eran de ninguna manera homogéneas: se da lo que se ha llamado en otro trabajo “la ideología de malecón” (Páez, 1986: 33 y ss.), ya que era precisamente en este punto donde los primeros agitadores sindicales recibían las charlas de los marinos extranjeros, especialmente anarquistas, que recalaban en el puerto de Guayaquil, y oían los ecos lejanos de noticias como la Semana Trágica, las huelgas obreras europeas, la Primera Guerra, las insurrecciones de post-guerra y la Revolución Rusa.

Es por ello que no sorprende encontrar en la prensa gremial de aquel entonces, escrita por intelectuales populares, alusiones a Marx y Bakunin hermanados, colocadas junto a proclamas austromarxistas y panegíricos simultáneos de Lenin, Trotsky y los bolcheviques: la ideología del socialismo teórico penetró de una manera bastante desorde-

nada en la conciencia y discurso de los primeros agitadores sindicales y obreros en Guayaquil (Cfr. Páez, 1986).

Precisamente la fluidez y diversidad del discurso teórico fue lo que permitió su fusión momentánea en un todo operativo con los elementos míticos ya señalados, con las percepciones tradicionales y la economía moral de los pobladores porteños. En una época extremadamente conflictiva los actores mantenían un discurso heterogéneo y abierto, capaz de sostener intercurios no contradictorios con las percepciones “arcaicas” de los sectores populares: el monolitismo ideológico, el iluminismo teórico no se encontraban en la agenda de los primeros organizadores socialistas y sindicales.

El anarquismo fue el espacio teórico privilegiado en el que se posibilitó esta fusión: por ello se ha caracterizado a la huelga de 1922 como el momento emergente, al mismo tiempo que el punto culminante, de este pensamiento y sus correlatos organizativos en el escenario social y político nacional.

Sin embargo, ya se ha señalado en otros trabajos (Cfr. Páez, 1986) que este “anarquismo” no tenía mucho que ver con sus referentes europeos, sino que era una suerte de espacio de conjunción que prestaba campo favorable a la expresión de modelos culturales y formas tradicionales de protesta y revuelta, anudadas a un discurso “moderno”, “obrero”, lo cual era muy importante en momentos en los que el cientificismo del discurso -o la atribución de cientificidad- era condición *sine qua non* para su recepción positiva y amplificación social, una época creyente en el mito del progreso y en las teleologías científicas, anunciadoras, a las que se podía integrar la dimensión de la esperanza en formas y acciones sociales (Desroche, 1976: 25-57).

Con el análisis anterior no se pierde de vista el hecho de que esta fusión se da en un contexto estructuralmente definido por la crisis del cacao, el apareamiento de nuevos grupos sociales, la expansión urbana, las aglomeraciones aún incipientes, el quiebre de solidaridades sociales de larga data y el despliegue (o penetración) del capitalismo en sus modalidades dependientes.

Pero las respuestas discursivas y las acciones de los diversos sujetos sociales, al igual que sus propuestas políticas no pueden ser definidas solamente en el marco estructural: los sectores populares no actúan o responden mecánicamente a los estímulos provenientes de las variaciones de las coordenadas estructurales; en sus prácticas se integran

elementos del largo plazo cultural, las modalidades históricamente dadas en que han establecido sus percepciones y referencias de identidad, sus concepciones de lo justo e injusto, su “economía moral”, su “ideología inherente”, para usar los términos de Thompson y Rudé<sup>24</sup>

El análisis del mito y su expresión, tanto en el discurso como en las prácticas, debe ser entonces entendido como un *elemento concurrente* a otras circunstancias de orden estructural, sociales, ideológicas y políticas. Lo que interesa es abordar las articulaciones interdependientes entre estos fenómenos para entender este movimiento social urbano, situado en un momento de crisis y transición sociales, cuando se desestructura un modelo de acumulación, aparecen nuevos actores sociales en un contexto de crisis de subsistencias, social, política y simbólica: las ya referidas crisis de “autoridad paternal” y “de lealtad” (Maiguashca, 1988: 1-25).

Por otra parte, estos fenómenos concurrentes deben ser pensados en su dinámica y correspondencia en el contexto de una sociedad nacional múltiplemente fracturada y heterogénea: solamente en Guayaquil se manifestaron los fenómenos de protesta con estas características. En el primer capítulo se hizo referencia al clima de cuestionamiento durante los diez y veinte, cuestionamiento diverso, múltiple, situado regionalmente. En este contexto, los diversos discursos cuestionadores presentan elementos míticos discernibles, en condiciones en las que la pobre integración nacional acotaba campos de conflicto altamente diferenciados, lo que posibilita la expresión de lenguajes y discursos diversos para formular la protesta popular, dependientes de condicionantes estructurales a nivel macro, pero con particularidades y modalidades dependientes de los contextos históricos y culturales diversos.

No se focalizan en este trabajo aquellos movimientos, porque no son tan relevantes en los procesos constitutivos de la izquierda marxista ecuatoriana, mientras que el movimiento de 1922 es altamente importante en ese proceso.

## Notas:

- 1 El análisis del discurso es una entrada muy reciente para el análisis de los procesos sociales. El desarrollo de la lingüística, la semiótica y la etnometodología, entre otros campos del saber, han posibilitado la comprensión de la “coextensividad” del ámbito discursivo respecto de la realidad social. (Cfr. Laclau, 1985 y Laclau y Mouffe, 1987). En este trabajo se trata al dis-

curso en sus términos más generales, como enunciación dada de un sentido (en este caso de lo social), con una gran diversidad de componentes. Por ello, se enfatiza en aspectos de orden simbólico y mítico, que se encuentran inscritos en discursos aparentemente secularizados, como sería la ideología anarquista o ciertas formas particulares de apropiación del marxismo.

- 2 Esto no significa que este trabajo adhiere a una teoría “instrumentalista” del Estado, en el que este -de manera necesaria- sería un representante directo de los grupos dominantes. En el caso de la sociedad ecuatoriana de principios de siglo, los grupos bancarios y agroexportadores logran “colonizar” al Estado de manera temporal y de suyo precaria. Luego de su caída del poder, otros grupos sociales logran influir en la decisión y proceso político, en un complejo y variable campo de fuerzas políticas, cuya dificultad de estructuración estable se manifestó en la larga crisis política de los treinta. Con esto tampoco se niega el hecho claro de que el Estado es un factor central de la reproducción global del sistema social, y que por lo tanto los diversos grupos tienen un acceso diferencial al mismo, siendo los sectores más poderosos los que tienen una mayor capacidad de *influencia en las políticas estatales*, sin poder tampoco determinar el conjunto de las mismas, es decir, sin poder usar al Estado como mero instrumento de sus intereses.
- 3 Este es el caso de el intento militar de los grupos conservadores en 1924, liderados por Jacinto Jijón y Caamaño.
- 4 La conformación de la GAT hizo que el organismo sindical anarquista -la Federación de Trabajadores Regional Ecuatoriana (FTRE), que había sido fundado en octubre de 1922, abandonado en sus manos la dirección efectiva de la huelga general, posibilitándose así la “moderación” de las demandas. Para un estudio en profundidad del tema, véase (Páez, 1986 e Ycaza, 1984).
- 5 La cifra de muertos nunca ha sido aclarada por las diversas fuentes. El Gral. Marcos Gándara Enríquez, miembro de la Junta Militar de 1963, niega la misma y afirma que es el resultado de una información exagerada por parte de los historiadores y literatos izquierdistas. Los argumentos del general Gándara son dignos de tomarse en cuenta, dada la incertidumbre en torno a los datos reales, al menos en lo que se refiere al número de víctimas, ya que la masacre en efecto sí existió.
- 6 No se profundiza en este trabajo en el anarquismo ecuatoriano, ya que ha sido tema de otro libro del mismo autor. Cabe señalarse que el anarquismo ecuatoriano tuvo, en estas etapas primigenias, un carácter múltiple y contradictorio, aunque, según autores como James Joll o George Woodcock, se debería hablar mejor de “los anarquismos” antes que de “el anarquismo”
- 7 Aunque, como se verá posteriormente, otros grupos sociales, en particular la inteligencia de la clase media también aportaron con sus propias dinámicas a la conformación de la izquierda radical ecuatoriana.
- 8 Como ya se ha señalado, la FTRE (Federación de Trabajadores Regional Ecuatoriana), de vertiente anarcosindicalista, apenas fue **fundada** el 15 de octubre de 1922, un mes antes de la movilización popular, cuya espontaneidad rebasó totalmente la capacidad de control y dirección de la FTRE, organización que entregó en manos de la GAT la dirección del movimiento, el 7 de noviembre de 1922.
- 9 En los momentos en que este trabajo estaba siendo escrito, una investigación del sociólogo Freddy Rivera, que se encontraba en sus fases finales, constató la relevancia de lo étnico en la conformación de la clase obrera en las fábricas textiles en la provincia de Imbabura. La identidad-clase se ve ampliamente cuestionada, en referencia a la identidad-etnia, incluso en espacios fabriles mucho más desarrollados, y frente a una sociedad bastante más integrada,

con un mercado mucho más desarrollado, como era la del Ecuador de fines de los años ochenta.

- 10 Se utiliza la concepción de “discurso” en la perspectiva planteada por Laclau (Cfr. 1985). Según esta visión, la realidad social y la identidad de los actores son objeto de construcción permanente por vía del lenguaje -en su forma mayor: el discurso-, que cumple así funciones que van mucho más allá de simplemente dar cuenta de la percepción de un actor determinado; por el contrario, el discurso tendría la posibilidad poética de **generar actores**, mediante la **interpelación**, creando y agregando voluntades políticas. Esta posición cuestiona y trata de superar los entrampamientos conceptuales que resultan de la aplicación del llamado “reduccionismo de clase” en la interpretación de la producción de las ideologías sociales.
- 11 En esta visión, el capitalismo es visto asimismo como una estructura con significados fijados, no es matizado en las formas y modalidades históricas concretas en que se constituye en cada caso, así como tampoco se señalan las diferencias que ello implica respecto al “tipo ideal” trazado por Marx en *El Capital*, que por su parte no deja de ser un estudio de caso limitado, el análisis de una situación histórica específica (Inglaterra), como el mismo Thompson ha señalado en otra de sus obras (Cfr. 1963).
- 12 Cuando se hace referencia a la “ideología popular” es necesario indicar que en general las ideologías son el resultado de la combinación de “elementos ideológicos” de orden diverso y de múltiples orígenes (Cfr. Laclau, 1985), lo que implica que existe la posibilidad de diversas combinaciones o grupos de combinaciones, donde uno -o varios- de los elementos ideológicos puede concurrir en diversas configuraciones. Por ello se utiliza el concepto “ideología popular” y no “ideología de clase”, puesto que se define con él un ámbito más comprehensivo. En el caso de los procesos discursivo-ideológicos relacionados con el punto que se trata aquí, fueron fundamentalmente los complejos ideológicos de los sectores artesanales radicalizados aquellos que se transformaron en el eje discursivo de la movilización popular, al lograr unir partes o elementos del discurso teórico anarquista con expectativas y percepciones originadas en el largo plazo de la cultura. En este trabajo no se introduce una delimitación estricta de las diversas “combinatorias ideológicas”, sino que se remite al agregado mayor, aquel que se expresó en las jornadas de 1922, designándolo como “ideología popular”.
- 13 “...estos artículos (los de primera necesidad, N. del A) son producidos en el país, y sin embargo con el pretexto de la maldecida guerra europea subieron los precios y ahora permanecen subidos: con el pretexto de la guerra subieron el valor de la leche, carne, el plátano y el carbón vegetal, como si esos artículos hubieran sido importados de Bremen, Liverpool o San Petersburgo” (El Proletario, 12 de junio de 1921)
- 14 Se debe insistir el carácter de la apropiación del socialismo por los actores gremiales de entonces, en particular del anarquismo: una apropiación que partía no tanto de la lectura de los teóricos y la identificación con su discurso, como de las percepciones transmitidas mediante formas orales en lo que se ha llamado “cultura política de malecón” (Cfr, Páez, 1986a)
- 15 Refiriéndose al populismo, un trabajo reciente alude a la necesidad de penetrar en los planos simbólicos de las prácticas políticas, para lograr su mejor comprensión de las mismas desde las Ciencias Políticas, así, los estudios sobre el populismo “...deben complementarse con análisis de la cultura política en el Ecuador, de la simbología popular, de los mitos que crean y recrean las movilizaciones populistas...Es necesario complementar los análisis cuantificables, basados en conceptos de racionalidad instrumental, con interpretaciones del mundo ritual, simbólico y normativo, que por su misma naturaleza no pueden explicarse con los conceptos de racionalidad instrumental” (De la Torre, 1989:140)
- 16 En el mismo sentido: “El quid es, pues, que nunca debemos exagerar la correlación entre movimientos religiosos y políticos, ni ignorar sus frecuentes concurrencias. Si bien tanto los mo-

- vimientos religiosos como los políticos eran respuestas al mismo sufrimiento, los primeros respondían, a veces, además a los fracasos de la política terrenal” (Gouldner, 1983:132).
- 17 Norman Cohn (1983: 205-222), en el contexto de su estudio sobre el milenarismo en la Edad Media se refiere al “anarquismo místico”, cuyas imágenes son muy parecidas a aquellas ensayadas durante el movimiento de 1922, como se procede a detallar posteriormente.
  - 18 Cabe preguntarse si la fe en el “progreso” no hace relación al espíritu religioso antes que al espíritu definido como “científico”: la ciencia es también mitologizada en el proceso social. Como señala agudamente García Pelayo (1964: 41 y 42), “...no hay que dejarse impresionar por el vocablo científico. En primer término, “científico”, en el contexto del siglo XIX, es algo que tiene de todo menos de neutral, es, sociológicamente visto, y políticamente explotado, un concepto polémico, orientado contra un enemigo concreto, constituido por las creencias religiosas y por el conjunto de instituciones políticas, sociales y de otra especie, que se consideraban estructuralmente vinculadas a ellas, y a las que Chateaubriand había simbolizado como “el trono y el altar”...la creencia científica había sustituido en buena parte a la creencia religiosa...” científico” otorgaba, de acuerdo también con las creencias vigentes, esa certidumbre que es momento integrante del mito político, pues lo científico (en la imagen de la época) suponía el conocimiento cierto de un sistema de relaciones necesarias de causas y efectos que conduce implacablemente a un resultado determinado”
  - 19 Una selección de textos de utilidad para el lector y que sirve de referencia a lo anterior, donde se encuentran reproducidos extensivamente los textos antes citados se encuentra en Páez, (1986), aunque el trabajo no penetra en este tipo de análisis mítico.
  - 20 Lo que no obsta para reconocer claramente la enorme pertinencia de lo mítico incluso en el discurso más racionalizado, como, nuevamente, señala García Pelayo (1964:47-48) “Salvo la unidad entre lo natural y lo sobrenatural –típica del antiguo mito del reino y, en general, de la visión mítica – todas las demás fusiones y superaciones se encuentran representadas, no en imágenes pero sí en palabras cargadas de sentido, en estas ideas marxistas sobre el tiempo que cancelará la historia de este *éon*...Las canciones proletarias, como, por ejemplo, *La Internacional*, *La Joven Guardia* o *La Varsovia*, recogen y transfieren definitivamente a la vida emocional el viejo mito del reino. Negras tormentas y oscuras nubes impiden ver la verdad y la luz, pero, por fin, se ha hecho la claridad y la revolución marcha arrolladora. Aunque les espere el dolor, la muerte y el destierro, se levantarán los parias de la tierra y se invertirán los fundamentos de la ordenación del mundo de tal modo que los que hoy no son nada serán en el futuro todo. La salvación ya no está en dioses, ni en reyes ni en tribunales, sino en la misma clase obrera, que mediante su heroísmo y sacrificio, actuará como redentora de todo el género humano. Se trata de una dura lucha, destinada a destruir totalmente el pasado, pero es la lucha final, más allá de la cual se establecerá la paz, la hermandad y la sociedad universal cuya patria es la tierra entera. Y así de nuevo, aunque en nueva forma, nos encontramos con el tema de la plenitud de las gentes, del espacio y de los tiempos”
  - 21 Diferente del mito de la clase, que también remite a la acción social prioritaria de un grupo “elegido” -el de los “hijos del Ideal”-, el mito de la raza se manifiesta meridianamente en textos del mismo Narciso Véliz. Véase el artículo “Por la raza negroide”, reproducido in extenso y comentado largamente en Páez (1986).
  - 22 Un interesante símil de este artículo se puede relatar referido a la ideología del Ras Tafari, originada en Jamaica hacia 1930, cuyas doctrinas básicas son: a) Los negros son las tribus de Israel exiliadas como castigo por sus pecados a las Indias Occidentales; b) el malvado blanco es inferior al negro y, c) en el próximo futuro el hombre negro será vengado al ser servido por el blanco al que hará pasar por los mismos sufrimientos que él ha causado al negro. (García Pelayo, 1964: 61)

- 23 La importancia de la “cultura artesanal” ha sido remarcada por Aricó (1980b), entre otros. Más recientemente, trabajos de Historia Oral han relevado estos procesos en el Perú y Bolivia entre las capas artesanales. Entre otros trabajos, tenemos *Obreros frente a la crisis*, de Wilma Derpich y Cecilia Israel, para el caso peruano (Fund. Ebert, Lima, 1987), mientras en el caso boliviano tenemos el trabajo de Zulema Lehm y Silvia Rivera *Los artesanos libertarios y la ética del trabajo* (Ed. Gramma, La Paz, 1988). Para el Ecuador lo más importante producido hasta ahora es la tesis de Maestría en Historia de Milton Luna para FLACSO-Ecuador, *Economía, Organización y Vida cotidiana del artesanado en Quito, 1890-1930*.(1986)
- 24 Como ya se ha resaltado, el discurso que organizó la protesta popular en 1922 provino de una base gremial, a la que adhirieron intelectuales populares de orígenes diversos (Cfr. Páez, 1986), discurso manifiesto en gran cantidad de periódicos, que unificaba niveles de ideología teórica (anarquismo), la economía moral -base de la protesta- e ideología popular tras la hegemonía de una perspectiva transformadora fuertemente marcada por elementos míticos: un discurso involuntario, resultante inesperado de la fusión dinámica de los elementos antes señalados. La movilización de 1922 no abarcó solo a los “obreros” de entonces (en verdad artesanos en su inmensa mayoría), sino también a amplios sectores populares que fueron interpelados por las demandas y el discurso ejecutado desde los gremios en transformación, desde la FTRE y los grupos organizadores anarquistas. El mito acerca del 15 de noviembre de 1922 como “bautismo de sangre de la clase obrera” se basó en el amplio carácter movilizador de este discurso que, se insiste, no proviene del “proletariado” ni de la “clase obrera”, sino de sectores artesanales en contacto con las simbologías, prácticas, concepciones y actitudes del pueblo guayaquileño.



## Capítulo IV

# El partido socialista ecuatoriano: 1926 - 1931

---

### 4.1. Introducción

El Partido Socialista Ecuatoriano, fundado en 1926, fue el organismo donde confluyeron las diversas tendencias y grupos primigenios del movimiento de la izquierda ecuatoriana, y también fue el punto de origen de la más temprana división histórica de la izquierda, entre comunistas y socialistas. La influencia que tuvieron las políticas de la Internacional Comunista y sus organismos regionales en el proceso de escisión fue de importancia central en esta primera diferenciación.

La llamada “Revolución Juliana” generó el contexto propicio para la organización del PSE, en el marco de la caída del poder de los sectores dominantes vinculados a la agroexportación cacaotera, la crisis del estado liberal plutocrático, lo que abrió un espacio de modernización del Estado y ampliación del sistema político, y permitió la fundación del PSE.

En general, el conjunto del sistema partidario adquirió su carácter institucional durante los veinte,<sup>1</sup> estando muy presentes las consecuencias de las jornadas de 1922 en todos los sectores políticos. El Partido Liberal se constituyó bajo nuevos términos en 1923, en tanto que el Conservador lo hizo en 1925. El Partido Socialista, por su parte, apareció precedido por las movilizaciones gremial-populares de principios de los veinte; estas movilizaciones, en especial la de 1922, habían generado interpelaciones operativas en la población, al integrar diversas fuentes ideológicas y articularse en el continuo de la simbología popular.

Los sectores medios también aportaron para la constitución del primer PSE. Excluidos de la participación política en el Estado liberal-oligárquico postalfarista, algunos grupos entre estos sectores se apropiaron del lenguaje marxista para dar continuidad a una tradición liberal-radical relativamente vieja; en otros casos, la apropiación del discurso leninista fue la más importante. En estos grupos filocomunistas el principal problema era el como desligarse de toda referencia al liberalismo radical y crear una identidad particular que simultáneamente

los diferenciase de los otros sectores que se definían como socialistas y marxistas.

Es importante señalarse que en la constitución inicial del PSE también se hicieron presentes sectores artesanales quiteños, influidos por un pensamiento de vertiente socialista-cristiana, liderado por el paternal terrateniente Coronel Juan Manuel Lasso. Habría que incluirse también a un núcleo de jóvenes militares afines a las ideas socialistas, que se encontraban empeñados en realizar transformaciones de corte modernizante tanto al interior de la institución armada como en referencia al Estado, reformas que permitieron una apertura relativa a la participación de los sectores medios en el sistema político, una vez consolidada la Juliana.

El PSE se conformó originariamente por medio del acuerdo inestable entre una proliferante variedad de tendencias con diversos intereses y distintas percepciones ideológicas y teóricas, por lo que optó por una organización descentralizada y laxa, que respetase la multiplicidad originaria de los sectores que lo conformaron.

Durante los tres años posteriores a su formación, el PSE se dedicó a la tarea organizativa, aunque las diferencias ideológicas empezaron a aflorar de manera conflictiva entre las diversas tendencias. Estas diferencias se remitían a diversos ítems de la política del Partido, pero fueron amplificadas a causa de la toma de contacto con la IC y sus organismos regionales, que trataron de imponer un modelo leninista ortodoxo<sup>2</sup> dentro del Partido.

Cuando Ricardo Paredes<sup>3</sup> regresó a Ecuador, luego de asistir al VI Congreso de la IC, las condiciones y políticas tendientes a la monolitización y homogenización del Partido fueron impulsadas desde la cúpula del PSE, comenzando así la cacería de intelectuales al interior de la organización, lo que provocó su retirada a raíz de la Primera Conferencia del Consejo Central Ampliado del PSE en 1929; los siguientes dos años fueron de pugna interna, con un secretariado general agresivo, mientras los intelectuales no atinaban a organizar su defensa.

Los recursos organizativos del aparato central del PSE, movilizadas por Paredes, le permitieron retener el control del organismo a pesar de la oposición “obrera” del núcleo del Guayas y de los intelectuales del Núcleo de Quito, amén de los conflictos dentro del reducido bloque parlamentario socialista, que se manifestaron en la expulsión de legisladores, mientras se iniciaba el giro propuesto por la IC hacia el ultraiz-

quierdismo. Todo ello culminó en 1931 con la ruptura del PSE y la fundación del Partido Comunista, realizándose así la primera división de la izquierda<sup>4</sup> marxista ecuatoriana.

Este capítulo dará cuenta de los orígenes remotos del proyecto socialista en el país, haciendo una somera revisión de la relevancia de algunos pensadores previos a la fundación del PSE, para así entender cómo se insertó el PSE en el debate ideológico nacional de principios de siglo, debate al cual se refirió en primera instancia, antes que la homogeneización comunista alterase las percepciones de la izquierda marxista acerca de su historia y orígenes.

A continuación se estudiarán los primeros grupos organizados, pequeños y dispersos, que aparecieron en la década del veinte, *a posteriori* de 1922<sup>5</sup> y las modalidades de relación que se trazaron entre ellos, la forma en que confluyeron en la asamblea fundacional del PSE. Luego se pondrá atención en el trabajo que el nuevo partido realizó entre 1926 y 1928, para posteriormente referirse al proceso de división del PSE hasta 1931.

#### 4.2. La arqueología imaginaria de la izquierda ecuatoriana

El rastreo de los orígenes remotos de la izquierda ecuatoriana se vuelve una tarea complicada, debido al abigarramiento en que se manifestaron las diversas escuelas de pensamiento decimonónicas en latinoamérica y particularmente en nuestro país, cosa especialmente evidente a fines del XIX, cuando confluyeron positivismo, liberalismo y socialismo evolutivista en un mismo punto.

A pesar de ello se ha querido adscribir a algunos pensadores - aunque sea de manera indirecta - a un pensamiento socialista primigenio, en lo que se puede denominar una reconstrucción imaginaria de los orígenes de la izquierda. Entre ellos resalta don Juan Montalvo, paradigma del liberalismo radical decimonónico ecuatoriano.

Se ha intentado demostrar esta supuesta filiación prosocialista de Montalvo mediante pruebas bastante pobres, como por ejemplo el hecho de que el escritor ambateño (una vez regresó del destierro, a la muerte de García Moreno [1875]), llamó a sus amigos y coidearios, urgiéndoles a organizar una “Sociedad Republicana” con presencia de artesanos y estudiantes, cuyo objetivo fuese ilustrar a la gente en lo que

es la república democrática (Internacionalista, 1976: 187-188), mediante -y he aquí el dato curioso- el ejemplo organizativo de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) o Primera Internacional, como “vanguardia liberal”<sup>6</sup> (Ibid: 189).

De esta manera, el 9 de julio de 1876 se fundó la Sociedad Republicana, pero en el discurso inaugural que pronunció Juan Montalvo se manifestaron con claridad las distancias que separaron este intento liberalizante de las concepciones socialistas: el ambateño diferenció claramente los objetivos de la Internacional de los postulados de la Comuna de París<sup>7</sup>, insurrección a la cual asistió como espectador (Ibid: 191), y que le provocó honda repugnancia. A pesar de ello, en algunos periódicos de Guayaquil aparecieron artículos en los que se manifestaba solidaridad con los principios radicales de la AIT<sup>8</sup>.

Este antecedente de una presencia efímera y casual de menciones a la AIT no puede ser un indicio cierto de “socialismo” en Juan Montalvo, escritor a quien se lo ha localizado como inscrito o emparentado cercanamente en la corriente romántica, en su vertiente liberal radical (Roig, 1982: 51-52).

Otro pensador de quien se ha insistido en su adhesión al socialismo, aunque de manera tardía, es José Peralta, ideólogo de los sectores liberales de vertiente alfarista. Oswaldo Albornoz Peralta, descendiente del ministro liberal y dirigente comunista, ha rastreado estas supuestas vinculaciones en su actitud favorable al indio (1972:32), su antimperialismo manifiesto (Ibid:152-153) y su actitud favorable a la organización de los trabajadores (ibid: 102-103). Sin embargo, investigaciones recientes han puesto atención en que el discurso socializante no implica, ni mucho menos, una tendencia socialista en Peralta:

“Algunos analistas, impresionados por el empleo que Peralta hace de los términos “proletario”, “burguesía”, “capitalismo”, “socialismo”, “pueblo”, le adjudican una incidencia directa en la formación de partidos políticos ecuatorianos socialmente avanzados...Consecuentes con el desarrollo de nuestro trabajo, preferimos incluir este discurso dentro de la fase peraltiana que calificamos como último esfuerzo por rescatar el liberalismo doctrinario ante la ofensiva de las nuevas corrientes sociales”. (Cárdenas, 1989: 79-80)

Opinión que coincide con la de Roig (1982: 77-78)<sup>9</sup>, con lo que la discusión actual acerca del supuesto socialismo de Peralta parece haber

llegado a un dictamen final, a pesar de los intentos ideologizados de relacionarlo con una suerte de socialismo ecuatoriano, nacional.

Un tercer pensador importante que ha sido calificado como antecedente o gestador nacional del socialismo ha sido Belisario Quevedo, quien en realidad fue un positivista que expresó en otro discurso, evolucionista desarrollado, los problemas ideológicos que habían motivado en otros pensadores (como Peralta) un acercamiento terminológico al socialismo. En todo caso, Quevedo conoció bastante más que Peralta el discurso y lenguaje socialista (Roig, 1982: 138-146), por lo que en sus trabajos se expresa un salto del individualismo liberal a una concepción más social de la dinámica global de la sociedad (Pólit, 1987: 78-79).

Otra línea, ella sí bastante cercana al socialismo en sus vertientes utópicas decimonónicas, estaría representada por los pensadores gremiales guayaquileños de la década del diez, Juan Elías Naula y Virgilio Drouet, quienes plantearon expectativas de reorganización social recuperando elementos owenianos y saint-simonianos (Cfr. Páez, 1986 y 1987): fueron los llamados “ideólogos populares”<sup>10</sup>, cuya influencia dentro de los sectores gremiales y populares fue muy grande.

Sin embargo estos pensadores siguen siendo marginales o adyacentes a la gran corriente contestataria que se perfiló a fines de los diez y principios de los veinte en Guayaquil, relacionada con el contexto estructural de la crisis del cacao y la pertinencia de una “ideología teórica” anarquista que logró amalgamarse de manera activa con el discurso y expectativas míticas populares.

### 4.3. Los primeros grupos organizados

Los primeros grupos organizados de ideología definidamente socialista filomarxista aparecieron a raíz de las jornadas de 1922 y la presencia creciente de un actor social cuestionador, el movimiento gremial “activado” en el plano político en Quito y Guayaquil, amén de la expansión de las capas medias que se encontraban imposibilitadas de participar en un sistema político de características cerradas y elitarias, incapaz de cooptar a los grupos emergentes e integrarlos eficientemente dentro de la institucionalidad existente.

Todo ello se dio en el marco de la crisis del cacao, uno de cuyos efectos políticos directos fue el quiebre del modelo de dominación li-

beral-oligárquico<sup>11</sup>, en un contexto de efervescencia social que se manifestó con rasgos ideológicos socialistas, tanto entre los grupos gremiales guayaquileños como entre los sectores intelectuales quiteños.

El impacto de los sucesos de 1922 fue muy fuerte en todos los ámbitos sociales: apareció una vertiente socialista “cristiana”, liderada por el terrateniente Juan Manuel Lasso<sup>12</sup>, un líder de imagen patriarcal, apoyado por sectores artesanales quiteños en las elecciones de 1924<sup>13</sup>, en las que el candidato oficial Gonzalo Córdova triunfó gracias a un gran fraude orquestado a su favor desde el poder. (Paz, 1938: 99) (Aylla, 1989b: 9)

La efervescencia social y política obligó también al cambio de programas de los Partidos Liberal y Conservador, y a su constitución como partidos “modernos”, ya no más como un agrupamiento de tendencias ideológicas mas o menos dispersas, no centralizadas, lideradas por caciques políticos regionales<sup>14</sup>. El partido Liberal se reorganizó en septiembre de 1923, bajo la dirección de José Peralta, e integró en su nuevo programa el “problema social” como un punto central; el Partido Conservador hizo lo propio en 1925, el 14 de octubre, con la misma tendencia a enfatizar los aspectos sociales a ser renovados en la legislación. (Orellana, 1930: 169-170)

El proceso cuestionador, el emerger de nuevos actores sociales y de una intelectualidad de clase media radicalizada tuvo también relación con la expansión de la propaganda socialista (anarquista y marxista) a lo largo de la década del diez. En el caso del marxismo, circulaban obras de Marx y Engels tales como *El Capital*, *Miseria de la Filosofía*, *el Manifiesto Comunista*, *Precios, salario y ganancia*, *Crítica de la Economía Política*, *Anti-Duhring*, *El Origen de la Familia, la propiedad privada y el Estado*, *Socialismo utópico y socialismo científico*, obras de Kautski, Bebel y los austromarxistas, Labriola, Paul Lafarge, entre otras, en las librerías Sucre y Española de Quito y Guayaquil. (Albornoz, 1971: 120-121)

En 1924 se fundó el grupo “La Antorcha” en Quito, y la Sociedad Amigos de Lenin en 1925, por influencia de Rafael Ramos Pedrueza, diplomático mexicano por entonces de misión en la capital<sup>15</sup>. A lo largo de su primera etapa, el grupo La Antorcha se dedicó a buscar partidarios entre los intelectuales y estudiantes universitarios, bajo la dirección de Ricardo Paredes y Leonardo Muñoz, quienes previamente habían intentado conversar con obreros y dirigentes de los diversos oficios, “sin obtener ningún resultado...nos oían, se reían, pero al final se negaban

rotundamente, con negativas llenas de prejuicios, es más, nos compadecían” (Muñoz, 1988: 44).

Los inicios del socialismo en Quito contrastan con el proceso que acaecía en Guayaquil, donde esta ideología había penetrado inicialmente en los gremios, por vía del anarquismo, que había organizado diversos grupos incluso antes de 1922<sup>16</sup>. Cuando se fundó el grupo Antorcha en Quito, el 16 de septiembre de 1924, participaron en él 10 personas, todos los cuales pueden ser calificados como intelectuales, puesto que de entre ellos ocho eran estudiantes, uno profesor, y el último librero (Muñoz, 1988: 45). Editaron el periódico “La Antorcha”, cuya primera etapa duró hasta el 13 de julio de 1925, en que, aprovechando la situación creada por la Juliana, se creó formalmente el Núcleo Socialista de Quito, llamándose para el 5 de octubre del mismo año a una Gran Asamblea Socialista en la Universidad Central, con objeto de discutir un proyecto de programa (Albornoz, 1971: 124).

En Guayaquil, en marzo de 1926 se produjo la primera Asamblea Socialista local; en Cuenca funcionaba el Núcleo Socialista del Azuay; en Riobamba se había fundado en 1919 el “Partido Social-Demócrata”; en Manabí existía el Núcleo Revolucionario de Manabí, en Tulcán el grupo socialista “La Reforma”, y habían otros grupos más en Loja, Ambato y Otavalo. (Albornoz, 1971: 125)(Páez, 1986: 20-30)

De entre todos estos grupos, “La Antorcha” era el más importante, salvo la consideración sobre los grupos Guayaquileños que se habían desgajado del anarcosindicalismo y mantenían una presencia activa entre los sectores gremiales, lo que contrastaba con el núcleo quiteño, cuyos componentes estudiantes e intelectuales eran del mismo tipo que el resto de grupos del país; es más, según Muñoz (1988: 98), los quiteños organizaron los núcleos provinciales en miras a la futura Asamblea Nacional Socialista, para lograr que estos enviaran delegados, a pesar de lo que, reconoce, “fue de vital importancia el movimiento del Guayas” (ibid ant.). Los contactos se multiplicaron, y el año de 1925 Ricardo Paredes viajó a Guayaquil a tomar contacto con los socialistas e impulsar la formación del Núcleo Provincial del Guayas<sup>17</sup>.

La Juliana dio paso a un impulso fuerte a las actividades de los socialistas, especialmente quiteños, debido en parte al apoyo que tenían, proveniente de uno de los más importantes políticos del momento: Luis Napoleón Dillon, quien era miembro del gobierno y los ayudaba, aunque no era afiliado a los grupos socialistas: formaba parte de otra

tendencia, confluyente con las primeras organizaciones socialistas, la de los liberales radicalizados, que junto a los socialistas cristianos de Juan Manuel Lasso, los viejos anarcosindicalistas, liderados por Luis Maldonado Estrada (dirigente de la huelga de 1922), los jóvenes militares relacionados con los intelectuales cercanos al marxismo y los que se encontraban bajo la influencia comunista de Ramos Pedrueza, liderados por Ricardo Paredes, se unieron en el primer PSE. Cabría señalarse que el grupo comunista era pequeño, no muy homogéneo y que la mayoría de los que concurren a la primera Asamblea Socialista adherían a posiciones evolucionistas o socialistas radicales y sólo unos pocos podían adscribirse con relativa propiedad a una corriente comunista.

Los miembros de “La Antorcha” habían tomado contacto con los militares jóvenes<sup>18</sup> antes de la insurrección de 1925: al momento de la misma, las diversidades regionales se hicieron evidentes, ya que el grupo militar que dirigió la sublevación en Quito era distinto del que se abanderó de la misma en Guayaquil, según ha sido señalado por los actores: “En Guayaquil Mendoza (el mayor Idelfonso Mendoza, N.d.A.) hacía lo que le daba la gana” (El 15 de noviembre... Tomo I, 1982: 103); había pedido la colaboración a los militantes sindicalistas de la Confederación Obrera del Guayas para conformar un “gabinete” dirigido por él, e incluso había ofrecido a Luis Maldonado Estrada un ministerio, el de Previsión Social (Ibid ant, 104)<sup>19</sup>.

El problema de la regionalidad, que implicaba discrepancias entre la Junta Militar de Gobierno Central de Quito y la Junta Militar de Guayaquil, se manifestó de esta manera, máxime cuando la crisis del modelo de dominación no había aún dado paso a una nueva configuración institucional que reestableciese un equilibrio viable.

Las altas finanzas guayaquileñas, conjuntamente con los sectores comerciales del puerto, aprovecharon la situación para desatar una campaña regionalista, que logró la salida del ministro Dillon y otros colegas del gabinete que se encontraban junto a él, al finalizar 1925. Sin embargo, los primeros seis meses posteriores a la Juliana fueron aprovechados por el Núcleo Central del futuro PSE para “...intensificar la propaganda. Realizamos 3 o 4 magnas asambleas, nombramos comisiones para trabajar intensamente por la reunión del Congreso del Partido” (Muñoz, 1988: 48).

Para la época circulaban algunos periódicos de tendencia socialista: Germinal, El Siglo, Humanidad, La Antorcha; en sesiones abiertas se



discutía el programa, la estructura fundacional propuesta para el futuro Congreso Socialista. En los primeros meses de 1926 se organizaron los universitarios socialistas y formaron un “Frente de lucha contra los viejos profesores retardatarios”, que mostraba remanentes de los vientos de la Reforma de Córdoba, todo lo cual motivó la renuncia de 7 profesores universitarios (Muñoz, 1988: 49).

También midieron fuerzas con los conservadores, a raíz de la llegada -a principios de 1926- de un sacerdote encargado de hacer propaganda antisocialista. Unos 300 manifestantes (un gran número, dadas las condiciones del momento, según Muñoz) salieron en marcha desde la Universidad Central, su reducto, hacia la Plaza Grande, que quedaba a pocos metros, cuando fueron interceptados por “...gentes armadas con palos, martillos, piedras...Fue algo impresionante este movimiento del clero y la masa clerical fanática, fue algo aterrador...” (Muñoz, 1988: 50).

En defensa de los socialistas aparecieron estudiantes y soldados, militares del Regimiento Bolívar que se movilizaron, protegiendo, literalmente “salvando” a los manifestantes, conjuntamente con viejos liberales alfaristas que también los apoyaron: el incidente fue de tal calibre que hasta las 11 de la noche no se dispersaron los grupos clericales, es decir, doce horas después de iniciada la marcha. (Ibid: 51).

De esta manera, sobre la base de un crecimiento apoyado por sectores del gobierno Juliano en su primera etapa, con una base social de apoyo compuesta fundamentalmente de estudiantes y soldados, jóvenes oficiales vinculados a la revolución de 1925, e interesados en la modernización del Estado, la institucionalización de las Fuerzas Armadas, la ampliación del sistema político y la resolución de los problemas sociales, los primeros grupos socialistas hicieron propaganda, tomaron contacto entre sí y confluyeron en diversas vertientes para la conformación del primer PSE<sup>20</sup> en la Asamblea de 1926.

#### **4.4. La Asamblea Nacional Socialista: Fundación del PSE**

En la Asamblea Nacional Socialista, acaecida en mayo de 1926, se representó con claridad esta variedad de fuentes y procedencias<sup>21</sup>, reflejo parcial de las fragmentaciones de la sociedad ecuatoriana. Así, Ricardo Paredes, en su discurso, describió a los asistentes: “...proletarios de todas las ciudades...intelectuales de todo género...hombres que se

despreocupan de su ancestral vocación de casta” (Labores, 1926: 28-29)<sup>22</sup>, asistieron también un campesino indígena y una mujer. De los sectores señalados como confluyentes en el primer PSE, el eje organizacional fue constituido por “los grupos intelectuales y dirigentes de la incipiente organización obrera artesanal” (Ayala, 1988b: 9), de origen anarcosindicalista estos últimos.

#### 4.4.1. Esquema organizativo del PSE

En los Estatutos del PSE se indicó que son miembros del partido todos los ecuatorianos o extranjeros que suscribiesen el registro (art.1) y se consideraba como traición al partido el regionalismo (art.4), lo que tampoco pudo evitar que la regionalidad aparezca como eje importante de las discusiones durante la ANS y posteriormente; en lo que se refiere a la organización del PSE, se pensó en la constitución de Consejos formados por “trabajadores organizados en funciones” (art.7)<sup>22</sup>; estos Consejos se articularían en “Consejos locales”, mediante la unión de consejos de trabajadores de una zona determinada, siendo a su vez los Consejos Provinciales del PSE el resultado de la suma de Consejos Locales. Según los Estatutos, “todo el poder pertenece a los Consejos”, consagrándose de esta manera una organización territorial laxa, no centralizada<sup>23</sup>.

#### 4.4.2. Manifiesto, Programa, Línea General

En el “Manifiesto del Consejo Central del PSE” a los ciudadanos del Ecuador (Labores, 1926: 3-6) resaltaba la visión ética del socialismo: la situación social se explica atribuyéndola al “egoísmo”, se percibió la penetración industrial de una manera un tanto crítica, al señalarse que “la gran industria con todos sus males comienza a desenvolverse”, “la concentración capitalista avanza”, manteniéndose en líneas generales un juicio negativo de la penetración capitalista en el país <sup>24</sup>, señaló simultáneamente el problema de la tierra, el latifundio <sup>25</sup>.

El PSE vendría con la tea revolucionaria a sentar normas de vida más justas, “perfectas”, “dentro de una moral social más pura”, lo que era de suyo una argumentación hartamente lejana al marxismo y sus varian-

tes; se hizo también un llamado a la “supresión de las clases” (lo que también es bastante distinto a “dictadura del proletariado”) y al trabajo obligatorio de una “clase libre única”, perspectivas que se deben indudablemente a percepciones filoanarquistas<sup>26</sup> antes que marxistas; insistía también en las funciones depuradoras de la educación para eliminar el egoísmo, y proponía como vía de solución “la dictadura de obreros, campesinos y soldados”<sup>27</sup> que verificasen la extinción total del capitalismo (Ibid ant).

En la “Declaración de Principios del PSE” se encontraban de nuevo las ambigüedades y la coexistencia de diversas propuestas: se remarcaba la superioridad del bienestar colectivo por sobre el individual -secuela de la crítica al egoísmo-, se pedía la “socialización de los medios de producción, distribución y cambio”, insistiéndose en la concepción de la “Patria Universal”<sup>28</sup>, declarábase el “deber ineludible de exaltar la dictadura del proletariado como fase transitoria hasta...la extinción de la clase capitalista”, insiténdose luego que el PSE propugnaba “El rechazo a la actual organización del Estado, sustituyéndolo por la organización política sindical”<sup>29</sup>.

Acto seguido, se insistía en la función esencial del Estado: la educación, a la cual se relacionaba la coacción estatal, “el carácter socialmente educativo de la coacción”, pero integrándola con una propuesta de amortiguación progresiva de la violencia, hasta que esta desapareciera, ya que se presuponía el “altruismo instintivo” de las colectividades, finalizándose con el señalamiento de la inarmonía básica entre los intereses de la familia respecto de los sociales: la autoridad familiar debía ser acordada entre los púberes<sup>30</sup> (Labores, 1926: 9-10).

A pesar de una declaración de principios tan radicalizada y hasta anarquista en muchos puntos, el Programa de Acción decía que el PSE “tenderá a desarrollar este plan dentro del actual ambiente político y social del país”, mediante la propaganda, expresándose de esta manera una profunda disyunción entre los fines declarados y los medios aceptados para conseguirlos (Labores, 1926: 11-12). El Programa de Acción insistía en la “intensificación de la cultura” como base de una propuesta socialista, en la enseñanza, “la preparación elemental, primaria y laica de las masas”. La campaña contra el regionalismo seguía siendo un punto central, ya que el mismo trataría de “romper la unidad” para así fortificar la dominación burguesa, siempre según el Programa.

El Programa de Acción era manifiestamente menos radical que la Declaración de Principios; postulaba, en lo referido a la intervención política, (Ibid ant.: 13-15) que se ampliaran las libertades encaminadas a facilitar el desarrollo del Partido, el cual, a su vez, estaría sometido a continua fiscalización interna, lo más amplia posible; propugnaba “la doctrina intervencionista del Estado” para asegurar el bienestar social, consigna de orden reformista antes que revolucionaria. Propuso también “*cruzadas civilizadoras*” para acercarse al campesinado, planteamiento impregnado de percepciones liberales. Se buscaba también la libertad de asociación y reunión, y se insistía en un *programa de limitación* de la propiedad agraria, la nacionalización de las tierras incultas, reformas laborales, autonomía municipal, entre otros aspectos.

En el plano social se remarcó el derecho a la huelga, las libertades políticas y civiles de la mujer, buscábase una ley de servicios públicos administrativos -lo que remite a una modernización de la institucionalidad estatal, una “racionalización del Estado”, necesaria en el contexto de la crisis de lealtad-, la implementación del seguro social y el desarrollo de la agricultura, desarrollo concebido como el estímulo a la actividad de los pequeños productores (Labores, 1926: 16-18).

El artículo 34 era verdaderamente curioso: propugnaba la implantación de un régimen “funcional en vez del territorial que hoy existe”, es decir, “la representatividad electoral de las funciones útiles que el estado reconoce” ¿Corporativismo como propuesta de representación política?. En la diversidad de tendencias que confluyeron en el PSE aparecieron incluso ideas de orden mussolinista, así como leninistas, marxistas reformistas y anarquistas.

Se propuso también el monopolio bancario del Estado, política que a corto plazo se vería ejecutada como parte de la centralización, modernización y redefinición de funciones estatales<sup>31</sup>; también se propuso una nueva ley de subsuelos, dirigida a reglamentar la explotación minera, que contaba con limitadas inversiones norteamericanas e inglesas<sup>32</sup>

Esta abigarrada conjunción de anarquismo, reformismo, liberalismo y bolchevismo con uno que otro toque de corporativismo, la diferencia clara que se estableció entre la Declaración de Principios y el Plan de Acción, obedeció al origen regional y social diverso de las propuestas aprobadas y a la necesidad de lograr la unidad entre los distintos grupos representados en la ANS<sup>33</sup>: se presentaron dos proyectos de

programa ideológico (principios) y dos proyectos de Plan de Acción, originados en las delegaciones de Guayas y Pichincha, provenientes de la matriz anarcosindicalista porteña y de los universitarios e intelectuales quiteños<sup>34</sup>, a los que se añadieron los “socialistas cristianos” del coronel Lasso.

En las sesiones preparatorias del Congreso se convino en fusionar los dos proyectos en ambas áreas, de ahí la diversidad de planteamientos que concurren y la necesidad de la negociación entre los sectores: esta negociación implicó también una división de las funciones directivas en la Asamblea: la presidió Maldonado Estrada y se nombró secretario general a Ricardo Paredes.<sup>35</sup>

Se evidenciaron grandes diferencias entre las delegaciones de las diversas regiones del país, diferencias que fueron “cosidas” mediante un acuerdo previo a la ANS, pero que llegaron a desplegarse en la Asamblea, cuando se presentaron divergencias acerca de la conformación del Consejo Central del Partido, al que los representantes quiteños querían nombrar inmediatamente, mientras Maldonado Estrada y el grupo de Guayaquil pedían que estas nominaciones se hagan a posteriori, por los núcleos locales o parroquiales, de estos al Consejo cantonal, la cabecera política, y de ahí se podría nominar a los representantes al Consejo Central (Labores, 1926: 60).

Los quiteños resistieron, ante la oposición de los porteños y uno de los representantes azuayos, Gregorio Cordero y León, ya que Paredes ostentaba -entre otras- también la representación Azuaya. Para tranzar, se propuso que *las delegaciones* al Congreso nominasen al representante de cada provincia al CC; tomando en cuenta que los quiteños y su grupo de influencia eran la mayoría en la Asamblea, era evidente el temor de los guayaquileños de que el PSE fuese hegemonizado por los quiteños: un claro ejemplo del peso del problema regional en el Partido.

El delegado Simmonds acusó de regionalismo a los porteños<sup>36</sup> y la propuesta del grupo afín a Maldonado Estrada fue negada por votación, lo que hizo que la delegación guayaca se negase a votar, absteniéndose al saber que su propuesta iba a ser derrotada por los delegados articulados en torno al grupo “La Antorcha”.

Sin embargo, una coincidencia salvó la unidad del naciente Partido Socialista, cuando las barras compuestas por estudiantes católicos, escritores clericales y “petímetros de la nobleza” se enfrentó con los de-

legados a golpes, siendo los clericales expulsados luego de la bronca <sup>37</sup>. Así, llegó a reinar la fraternidad y camaradería: Maldonado, caballerosamente, cedió, aceptando que la ANS nombrase al CC, pero sus oponentes también cedieron, por lo que finalmente se nombró un representante por provincia, como acuerdo, terminando la ANS en medio de vibrantes discursos (Labores, 1926: 64) (Muñoz, 1988:52).

Los nombramientos de Secretario General (SG), de Actas, Bibliotecario y Tesorero fueron limitados a un año de duración; las funciones del SG no eran políticas ni concentraban poder decisorio y consistían en: a) autorizar las actas y documentos de los Consejos; b) citar a sesiones extraordinarias; c) llevar la correspondencia del CC y, d) llevar los libros. La autonomía de los Consejos se garantizó ex-profeso: cada Consejo mantendría su propio diario o publicación para propaganda y defensa del socialismo, cada Consejo sería poder y tendría derecho a organizar autónomamente la propaganda en su zona (Labores, 1926: 24).

#### *4.4.3. Los temas ideológicos: propiedad y afiliación a la IC*

La discusión sobre los temas de la propiedad privada y la afiliación al Comitern fue donde se pudieron expresar de manera clara tanto la diversidad como la fluidez ideológica de las tendencias fundadoras. En el primer caso -sobre la propiedad privada-, el debate se llevó a cabo en medio de un gran interés general y alguna preocupación por las posiciones que se tomarían a lo largo de la discusión. Los sectores “izquierdistas”, según las actas, predominaban sobre la “derecha” y el “centro”<sup>38</sup>. Finalmente los dos grupos minoritarios se adhirieron a la propuesta de la izquierda, que implicaba la “socialización de los medios de producción, cambio y distribución”: “el socialismo integral fue proclamado con valentía y lo barra aplaudió calurosamente las doctrinas comunistas proclamadas por algunos” (Labores, 1926: 35)

Como consta de la anterior cita, en la misma descripción se anotó la observación de que sólo algunos eran “comunistas” de entre los que conformaban la izquierda de la Asamblea, en la que se ubicaron la mayoría de los asistentes. Esto se rebeló cuando se discutió el tema colateral de una posible indemnización a los dueños de los latifundios en caso de nacionalización o expropiación: Paredes manifestó que era impropio, en tanto que Jaramillo y Murgueytio, también conspicuos

“izquierdistas”, se colocaron en la posición contraria, favorable a las indemnizaciones. Paredes se dio cuenta de la mutabilidad ideológica de sus compañeros <sup>39</sup>, la que provocó en la votación que la propuesta de la expropiación sin pago perdiera.

Es evidente que desde un primer momento Paredes era quien más clara tenía la percepción teórica comunista: explicó y aclaró a la Asamblea la significación de las diferencias entre la II y III Internacional, entre posiciones “reformistas” y “revolucionarias”; es más, ofreció un cuadro de la Unión Soviética, desde la época del zarismo, “a las personas cuya información fuera incompleta o defectuosa” (Ibid: 36-37)<sup>40</sup>.

A pesar de la supuesta mayoría izquierdista, el artículo acerca de una probable no participación del PSE en los “gobiernos burgueses” también fue negado (Ibid: 46), al igual que aquellos en los que se hablaba de impedir que el gobierno pudiese establecer contratos con extranjeros capitalistas, puesto que los delegados concluyeron en aceptar la necesidad de inversión foránea en el país.

Todo ello se articulaba con otro hecho: el partido era percibido por los representantes de provincias -menos preocupados por los contenidos teóricos- como un canal para proyectar sus demandas hacia el Estado, tanto las de orden particular como otras más generales <sup>41</sup>, lo cual implicaba aceptar la institucionalidad vigente, aunque tendiendo a transformarla.

Todo ello provocó en los delegados una actitud reservada cuando se discutió la posibilidad de que el PSE ingresase a la IC: se presentó un programa, enviado por el grupo “Lenin” de Ibarra, en cuyo primer punto se señalaba que el PSE se adscribía a la IC, abriéndose de esta manera un largo e interesante debate sobre el tema, que marcaría el futuro del socialismo ecuatoriano. Paredes se pronunció en favor de la adhesión, manteniéndose coherente con sus posiciones a lo largo de la asamblea, pero Juan Genaro Jaramillo (uno de los aliados de izquierda de Paredes) señaló que a pesar de ser partidario del comunismo, consideraba que el socialismo en el Ecuador debía ser producto de la unión<sup>42</sup>, y que de aprobarse el “programa de Moscú” hubieran quedado fuera “los mejores exponentes” (Labores, 1926: 45): finalmente, la adhesión a la IC fue negada en la Asamblea, a pesar de lo que se hizo constar una adhesión fraudulenta,

“...en una hoja sin paginación de las Labores de la Asamblea Nacional Socialista [que manifiesta] ...En la sesión de clausura se ha olvidado añadir una de las resoluciones...la adhesión del Partido a la III Internacional, propuesta por el camarada Secretario General y aprobada por unanimidad” (Ycaza, 1984: 125).<sup>43</sup>

#### 4.4.4. *El Interregno: 1926-1928*

Una vez lanzado como Partido político el socialismo, después de haberse logrado una frágil unidad y un equilibrio precario, tanto en términos programáticos como en lo referido a la distribución de las dignidades partidarias, el PSE ingresó en una etapa de ampliación, a intentar conseguir su expansión en la sociedad ecuatoriana y así constituirse en actor permanente en la escena política.

La heterogeneidad y la poca claridad programática, los desfases entre la declaración de principios y el programa de acción son elementos que deben ser tomados en cuenta, al igual de que gran parte de las delegaciones que asistieron al Congreso Fundacional eran representaciones ficticias: de las representaciones provinciales presentes unos pocos eran núcleos socialistas efectivamente operativos, ante todo los de Quito y Guayaquil, el de Manabí y otros dos o tres que se mantenían en contacto permanente con los dos polos nacionales, sea por cercanía o mediante el ferrocarril.

Una vez terminada la ANS, el primer problema al que se avocó el socialismo fue la publicación de los resultados y sesiones del Congreso, ya que el PSE se encontró con un boicot de imprentas, lo que obligó al traslado de Leonardo Muñoz a Guayaquil, con el objetivo de conseguir una imprenta donde editar las Actas de la ANS y un primer folleto con los discursos más importantes de la misma (Muñoz, 1988: 53-54). Una vez conseguido su objetivo, Muñoz regresó a Quito, pero tuvo que retornar al puerto, acompañado por Paredes y Jaramillo, comisionados para publicar el periódico “Germinal”, siendo otra de sus misiones “hacer frente al regionalismo desatado por los gamonales del Guayas” (Muñoz, 1988: 55).

En Guayaquil fueron perseguidos por las autoridades durante cierto tiempo, por lo que optaron por mantenerse en la clandestinidad, a pesar de lo que fueron conminados a regresar a Quito. En su viaje de



retorno pasaron por Riobamba y Ambato, haciendo contacto con los socialistas de la zona, siendo recibidos a su regreso a Quito “con gran alborozo”<sup>44</sup>. Inmediatamente, el PSE procedió a dar batalla a las posiciones clericales mediante discursos, manifestaciones y una campaña antieclesial, propagandeando sus posiciones en los medios estudiantiles como el colegio “Mejía” y la Universidad. Entretanto, los socialistas guayaquileños seguían incursionando en el movimiento gremial y lograron desplazar a los liberales de la dirigencia de la COG, pasando a tomar su dirección<sup>45</sup>.

En Quito el socialismo logró penetrar en la SAIP (Sociedad Artística e Industrial de Pichincha) y empezó a empujar políticas organizacionales y reivindicativas de corte socialista, lo que permitió a corto plazo que este organismo también quede en manos de dirigentes gremiales afiliados al PSE. Es también importante señalar la presencia del socialismo en la organización de los campesinos indígenas de la zona de Cayambe, mediante el Sindicato de Campesinos de Cayambe, aunque esta relación fuese vista de manera diversa por las contrapartes: para el PSE era concebida como el inicio de la alianza obrero-campesina, la posibilidad de construir la hegemonía partidaria en el naciente movimiento campesino e indígena, en tanto que para los indígenas era otra cosa:

“Galo Ramón ha escrito recientemente que en 1930 (se) inicia una nueva ofensiva india: la recuperación del territorio productivo, de las tierras de Hacienda...la lucha se inicia en Cayambe, justo en la zona de más alta concentración de tierras en manos de los hacendados. Se inicia por dos frentes: por el lado de las haciendas particulares, acechadas por indios libres colindantes, aunque logra mayor movilidad por el segundo frente, el de las haciendas estatales...los indígenas en este proceso...participan de una alianza con la izquierda ecuatoriana; acentúan su carácter clasista (en tanto campesinos, n.d.a.) para permitir la alianza, aunque la izquierda no entienda el proyecto indio no explícito, el carácter subterráneo de una etnia que otra vez se reconstituía” (Manguashca, 1988: 16).

En la sierra Norte se posibilitó esta alianza por el doble movimiento clase-etnia, pero la izquierda carecía del instrumental teórico para entender esta articulación, que se expresaba en un lenguaje aparentemente contradictorio, ya que simultáneamente a la utilización de

la terminología política socialista y el énfasis en el uso de la herramienta de la huelga, defendían sus derechos tradicionales, tales como el huasipungo.<sup>46</sup>

Durante estos años (26-28) se empezaron a realizar los contactos internacionales con otros partidos socialistas y comunistas. Muñoz enviaba periódicos a los partidos de “América Latina, Europa y Asia”, y por su parte recibía revistas, periódicos y folletos varios, además de libros de Lenin, Marx, Engels, Trotsky, Bujarin, Lunacharski, Kollontai, John Reed, resaltándose el hecho de que el profesorado del Mejía era un ávido consumidor de los materiales (Muñoz, 1988: 59-60).

Por aquellos años circulaban algunas revistas a nivel sudamericano, algunas de ellas prosocialistas, tales como “*Amauta*”, editada por Mariátegui en el Perú, “*La Revista de Avance*”, editada en Cuba, “*Reperitorio Americano*” de Costa Rica, “*La Vida Literaria*” y “*Sur*”, editadas en Buenos Aires, revistas cuya incidencia en nuestro país aparece como muy limitada.<sup>47</sup>

Los contactos internacionales comenzaron a manifestarse en hechos tales como la invitación al PSE para asistir al VI congreso de la IC y los festejos del décimo aniversario de la Revolución de Octubre, lo que permite inferir relaciones aunque sea epistolares de sectores del PSE con el Secretariado Sudamericano de la IC en Buenos Aires. Militantes gremiales, como Manuel Donoso Armas, también fueron invitados a Moscú, en este caso a participar en el IV Congreso de la Internacional Sindical Roja (ISR), llamado para 1927. Aparentemente la campaña antimperialista en las páginas de “Confederación Obrera”, el diario de la COG que editaba Donoso, fue la razón de esta invitación.<sup>48</sup>

Una vez en Moscú, Donoso se encontró situado de lleno en medio de las discusiones del PCUS entre la oposición de izquierda y el duunvirato Stalin-Bujarin, ante la sorpresa del sindicalista ecuatoriano quien en realidad era un profesor normalista recién graduado que no sospechaba gran cosa de marxismo. Sin embargo junto a otros representantes latinoamericanos, en particular los peruanos Portocarrero y Bazán se negó a firmar un comunicado contra Trotsky: así apareció el primer trotskista ecuatoriano<sup>49</sup>.

Entretanto, las ilusiones creadas por el PSE en su fundación fueron desvaneciéndose ante muchos militantes: En 1927 abandonaron el CC -por su propia voluntad- Angel Modesto Paredes (hermano de Ricardo), los hermanos Carlos y Jorge Carrera Andrade, quien al mo-

mento era secretario general del Partido <sup>50</sup>, Néstor Mogollón y Emilio Uzcátegui (Muñoz, 1988: 60).

El clima ideológico al interior del socialismo se iba afirmando en su potencial conflictividad cada día más: los contactos internacionales, el flujo de publicaciones extranjeras, las relaciones con el Secretariado Sudamericano imprimieron un nuevo ritmo a la discusión ideológica. Así se iniciaron ciclos de formación teórica para los cuadros del partido, entre los que se programaron conferencias, entre ellas, una dictada por Enrique Terán (alias Iskra) el 30 de julio de 1928, sobre la dictadura del proletariado, en la que trato de dar cuenta de uno de los más acuciantes problemas teóricos del momento.

Terán, quien luego lideró la fracción socialista propiamente dicha, manifestó ciertos desacuerdos con la línea que en aquel momento llevaba la IC <sup>51</sup>, aunque su ordenamiento teórico era bastante más sistemático y leninista que en la etapa fundacional del PSE, apenas dos años atrás. Atribuyó también al partido el papel de *auxiliar* del obrero, campesino y soldado constituidos en poder: la mitología partidaria aun no se desarrollaba, a pesar de lo que Terán defendía también la disciplina más estricta <sup>52</sup>.

En esta conferencia, posteriormente publicada como documento, Terán hizo una evaluación de la “clase indígena”, evaluación iluminista, cuasi liberal, aunque expresada en terminología marxista: la misión del Partido sería la de despertar a la tal “clase” indígena, iluminarla desde fuera, vía propaganda. No presentaba una visión positiva de las probables funciones edificadoras de la comunidad indígena en el socialismo -cosa evidente para Ricardo Paredes, en aquel momento en Moscú-: el aprendizaje teórico del marxismo es solamente doctrinario, no interpretativo, en este caso.

Cundo regresó Paredes de la URSS, a fines de 1928 no dio ninguna explicación a sus camaradas del partido acerca de sus actividades, limitándose a dictar una conferencia en la Casa del Obrero sobre la Unión Soviética y sus avances (Muñoz, 1988: 60); ni siquiera ante el CC explicó sus acciones ni las conclusiones políticas del VI Congreso de la IC.

Desde este momento pudo percibirse la organización de las maniobras político-burocráticas destinadas a desbancar a los sectores intelectuales del PSE, los inicios de su “bolchevización”, cuyo siguiente paso fue la reunión del Consejo Central Ampliado del PSE en enero de 1929.

#### 4.5. La división del PSE: Socialismo, Comunismo y el Comitern

Desde el mes de noviembre de 1928, el CC del PSE, bajo la dirección de Paredes “...comenzó una intensa obra de reconstrucción partidaria e inició la formación de una serie de organismos”; se fraccionaron ciertos núcleos socialistas poco dóciles de algunas poblaciones “donde el número de afiliados había crecido, dificultando su funcionamiento” (Reunión CCA..., 1929: 24) <sup>53</sup>. Esta reorganización era un paso hacia la consecución de una estructura leninista, de tipo celular para el Partido, que se percibía como una necesidad por parte de los comunistas <sup>54</sup>.

En la reunión de 1929 empezó la “depuración” dentro del socialismo: se constataron los “beneficios de nuestra adhesión a la IC” en diversos aspectos: la unificación ideológica y disciplinaria, la aceptación del programa obligatorio del Comitern que “han reemplazado al deficiente Programa y Estatutos de nuestra primera Asamblea” (Ibid ant., 18-19). En realidad, las consecuencias de la afiliación a la IC habían provocado muchas discusiones internas, lo que a su vez produjo la paralización de la actividad de muchos núcleos provinciales, todo lo cual sirvió como justificación para llamar al CCA, donde el aparato central del Partido podía imponer representaciones mediante diversas maniobras organizativas, como “fraccionar” ciertos núcleos partidarios, y, por ello, fue también hábil para imponer decisiones (Ibid: 24).

Se planteó la “proletarización del Partido” y la necesidad de una depuración ideológica y política: el socialismo habría tenido muchos vicios hasta entonces: primitivismo (“hay cerca de 500 tendencias socialistas y cada quien es libre de pensar como le parezca”), lo que equivaldría a “liquidacionismo” del partido <sup>55</sup>; criticismo crónico (“la época pasada es una época romántica”, automatismo, reformismo, y el peor crimen de todos, el intelectualismo:

“...no solamente arraigado entre nuestros intelectuales, sino aún entre muchos compañeros obreros. Este intelectualismo se traduce por la locura de la ilustración, por la bibliofagia insaciable” (Conferencia CCA...1929: 10).

De esta manera el teórico que había puesto a debate temas tan importantes como el de la dependencia y una caracterización alternativa

de nuestras formaciones sociales, con razonamientos bastante originales y hasta heréticos en el contexto de una III Internacional en proceso de estalinización, es decir de “monolitización”, fue el encargado de realizar la “depuración” del socialismo ecuatoriano a su regreso al país.

En un Partido constituido en base a la diversidad de tendencias -anarquistas, liberales radicalizados, socialistas cristianos, socialistas marxistas, socialistas reformistas y comunistas- este proyecto produjo tensiones graves, que fueron resueltas al estilo de Alejandro frente al nudo giordiano, con un golpe de la espada burocrática y el consiguiente reordenamiento de las fuerzas internas del Partido, reordenamiento dirigido autoritariamente desde el aparato. Los sectores que tenían una filiación distinta a la de los comunistas fueron desplazados por efecto de este reacomodo de fuerzas, mientras los mismos comunistas apenas empezaban a constituirse como tales mediante las relaciones internacionales <sup>56</sup>, aunque se debe reconocer que ya desde la fundación del PSE existía un núcleo que se autopercibía como el núcleo de un Partido Comunista dentro del socialismo. Por otra parte, a nivel de la IC tampoco se consideraba mucho a esta fracción comunista, la que era calificada como “una sección aislada de las masas” <sup>57</sup>.

Con estos antecedentes, Paredes propuso una política radicalmente nueva, para enterrar los rezagos románticos y superar los “vicios” que le atribuía al PSE:

“Tenemos que luchar incansablemente, implacablemente contra la Tradición, tenemos que hacer un partido nuevo sobre bases nuevas; tenemos que ir modificando este temperamento nuestro indohispánico, perezoso, tan pronto turbulento como servilmente sumiso, palabrero, lírico, individualista, indisciplinado, profundamente indisciplinado”. (Conferencia CCA, 1929: 8)

A pesar de esta diatriba, señaló también que era preciso aprender a ser “hombres de nuestro país”, pero sin perder la perspectiva internacionalista (Ibid: 10). El ideólogo de la peculiaridad estructural de las formaciones sociales latinoamericanas, que intentó generar nuevas categorías analíticas para explicar las realidades de nuestro continente -lo que de hecho hubiera implicado diferentes tácticas políticas para las prácticas partidarias-, adhirió *in toto* a la política consagrada en el VI Congreso de la IC: ataques violentos contra la pequeño-burguesía in-

lectual, base fundamental sobre la que se constituyó el PSE -y el mismo PCE-, homogeneización de prácticas, ruptura de las tradiciones del movimiento socialista ecuatoriano, todo lo cual en pocos meses más se vio complementado con la teoría del “socialfascismo”, la denuncia del “sorelianismo” y “populismo” de Mariátegui y las expulsiones de los intelectuales “librepensadores”, preludio a la toma formal de la dirección y el cambio de nombre del PSE por parte de la fracción comunista <sup>58</sup>

La Conferencia de Buenos Aires <sup>59</sup>, que tuvo lugar entre el 1 y 12 de junio de 1929, planteó en sus resoluciones que en todos los países de América Latina existían condiciones para el desarrollo de “fuertes Partidos Comunistas”, y consideró -a pesar de la constatación anterior, extremadamente optimista- que los PC debían desarrollarse “sean cualesquiera las condiciones políticas del país”, aunque sea camuflando su nombre, “pero manteniendo su composición social e ideológica (léase proletarización y bolchevización); además propugnaron la organización celular en vez de la territorial (Caballero, 1987: 151).

Los comunistas debían evitar el participar en partidos nacionalistas revolucionarios<sup>60</sup> o fundar partidos “campesinos” u “obrero-campesinos”. En las extraordinarias ocasiones en que se permitiese esto, estaban obligados y sometidos a la disciplina del PC, y debían luchar contra el “oportunismo y reformismo” desde dentro de la alianza; así, la única posibilidad de acuerdo permitida era para formar los llamados “Bloques Obreros y Campesinos” y las conocidas “ligas antimperialistas” <sup>61</sup> para realizar desde la base el Frente Unico, por supuesto bajo la hegemonía comunista, evitando al pernicioso “socialfascismo”. Así, como bien señala Caballero (Cfr. 1987), los comunistas abortaban organizaciones de masas y restringían las alianzas políticas hasta un punto tal que puede afirmarse que sólo podían proponer el aliarse consigo mismos.

Esta Primera Conferencia Comunista Latinoamericana afirmó la necesidad de depurar al PSE, transformándolo en un auténtico PC de obreros y campesinos, aunque esto fuese a costa del “apareamiento de un Partido Reformista que los una (a los socialistas, n.d.a.). Serían menos peligrosos allí que en nuestras filas” (Ycaza, 1984:143).

El partido bifronte -un PS abierto a las masas, por una parte, mientras por otra el liderazgo de la acción política se encontraba bajo la dirección de la fracción comunista, autopercebida como “partido comunista, de acción secreta” y hasta sectaria, como afirmó Humbert-Droz- perdía terreno, apareciendo la necesidad de homogeneizar polí-

ticamente en torno al grupo leninista los restos del Partido, una vez este hubiese sido “depurado de intelectuales y pequeño-burgueses”.

Esta supuesta “necesidad” no obedecía al análisis particular de cada situación nacional y partidaria, sino a la imposición verticalista y autoritaria de una política de extremo aislamiento y sectarización, llevada a cabo por la IC y sus organismos regionales<sup>62</sup> en el período que va de 1928 a 1934, en el que el triunfo nazi en Alemania hace variar la línea política hacia el extremo opuesto, las más amplias alianzas con todos los sectores y partidos, lo que abrió una nueva época en el movimiento comunista mundial, la era del “Frentepopulismo”, que también se dio en Ecuador.

La división del PSE no puede ser atribuida tanto a procesos internos de diferenciación -que sí existían- cuanto al impulso y nuevo sentido que estos cobraron sobre la base de la adhesión a la IC y sus directivas<sup>63</sup>. Tan fue así que en Colombia también la “activa participación de la IC” llevó a la fundación del PCC en 1930. Hay que recordar que tanto el PSE como el PSRC habían sido catalogados de la misma manera en el VI Congreso de la Comintern. Esto permite observar la relación directa de la IC con los procesos de división de los Partidos Socialistas “pequeño-burgueses”, en la era de los “tres períodos” y el “social-fascismo”:

“...a través de tales manipulaciones, el Comintern mostraba que estaba menos dispuesto e interesado en informarse mejor acerca de la situación latinoamericana que en imponer sus puntos de vista de la manera más rígida posible, sin tener en cuenta el contexto real, la situación económica y política” (Caballero, 1987: 97).

Una imposición tan absoluta que en ocasiones llegaba hasta las propuestas más extremas posibles, como en lo referido a la cuestión de las nacionalidades. Stalin empezaba a ser considerado el “doctrinario magistral” en lo relativo a la cuestión nacional, y la solución federativa que dio al problema en la URSS era considerada paradigmática. En la Conferencia de Buenos Aires, pasando por encima de la posición de los peruanos, es decir de la oposición de Mariátegui, ésta fue la solución propuesta por Humbert-Droz, representante de la Comintern. Más tarde Rodolfo Ghioldi, obsecuente comunista argentino, llegó “...a extremos ridículos;...!nada menos que la formación de naciones italianas,

polacas y judías entre los inmigrantes que llegaron a Argentina!” (Caballero, 1987: 98-99) Volviendo al PSE, luego de la Conferencia del CCA, el comité con mayor influencia obrera y popular, el del Guayas, se manifestó en contra de las resoluciones de la tal Conferencia, pero en aquel momento la composición social del núcleo no se reflejaba ni tenía relevancia en la toma de decisiones políticas, que se hacían por vía burocrática (Vega, 1984: 181), a pesar del énfasis retórico en la “proletarización”. Sin embargo aún permanecieron sectores no comunistas al interior del PSE, y fue entonces cuando la Conferencia de Buenos Aires imprimió un nuevo empuje a los procesos de disolución y cambio en el socialismo ecuatoriano.<sup>64</sup>

Era, en efecto, un nuevo tipo de partido el que la fracción comunista quería implementar: un modelo que en el curso de su cristalización encontró serios reparos en amplios sectores del socialismo, incluyendo su base obrera y las organizaciones sindicales. Manuel Donoso Armas, de quien ya se ha hablado, tenía graves dudas acerca del dominio de la fracción estaliniana dentro del Partido Bolchevique, e intuía el verdadero significado que tenía aquello de la “bolchevización” en los albores de la era de Stalin, máxime cuando Donoso y su grupo creían en la aceptación de la existencia de posiciones diversas dentro del PSE, dentro de una continuidad histórica coherente con sus orígenes: tanto socialdemócratas como comunistas podían estar dentro del partido, como alas “derecha” e “izquierda”. Un modelo democrático que era necesario, en tanto se constataba la realidad del país, su reducidísima clase obrera industrial, las amplias capas artesanales, la gravitación de los intelectuales y la estructura misma del andamiaje político-institucional ecuatoriano.

Durante 1930, el CC del PSE recibió una comunicación de la IC en la que se analizaba la situación política del país y del movimiento sindical, en donde además se criticaba a los miembros del CC del PSE, se lanzaban acusaciones infundadas y malintencionadas contra los socialistas supervivientes del “progrom” de 1929, quienes redactaron una circular respondiendo a la carta de la IC: “...si bien nosotros éramos marxista-leninistas, no estábamos de acuerdo con recibir consignas internacionales” (Muñoz, 1988:61-62). El periódico de la fracción comunista, “La Hoz”, llevó adelante una campaña de ofensiva creciente contra estos sectores, que siendo marxistas y socialistas no eran comunistas, los cuales fueron paulatina y aceleradamente marginados del PSE.<sup>65</sup>



El 6 de enero de 1931 se produjo la ruptura total: siete miembros del CC del PSE se retiraron de la organización, emitiendo un comunicado, el *“Manifiesto al Proletariado Ecuatoriano”*, en el que clarificaron su posición política, produciéndose de esta manera la ruptura del Partido <sup>66</sup>, que en agosto de 1931 cambió su nombre por el de “PARTIDO COMUNISTA DEL ECUADOR”, luego del fracaso de una reunión de “unificación” propuesta por la IC. Huelga comentar acerca del sentido unitario de tal reunión.

Con esto, se dispararon las tendencias socialistas que aparecieron en la década de los treinta: en poco tiempo se fundó el nuevo PSE, y se conformó otro grupo, la Vanguardia Socialista Revolucionaria del Ecuador (VSRE), liderada por el coronel Luis Larrea Alba, grupo más apegado a las tradiciones liberales radicalizadas.

El PC fue fundado por fin en 1931, y siguió habitando la lógica del ultrasectarismo y aventurerismo propios de ese período, tal como constó en las palabras del Secretario General Paredes durante el II Congreso del PSE, que en realidad fue el Primer Congreso del PCE, cuando dijo que a la caída de Ayora el entusiasmo de las masas y las manifestaciones en las ciudades de ecuatorianas “...son signos evidentes de la situación prerevolucionaria del país”, situación en la que el PC tiene “grandes responsabilidades”. Así se encontraron argumentos políticos extraídos de la nada para justificar la “depuración” del primer PSE y el apareamiento del PCE en una situación “prerevolucionaria” que sólo existía en la imaginación de sus dirigentes<sup>67</sup>.

#### 4.6. Nota Final

El Partido Socialista Ecuatoriano fundado en 1926 fue una organización política que tuvo un anclaje real en procesos sociales previos, posición que le pudo haber facultado para establecer un proyecto socialista viable en el país. Se ha argumentado en este trabajo acerca de la producción popular de una “interpelación” que incluyó elementos socialistas en el movimiento social de 1922, se ha remarcado también en la existencia de un espacio conflictual creciente en el agro, serrano y costeño, y en el hecho de que los sectores medios adoptaron una forma de “jacobinismo” que les hizo permeables a establecer acuerdos con

otros grupos subalternos, incluso indígenas, que también acudieron al PSE con sus propias expectativas.

Sin embargo, el PSE fue incapaz de articular una interpelación de carácter nacional, popular y democrática, es decir una interpelación que implicase la constitución de sujetos políticos que se reconociesen a sí mismos en referencia a un proyecto global con una hegemonía articuladora de orden socialista, y que además reconociesen la pluralidad e otros sujetos populares potenciales, en razón de la diversidad de actores sociales, sociedades regionales e incluso diferencias étnicas.

El discurso del PSE se orientó, por el contrario, a dar cuenta de los problemas del comunismo internacional, en razón de su vinculación a la IC, vinculación que se produjo cuando la estrella de Stalin empezaba a eclipsar totalmente a la vieja guardia bolchevique, y cuando se empezaba a instaurar en el mundo comunista el terrorismo ideológico estalinista. La dirección del PSE se encontró ligada al aparato de la Comintern, por medio de Ricardo Paredes, y lanzó la lucha contra los intelectuales y pequeño-burgueses, aislando así su política, al recurrir al apoyo ideal y supuesto de una “clase obrera” ínfima, a la que se pidió compartiese la política del “tercer período”, el “socialfascismo” y la “lucha de clase contra clase”, en un contexto que requería de la formulación de un proyecto más amplio, de la concurrencia de diversos sujetos sociales para conformar una posible fuerza socialista eficiente.

## Notas:

- 1 Para un estudio histórico del conservadurismo y el liberalismo a fines del XIX (como tendencias políticas), se puede consultar el libro de Enrique Ayala (1978), en el que se señala el hecho del carácter extremadamente laxo, poco institucionalizado de los sectores políticos hasta la revolución liberal e incluso durante la época de la bancocracia.
- 2 Léase Estalinista. El leninismo, en su forma sacramental, *qua* ortodoxia, se transforma en un acto de fe. Stalin “Presentó la doctrina de Lenin, que era esencialmente sociológica y experimental, como una serie de rígidos cánones y simples fórmulas estratégicas y tácticas para la salvación de la humanidad, todas enumeradas con la precisión de un tenedor de libros. Codificó y formalizó el leninismo en aquel estilo de espuria sencillez y lucidez que resulta sumamente atractivo a los intelectos de escaso adiestramiento sociológico” (Deutscher, 1976: 257)
- 3 Ricardo Paredes, médico, primer Secretario General del PSE, fue fundador del grupo “La Antorcha” de Quito, y uno de los primeros intelectuales que manifestaron una clara tendencia comunista y pro-soviética al interior del PSE, desde sus inicios. En 1927 viajó a Moscú, por invitación hecha al Partido, y allí asistió a los festejos por el X aniversario de la Revolución Rusa, y posteriormente al VI Congreso de la IC, donde sus intervenciones, reseñadas previamente en este trabajo, tuvieron gran importancia. Regresó al país a fines de 1928, abanderán-

dose de la política de “purificación” del partido, destinada a separar del mismo a los perniciosos (desde la perspectiva comunista) intelectuales. Permaneció como SG del PCE, fundado sobre los escombros del primer PSE, durante poco tiempo; luego se retiró a la práctica profesional, sin abandonar la militancia, aunque su buena estrella dentro de la burocracia del PCE le había abandonado. Durante los treinta escribió un libro clásico dentro de la medicina social ecuatoriana, *Sangre y Oro en Portovelo*, que al mismo tiempo era una denuncia de la actividad del “enclave” de la South American Development Co. en Machala. Murió en 1979, sin haber dejado de ser comunista.

- 4 La caracterización del concepto “izquierda”, que se utiliza permanentemente en este trabajo, parte de la autoidentificación de los actores dentro de este campo. Se coincide en ello con Manuel Caballero (1982), quien remarca que este concepto no tiene un contenido político sino espacial, y que alude a la ubicación autoreferida de los actores en el marco de un “espectro político” cuya validez para fines analíticos es limitada. El término “socialismo” tiene un contenido político más explícito, y alude al conjunto de ideologías y prácticas que se originaron en el Movimiento Obrero europeo del siglo pasado: incluye anarquismo, marxismo, fabianismo, lasalleanismo, utopismos, anarcosindicalismo a su interior. En el caso ecuatoriano, la utilización del término “izquierda” en esta época alude a los sectores sociales y actores políticos que impulsaban un proyecto de transformación global en el país, con mayor o menor énfasis, y engloba por ello a liberales radicalizados, socialistas cristianos, militares pro-socialistas, intelectuales marxistas, comunistas, anarquistas y algunos gremios y sindicatos donde estos grupos habían penetrado. El término “protosocialismo” alude, como se ha señalado, al momento de fusión de distintos elementos ideológicos en el movimiento de 1922, con la presencia articuladora del anarquismo.
- 5 Aquí no se mencionan sino marginalmente los grupos anarquistas, estudiados *in extenso* en Páez (1986).
- 6 Cabría señalarse que la AIT o Primera Internacional era una asociación bastante laxa, originalmente, donde grupos como la llamada “Alianza por la Doemocracia Social”, de carácter cercano al liberalismo, también participaron. Las afiliaciones a la Internacional podían ser individuales u organizacionales, y su espectro de concurrentes incluía todas las vertientes del radicalismo europeo de aquel entonces y los diversos tipos de socialismos existentes, desde los mutualistas proudhonianos, hasta los anarquistas de la línea de Bakunin, pasando por los lasalleanos y llegando hasta los marxistas.
- 7 La AIT respaldó a la Comuna, tanto la fracción marxista como la bakuninista percibieron en este proceso un síntoma anunciador de la futura revolución: quienes “quisieron tomar por asalto el cielo” en palabras de Marx, gozaban de absoluta solidaridad por parte de los grupos socialistas dentro de la AIT: autoritarios y libertarios.
- 8 El periódico “El Popular” de Guayaquil incluyó artículos sobre la AIT en sus ediciones de aquel año (1876). La reacción más fuerte en contra fue liderada por la Iglesia, y consistió en la inmediata prohibición -so pena de excomunió- de la lectura, distribución o conocimiento del mentado periódico (Internacionalista, 1976:205).
- 9 “...para eso nada más tentador que recurrir a terminologías revolucionarias tomadas del socialismo naciente, pero siempre entendidas dentro del esquema liberal”. Cabría señalarse que no solo los comunistas han intentado rescatar a Peralta como un “socialista” ecuatoriano; también la socialdemocracia nacional ha intentado encontrar raíces históricas e ideológicas en este pensador.
- 10 A diferencia de Peralta o Quevedo, que eran miembros de la élite intelectual vinculada al poder o a los mecanismos elitarios de la intelectualidad consagrada: Partido Liberal o Sociedad Jurídico-Literaria, respectivamente.

- 11 En el Estado instaurado después de 1912 el grupo hegemónico del nuevo bloque en el poder construyó esta hegemonía en relación directa con el poder económico generado por la exportación de la "pepa de oro"; por ello el carácter del sistema de dominación era extremadamente cerrado, reducido prácticamente a los grupos bancarios guayaquileños, expresión financiera de la dinámica agroexportadora, quienes "colonizaron" el Estado. La caída de la base económica del modelo de dominación, el crecimiento de la sociedad, la diferenciación social, el apareamiento de nuevos actores hizo obsoleto un modelo ya debilitado por la crisis caaoatera, con lo que se abrió la posibilidad a la presencia de grupos reformistas militares, que impulsaron un proyecto modernizante.
- 12 "los programas políticos de los primeros personajes satisfacían aspiraciones generales, y más aún, las declaraciones del coronel Lasso, eminentemente socialistas, que llegaron a impresionar la mente del pueblo trabajador y del obrerismo" (Orellana, 1930: 139).
- 13 Lasso recibió también el apoyo del Partido Conservador, lo que causó "un daño irreparable al candidato" (Orellana, 1930: 139). Los resultados fueron: Córdova, 173.776 votos; Lasso, 9.275 votos; Intriago, 3.454 votos. "El fraude fue evidente" dice Orellana (ibid. ant)
- 14 Aunque la importancia del caciquismo político siguió siendo grande en el sistema partidario hasta hace muy pocos años.
- 15 Ramos Pedrueza llegó en marzo de 1925 como embajador de México en Ecuador. Personaje vinculado a la IC, se dedicó a la propaganda, por lo que el Ministerio de Relaciones Exteriores pidió su retiro el mismo año. El 22 de septiembre de 1925 se formó la "Sección Comunista del Ecuador de propaganda y acción Lenin", constituida por "destacados intelectuales y algunos elementos trabajadores", que pidió su ingreso a la IC, designando como su representante internacional al mismo Ramos Pedrueza. ver SAAD, Pedro, "50 años de lucha por la liberación del pueblo ecuatoriano", artículo escrito para *Vida del Partido*, Revista del CC del PCUS, marzo de 1976, s/e.
- 16 Como se relata extensivamente en otra obra del autor de este trabajo, *El Anarquismo en el Ecuador* (1986)
- 17 Resulta importante destacar que otros actores tenían una visión distinta del proceso. En una entrevista del autor con Ignacio Cuesta Garcés, dirigente socialista guayaquileño (junio 1982), este señaló que ellos fueron "los primeros y los quiteños nos imitaron", con lo cual el elemento de la regionalidad -quien fue el primero y cuán diversas fueron las bases sociales respectivas- empezó a aparecer, cosa que se reveló con fuerza en la Asamblea Nacional Socialista (ANS).
- 18 Un dato que permite percibir las relaciones del grupo la Antorcha con los jóvenes militares era el hecho de que el periódico del grupo se editaba en la imprenta propiedad de cierto capitán Miño (Muñoz, 1988: 47).
- 19 No solo pidió apoyo y ofreció cargos a los ex- anarquistas que se trasladaron al socialismo, como Maldonado. En una hoja volante de los anarquistas de la IWW se señala que a raíz de la insurrección Mendoza llamo a los miembros de la COG (Puig Villazar) y a Maldonado, convocando también a los anarcos, quienes dijeron que "...hablábamos de la desconfianza que teníamos de los militares y la repugnancia que nos daba todo lo que ellos nos prometían" (El 9 de julio, Hoja volante onomástica, 9 de julio de 1926)
- 21 VERTIENTES FUNDADORAS DEL PARTIDO SOCIALISTA ECUATORIANO
- |                                                                                                                                                 |                                                                                                                                                                                   |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <p><b>A) GRUPOS POPULARES</b></p> <p>1.-Anarcosindicalistas guayaquileños: gremialismo costeño</p> <p>2.-Socialistas "cristianos": de Quito</p> | <p><b>B) OTROS SECTORES</b></p> <p>1.-Intelectuales quiteños de clase media.</p> <p>2.-Núcleos de militares Jove-Grupos artesanales</p> <p>3.-Grupos liberales radicalizados.</p> |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|

- 20 La diversidad de procedencias fue clasificada en las “Actas” de la ANS en los siguientes tipos: representaciones provinciales; representaciones de sociedades gremiales (incluyendo el Sindicato de Trabajadores Campesinos de Cayambe), y representaciones de “personas que viviendo en Quito, son delegados de sus provincias natales” (Labores..., 1926: 28-29).
- 21 Refiriéndose al coronel Juan Manuel Lasso, cuñado de Leonidas Plaza. El comportamiento político de Lasso se puede explicar en el contexto de la alianza de sectores artesanales y terratenientes en defensa de las políticas proteccionistas, pero con la particularidad del énfasis en aspectos cristianos y socialistas, simultáneamente. Hay que recordar que el movimiento artesanal quiteño siempre se caracterizó por estar muy cercano a organizaciones gremiales de corte eclesial en sus orígenes.
- 22 Las funciones serían: a) agricultores; b) trabajadores; c) trabajadores industriales; d) ferroviarios; e) comercio y anexos; f) educadores y periodistas; g) profesiones liberales; h) artistas; i) estudiantes; j) oficios varios (art.8).
- 23 Más aún tomando en cuenta que se propuso la libre remoción de los representantes o delegados de los Consejos. La idea era generar un poder construido “de abajo hacia arriba”, que cimienta sus características descentralizadas cuando se anota que todo “socio” conservará su libertad individual y “podrá emitir las opiniones que se le antojen, bajo su responsabilidad”. Nada más lejano a un modelo vertical-centralista, propio de las organizaciones leninistas.
- 24 Resulta interesante, ya que la visión marxista percibe que el capitalismo y su desarrollo tiene contenidos “progresivos”. La perspectiva del PSE se encontraba más ligada a percepciones tradicionales, generadas en el mundo gremial-artesanal frente al desarrollo capitalista.
- 25 “El indio de la sierra convertido en bestia de carga por la ferocidad de sus amos; el trabajador del litoral, consumiendo su energía para los señores feudales” (Labores, 1926:3-6)
- 26 En general, el anarquismo plantea sus críticas al capitalismo desde los valores humanistas, lo que le acerca al liberalismo. “¿Podemos afirmarnos con Rist que la “doctrina anarquista es el producto de una fusión curiosa de las ideas liberales con las ideas socialistas. Del liberalismo toma una crítica económica al Estado, su exaltación de la libre iniciativa, su concepción del orden económico espontáneo. Y toma del socialismo su crítica de la sociedad y su teoría de la explotación de los trabajadores”(Paniagua, 1982:21) .El mismo autor, acto seguido, enfatiza en la crítica moral como característica propia del anarquismo, antes que la crítica “técnica”.
- 27 Propuesta de tipo bolchevique, pero contextualizada en un diagnóstico enrevesado, mezcla de concepciones anarquistas -supresión de las clases- y positivistas -función central de la educación para eliminar el egoísmo.
- 28 Esto es el “Cosmopolitismo”, concepción muy cercana a las posiciones anarquistas.
- 29 La raíz anarcosindicalista de este postulado es clara. En todo caso no se atribuía el papel central al Partido, sino a los sindicatos, incluso dentro del modelo organizativo.
- 30 La idea del altruismo instintivo de los grupos sociales parte de nociones cercanas al anarcocomunismo de Pedro Kropotkin, y la crítica a la estructura de la autoridad familiar también tiene claros remanentes ácratas.
- 31 El Banco Central fue fundado en 1927 por el gobierno de Ayora, en base a las recomendaciones de la misión Kemmerer, dentro del proceso de modernización trazado. De hecho siguieron existiendo instituciones financieras y bancarias privadas, pero ya no más capaces de emitir su propia moneda, y sujetas al control por parte del Estado.
- 32 En el petróleo de Ancón y las minas de oro en Portovelo.
- 33 Las diversas articulaciones productivas de las regiones produjeron actores sociales diferenciados en las zonas. Se ha insistido en la pertinencia de los acercamientos culturales para entender las ideologías y las prácticas políticas de los sectores subalternos: un origen regional diverso, en una sociedad altamente fragmentada y pobremente integrada, distintas insercio-

- nes en las economías regionales y acumulaciones histórico-culturales particulares prefiguran diversas culturas políticas e identidades, intereses variados en los actores subalternos, que ocasionalmente pueden llegar a ser contrapuestos entre sí.
- 34 Los representantes del Guayas se originaron en el movimiento anarquista: Maldonado Estrada y Virgilio Jara, mientras a Pichincha la representaron los intelectuales Paredes, Emilio Uzcátegui y Luis F. Chávez.
- 35 Por ello no debe sorprender la actitud de Humbert-Droz y sus comentarios acerca del PSE en el VI Congreso de la IC: “Estos dos últimos partidos (PSE y PSR) no pueden ser considerados por nosotros ni desde el punto de vista ideológico ni desde el punto de vista de la organización como partidos comunistas...Veremos al final del Congreso de qué manera deberán mantenerse relaciones con estos partidos que quieren adherir a la IC y que están dispuestos a provocar en su estructura y en su vida interna los cambios necesarios para ingresar verdaderamente en el gran ejército de la IC” (VI Congreso...1977: 299).
- 36 Se debe indicar que fueron los guayaquileños los que propusieron la condena al regionalismo (Labores, 1926: 68-69)
- 37 “Invito a la barra liberal y socialista que expulse de la asamblea a los insolentes”: evidencia de la participación de un sector liberal en la ANS.
- 38 Este reconocimiento explícito de la existencia de fracciones en el Congreso no es peyorativo, sino simplemente descriptivo.
- 39 “...los compañeros que antes estaban a la izquierda van poniéndose hoy a la derecha” (Ibid. ant)
- 40 Una visión poco marxista, sin embargo: Rasputín, los placeres decadentes de la nobleza habrían sido la podredumbre contra la que se alzaron los bolcheviques, enarbolando su “locura mística” (Ibid:40). Cabría señalarse que la lectura acerca del proceso soviético era muy fragmentaria, los contactos internacionales casi inexistentes: el acceso de Paredes a cierta literatura teórica marxista y leninista fue más amplio que el que tuvo respecto a interpretaciones históricas de la Revolución Rusa, que por otra parte era un hecho muy reciente en aquel momento.
- 41 Es el caso de la petición a que el partido hiciera posible la realización de caminos vecinales en la provincia de Los Ríos, o -en el caso de demandas generales-, que posibilitara la creación de oficinas de protección a campesinos y obreros. Para ello era necesario garantizar la participación del PSE dentro del sistema político, lo que implicaba rebajar las expectativas de los pocos comunistas. También quedó claro que el partido y su táctica no debían esperar a una “proletarización completa de las masas” para buscar el poder y acceder al mismo (Ibid:34), ya que se lo percibía como un competidor dentro del sistema político, destinado a conseguir acciones estatales efectivas, locación de recursos, espacios de representación: el partido pretendía tener una vocación de poder, aunque existiese una contradicción clara entre la retórica maximalista y los programas moderados.
- 42 Paredes era conciente de los problemas que traería la adhesión, ya que el programa de la IC se superpondría al programa del PSE.
- 43 Luego de una investigación en los archivos de la Internacional Comunista en Moscú, a fines de los ochenta e inicios de los noventa, Rafael Quintero encontró pruebas de la afirmación anterior acerca de la falsedad y añadido posterior de la adhesión de la ANS a la IC, como comentó en su momento con el autor de este trabajo.
- 44 El relato que hace Muñoz de este periplo es interesante porque revela el grado de incomunicación y desarticulación regional existente para ese entonces. Parecía que regresaban del exterior, de acuerdo a su descripción (1988: 56).
- 45 Por su parte, los anarquistas se encontraban intentando reactivar a la FTRE, lo que significó enfrentamientos y discusiones con los socialistas, entre los que se encontraban algunos exácratas (Cfr. Páez, 1986)

- 46 En 1930 apareció en “La Hoz”, órgano central del PSE, sección de la IC (11 de septiembre #2) una nota acerca de la conformación de sindicatos campesinos de los “trabajadores agrícolas” de las haciendas de Pesillo, Chimba, los lugares de Muyurcu y San Pablurcu, bajo los nombres de “El Inca” y “Tierra Libre”. Los tales trabajadores agrícolas eran en su totalidad indígenas. En el mismo número de “La Hoz” se encuentran reclamaciones de permanencia de estructuras del huasipungo como reivindicación, cosa que se verá más adelante. En 1931, según informes de Galo Ramón, en el pueblo de Cayambe se formó una alianza entre los mestizos de la zona con los indígenas encuadrados en las comunidades libres, con objeto de presionar por tierras, alianza que permitió a Rubén Rodríguez ser Presidente del Municipio de Cayambe el mismo año. El PSE había sido el organismo político que canalizó el acuerdo. En lo que se refiere a la organización campesina de la costa, se organizaron sindicatos campesinos en la zona de Milagro, Durán, Naranjito, Yaguachi y Taura, aprovechando condiciones de debilidad coyuntural de los terratenientes.
- 47 Mariátegui se quejaba de la resonancia muy limitada de su obra en la izquierda latinoamericana (Flores Galindo, 1982: 107). En el caso de Ecuador, la presencia de Mariátegui se remitía más a su vena poética que a su influencia política, aunque parece que Amauta sí se vendía en el país. Respecto a la supuesta influencia de los “7 ensayos”, no existen pruebas suficientes al respecto. Ver ALBORNOZ PERALTA, Oswaldo, “Mariátegui en el Ecuador”, en Revista Ecuatoriana de Pensamiento Marxista, # 13, sept. 1989, III época, Quito, pp. 43-53.
- 48 La forma en que fue abordado es anecdótica: Donoso se encuentra con Miguel Contreras, dirigente del Secretariado Sudamericano de la IC de improviso en una calle de Guayaquil, emergiendo, literalmente, de la oscuridad de un portal, en una actitud absolutamente conspirativa, conforme relató Manuel Donoso Armas al autor. Una vez reunido el grupo socialista de la COG se decide aceptar la invitación y enviarlo a Moscú, mientras que para “cubrirse”, Donoso dice que va a Alemania becado.
- 49 Entrevista con el autor, junio de 1982. Donoso afirmaba que él fue a desayunarse de socialismo en Moscú, ya que su nivel de conocimiento de la teoría marxista era menos que mediocre. Una vez en Moscú, fue abordado por “Beldroz (sic)”-probablemente Jules Humbert-Droz, quien le propuso el ingreso a la fracción bujarinista a nivel internacional; por otra parte el estalinista Yaroslavski fue nombrado su “partner” en el Congreso: fue entonces cuando le pidieron que firme el comunicado contra Trotsky, cosa a la que se negó de plano. Le indicaron que Ricardo Paredes ya había firmado el documento y por ello se enteró de que Paredes iba como *representante del Partido Comunista y Socialista*. El PC ecuatoriano aún no se había fundado, pero ya era una fracción autónoma dentro del PSE, desconocida para el grueso de sus miembros. Donoso discutió con Paredes acerca de la “bolchevización” del Partido, y defendió que dentro del socialismo debían mantenerse las tres tendencias: derecha, centro e izquierda. A su regreso a Guayaquil, Donoso publicó el Testamento de Lenin, al cual accedió gracias a los trotskistas que también se le acercaron, y hacia los cuales tenía la mayor simpatía. (15 de noviembre, 1982: Tomo II, 105-108). Sobre los delegados peruanos, (Flores Galindo, 1982: 23)
- 50 Parece que Carrera Andrade se vio cercado por los comunistas. Habiendo sido invitado a los festejos del X aniversario de la Revolución Rusa se quedó en medio del viaje, radicándose en París, lo que permitió al grupo comunista realizar una campaña de desprestigio en su contra. Carrera Andrade argumentaba que había sido boicoteado en su viaje, para permitir que el delegado ecuatoriano fuese Paredes, comunista comprometido.
- 51 Por ejemplo, habla del “inmortal Trotsky” y se refirió al “gran ideólogo de la Revolución”...Bujarin. Definió poco ortodoxamente al socialismo y su Estado, al que denominó “Estado Sindical”. Dentro del proletariado incluyó a los “intelectuales y artistas, obreros, campesinos

- y soldados”, lo que traía como consecuencia política que cuando los intelectuales hablasen de “dictadura del proletariado” se refirieran a sí mismos en primera persona (Cfr. Terán, 1928)
- 52 “...sálvese el Partido aunque perezcan sus figuras representativas, es la voz de la cohesión, es la orden por la cual han marchado al ostracismo quienes no se sometieron a la voz de la mayoría...” (Terán, 1928:8)
- 53 Estas afirmaciones deben leerse entre líneas: en realidad se estaba preparando burocráticamente las representaciones al CCA desde noviembre, para garantizar una mayoría comunista el momento de tomarse una serie de graves decisiones, que afectaron al PSE de manera integral.
- 54 A pesar de esta reorganización, el aparato central del Partido se quejaba de que “...la mayor parte del partido no ha sabido responder a este inmenso esfuerzo del Consejo Central, el que ha trabajado más que el resto del Partido” (Reunión CCA, 1929: 18-19), aludiendo a las resistencias que la reorganización burocrática provocó en los núcleos afectados.
- 55 Se puede percibir cómo ingresa el socialismo dentro del discurso y los neologismos inquisitoriales propios de los Partidos Comunistas, tales como “liquidacionismo”, con contenidos peyorativos que desplazan la divergencia política al plano de una suerte de moral absoluta y saber omnicompreensivo, cuyo depositario sería el Partido.
- 56 “Hasta hace poco más de un año el PSE había vivido aislado del movimiento proletario internacional, pero gracias al envío de un delegado a la Rusia Soviética ese aislamiento se ha roto” (Conferencia CCA, 1929: 12).
- 57 “El PSE se encuentra formado... sobre la base de adhesiones individuales y colectivas...bajo la dirección del PC. No es este el mejor tipo de organización. El PC ha degenerado en una especie de pequeña secta, casi masónica...con un rito especial, absolutamente cerrado, sin reclutamiento de masas...el PC o bien degenera en secta, como en Ecuador, o se disolverá simplemente...” (Humbert-Droz, Sobre los países de América Latina, VI Congreso, 1977: 319-320).
- 58 “Los militantes irreflexivos podían refugiarse en el autoengaño de los que abrazan una fe, pensando que toda orientación o línea es ‘correcta’ y debe defenderse por el mero hecho de proceder del Partido, quien, por definición, tiene razón. Los inteligentes, aún siendo capaces de grandes dosis de autoengaño, tendían más bien a adoptar la postura del abogado o funcionario cuyas opiniones no son relevantes para el caso que defiende, o la del policía, que quebranta la ley para mantenerla mejor” (Hobswabm, 1978:13). Este comentario puede dar cuenta parcial de la escisión interna en Ricardo Paredes entre el teórico y el “apparatchick”.
- 59 Ver Capítulo 2, supra.
- 60 Secuela de la traumática experiencia de la IC con el Kuomintang en China.
- 61 En lo que se remite a las ligas antiimperialistas, en la Conferencia del CCA se las señala como un logro partidario. Pero la política contra el imperialismo se vio influida por las relaciones variables de la URSS con Inglaterra y Estados Unidos; por ejemplo, en 1927-1928, al empeorarse las relaciones anglo-soviéticas, cuando “Inglaterra empezaba a ser sustituida por los Estados Unidos como el mayor enemigo de la revolución”, el Imperio Británico volvió a ocupar el centro de la propaganda antiimperialista, incluso en América Latina, donde evidentemente los Estados Unidos tenían mayor importancia como imperio en despliegue.
- 62 “Así fue como la Comintern no sólo llegó a brillar con la luz reflejada del Partido ruso, sino que a su vez reflejó cada uno de sus alineamientos internos. Tanto fue así, que cualquiera que intentara comprender la historia de algún Partido comunista meramente en el contexto de su propio medio ambiente nacional, fracasaría en su propósito. No podría explicarse los múltiples cambios de línea política, el eclipse de algunos dirigentes, el surgimiento de otros, o las reformas en la estructura organizativa” (Deutscher, 1976: 366)
- 63 Codovilla, en la misma reunión de Buenos Aires, planteó la necesidad de que los Partidos debían ser comunistas: “...lo que acabó diciendo de manera categórica y sin ambagues: el nom-



bre socialista significa 'la traición a los intereses proletarios y la capitulación ante la burguesía'. Sería difícil ser más claros" (Flores Galindo, 1982: 35). Los socialistas peruanos pensaban, por su parte, en un partido de masas, no puramente obrero ni monolítico, así que se opusieron a Codovilla, quien tuvo que ceder "ante la decisión de sus camaradas peruanos de lanzar un PS" (Caballero, 1987: 237).

- 64 En 1929 la pugna se agudizó en la cúpula partidaria: la política ante el Parlamento, la organización obrera eran algunos de los temas más discutidos. En Guayas -donde el núcleo socialista se opuso a las decisiones del CCA-esta pugna se manifestó durante ese año en términos tales que la ruptura era percibida como algo inminente. Por respaldar al diputado Rigoberto Ortiz, expulsado del Partido, el grupo socialista encargado de la COG fue amonestado por el Secretario General Paredes mediante una circular en que acusó a los dirigentes obreros de "desviacionismo" (mal podía acusarlos de "pequeño-burgueses") al respaldar a Ortiz, quien, según Paredes, mantenía "relaciones estrechas con la burguesía". Nótese otro neologismo estaliniano ("desviacionismo") para cuestionar cualquier percepción política diferente a las propugnadas por los aparatos centrales del PSE, bajo control comunista.
- 65 En "La Hoz", 11 de septiembre de 1930, aparecieron noticias acerca de la "purificación" del Consejo Socialista de Guayaquil, cuyo núcleo estaba relacionado con la COG y la organización obrera. En la misma nota se señalaba que también en Quito se estaba procediendo a una reorganización y operación de "limpieza", a fin de desplazar a los "elementos negativos" del PSE, es decir, a los intelectuales y "pequeño-burgueses". Se expulsó al senador Uzcátegui, mientras se hacía la apología de Maldonado Estrada, también senador, quien denunciaba al "Estado Burgués", en la onda ultraradical del "socialfascismo". Los antecedentes anarquistas de Maldonado lo hicieron especialmente receptivo al ultraradicalismo del Partido, en aquel momento, porque al mismo tiempo él formaba parte de la "Tradicición" cuestionada por la fracción comunista por boca de Paredes, lo cual produjo posteriormente su separación de las filas "bolchevizadas".
- 66 En el texto de su renuncia rescataban la necesidad de la existencia del PSE; su labor para enfrentar los problemas nacionales, su voz de protesta y accionar. También enfocaban críticamente la afiliación del PSE a la IC, que "no podía confundirse con la sumisión clerical al Papa", añadiendo un juicio acerca de la "degeneración burocrática" que hunde en la dictadura a la IC, organismo "que lanza resoluciones dogmáticas elaboradas en un escritorio al pie del Polo Norte" con pretensiones de abarcar nuestras peculiaridades nacionales; a pesar de ello, los firmantes no dimiten del internacionalismo proletario. Continuaban diciendo que era necesario recuperar la labor de los intelectuales, ya que eran imprescindibles en la conducción y buen término de la revolución: "los rusos también fueron guiados por intelectuales". Finalizaron señalando la actitud de ciertos elementos que destacaban por su "intransigencia y ciego acatamiento a las imposiciones" de la IC, quienes desterraban a todos aquellos que no pensarán como ellos y encarasen el problema revolucionario de distinta forma, por lo que, decían, se sentían de más en el Partido, si este transitaba por la senda del sectarismo, y más aún cuando su obra era tachada de oportunismo y ellos mismos como "agentes de la burguesía" (aún no aparecía la CIA). Culminaron su Manifiesto diciendo: "...Ya que la IC ha degenerado en el cumplimiento de su misión y que ciertos sectores del Partido...se manifiesta intransigente para toda crítica y para todo rechazo de las RESOLUCIONES emanadas de la IC, RENUNCIAMOS PUBLICAMENTE DEL PARTIDO SOCIALISTA ECUATORIANO DE LA TERCERA INTERNACIONAL COMUNISTA"
- 67 Informe del SG del CC del PSE, sección de la IC al II Congreso del PSE.



## Conclusiones

---

El trabajo de reconstrucción del discurso y las prácticas de la izquierda marxista ecuatoriana en sus años iniciales ha sido concebido tradicionalmente como un trabajo de orden histórico- apoloético, realizado desde una perspectiva ideológica, vale decir, con la intención de justificar las distintas tendencias políticas que emergieron a resultas de la primera división que sufrió el socialismo ecuatoriano.

Se ha tendido a incluir el estudio de la izquierda ecuatoriana como parte del estudio del Movimiento Obrero y su historia: no se ha reflexionado sistemáticamente acerca de su autonomía y especificidad como proyecto societal, que simultáneamente a las fuertes relaciones organizativas que provocó con el movimiento sindical y gremial, tenía sus propios objetivos y esferas de acción: desde una perspectiva política, es el movimiento obrero el que se encuentra englobado en las perspectivas del actor partidario.

La relevancia de estas cuestiones radica en que posibilitan la crítica de algunos supuestos que se han tomado como datos apriorísticos no sometidos a discusión: la izquierda habría representado al “proletariado” en su lucha política por el socialismo; así puede explicarse las razones de la dependencia analítica de las prácticas del actor político respecto a un actor social concreto, el proletariado, al que se le atribuyen funciones sociales e históricas, lo que no sería más que el reflejo de la “sobredeterminación” estructural, por la cual determinadas posiciones ante la producción implicarían comportamientos políticos “fijados”: nada más alejado de una comprensión sistemática de las funciones, discursos y prácticas de la izquierda, no sólo en Ecuador, sino en cualquier país del mundo.

Al suponer un actor social homogéneo (el proletariado, la clase obrera) y una ideología igualmente unitaria, que se arranca de la posición estructural del actor social, se pierden de vista y se acomodan los datos de la realidad, las prácticas situadas de los actores, para hacerlas convergentes con los supuestos del modelo universalista. A lo largo de este trabajo se ha demostrado que los supuestos de homogeneidad son imaginarios, y que la constitución del “proletariado” como actor social

es molecular, fragmentada, particular, marcada por la lógica de una formación social dependiente, con un nivel pobre de integración, un mercado limitado y una industrialización casi irrelevante para aquellas etapas formativas.

La diversidad de los actores -situada regionalmente- y las particularidades del despliegue histórico de los mismos en sus prácticas, obligan a replantear los términos del discurso analítico sobre la izquierda: por ello, la reconstrucción de los orígenes de la izquierda debe partir de la presentación del estado del conocimiento acerca de las modalidades de constitución de la Formación social ecuatoriana, durante los años críticos en que aparecieron los primeros indicios del pensamiento socialista en el país.

Del conocimiento actual de la estructura socio-económica y de la organización del sistema político a principios de siglo, se arrancan algunas consecuencias relevantes para interpretar los orígenes de la izquierda ecuatoriana, las cuales están referidas a la diversidad, atomización y pobre integración del espacio nacional, tanto en términos sociales (la diversidad de microescenarios que plantea la regionalidad) como políticos, vale decir, la multiplicidad de intereses y demandas generadas por los diversos grupos en una suma de escenarios que pueden ser descritos (a principios de siglo) como “escenarios adyacentes”.

Por efectos de la crisis del cacao y las obras de infraestructura generadas por el Estado, se incrementaron las ligazones y tráfico interregionales de mercancías e ideas, desde inicios del siglo. La importancia del ferrocarril no puede ser menospreciada en este proceso. El espacio nacional aparece como una posibilidad viable, y los encadenamientos hacia atrás van generando relaciones de interdependencia crecientemente compleja entre las regiones, lo que permite que los espacios adyacentes se transformen en escenarios concurrentes, en primera instancia, para luego -más allá de los límites de este trabajo- conformar un verdadero espacio nacional, heterogéneo y diverso, pero compartido por todos los actores.

Los orígenes de la izquierda ecuatoriana se ubican en uno de los puntos de inflexión de este proceso: su propia conformación como tendencia partidaria e ideológica apunta en el sentido de la *construcción* (más allá de la simple concurrencia) de un espacio o escenario simbólico de lo nacional, uno de los momentos de creación de un escenario globalizante, y uno de sus procesos centrales.

Pero el dato primario, la realidad factual en la que se fundó esta tendencia política fue la de fragmentación y diversidad de actores y escenarios. Con la crisis del cacao, el agotamiento del modelo agroexportador de acumulación, se abrió lo que Maiguashca denomina las “dos crisis”, de lealtad y autoridad paternal. Así, la presencia de nuevos actores -producto de la urbanización creciente de los dos polos ciudadanos- confluyó con un proceso de ruptura simbólica, de creación de nuevos escenarios sociales y políticos, de crecientes procesos de integración nacional, impulsados también desde el Estado, en su proceso de modernización espasmódica.

Los procesos de protesta social de principios de la década de los veinte tuvieron por antecedente el crecimiento relativo de la organización societaria de las clases y grupos subalternos, especialmente los sectores artesanales, que emprendieron una incipiente lucha reivindicativa, articulada con la penetración (en Guayaquil) de difusos elementos de las ideologías anarquistas y socialistas, incluyendo al marxismo. Esta base organizativa posibilitó el funcionamiento de los primeros grupos agitacionales de la izquierda, los que se insertaron en un momento de crisis en proceso de profundización: crisis económica y de subsistencias, agotamiento del modelo de acumulación y apareamiento de nuevos sectores sociales que no pueden ser asumidos e integrados ni por una economía reactiva ni por el Estado liberal-oligárquico, extremadamente cerrado, que había creado un sistema político de participación muy limitada, que no incluía siquiera a los crecientes sectores medios.

Los nuevos actores sociales, ninguno de los cuales puede ser identificado con el “proletariado” fueron desarrollando discursos alternativos, proyectos societales embrionarios, cuyos tintes revolucionarios se fueron recargando en la situación de crisis sostenida, ante la incapacidad del Estado de integrar a los nuevos grupos al sistema político; la modernización espasmódica, en la fase liberal, agotó prontamente los canales participativos, que se saturaron tempranamente e incluso se redujeron posteriormente, a raíz de la caída de los Alfaro.

Los discursos que emergieron de los nuevos actores participaban también de las percepciones arcaicas, del sustrato cultural en que estos se inscribían y desarrollaban: por ello pudieron dar cuenta de las demandas y pensamiento de amplios sectores poblacionales no ligados de manera directa al mundo artesanal-gremial, pero interpenetrados de una serie de valoraciones comunes, procedentes del largo plazo de la

cultura y de las percepciones más arcaicas (en el sentido de tradicionales) acerca del justo precio y la dominación social legítima.

El discurso mítico emergió entre las costuras del discurso teórico, ligado al anarquismo en su particular versión porteña, y debido al tipo de discurso teórico con el que interactuó, a sus especificidades, convergió con él de una manera operativa, llena de sentido para los actores, lo que se reveló tanto en la prensa gremial y popular de 1922 como en el movimiento social del mismo año.

Por supuesto este discurso mítico era concurrente, y hasta parcialmente subsumido y dependiente de otros factores de orden estructural, pero es importante remarcar su existencia, ya que la respuesta popular, la insurrección y la huelga general no fueron fenómenos mecánicos de reacción ante la crisis económica, sino que cobraron sentido y articularon su discurso sobre las experiencias previas situadas en el más amplio contexto de la cultura, y no sólo en el nivel de la coyuntura económica inmediata.

Un fenómeno cuya incidencia se fue profundizando con el paso de los años alude a la proyección de la ideología marxista, en su variante leninista, potenciada en sus efectos y capacidad de convocatoria social por la exitosa revolución Rusa de 1917 y su expansión como modelo de revolución realizada, y por tanto, posible. Esto se hace aún más evidente desde la formación de la IC, cuya influencia en la izquierda ecuatoriana irá creciendo, conforme avanzaban los veinte.

La misma IC fue sufriendo mutaciones políticas y organizativas a su interior durante estos años: estos procesos de transformación le hicieron pasar de las primeras etapas, en que se reflexionó fundamentalmente el escenario europeo como base referencial, hacia nuevas interpretaciones, producto de la ampliación de sus relaciones con otros países del mundo. En este contexto, Latinoamérica fue la región que menos interés provocó en la IC, ya que su lógica y perspectiva eurocentrista, alimentada por la ideología del progreso y la creencia de la sucesión de estadios sociales, de los cuales el socialismo sería la culminación, no le permitió creer en las posibilidades de nuestro continente de llevar a cabo una transformación socialista.

Los cambios acaecidos en la IC, que tuvieron que ver con las mutaciones de los equilibrios políticos dentro del Partido Bolchevique, la consolidación del Estado Soviético, y, por fin, el fenómeno del estalinismo, marcaron las propuestas y prácticas postuladas por la Comintern en

todo el mundo y en América Latina, influyendo sustantivamente en las decisiones políticas y las prácticas, en las opciones teóricas que levantaron los distintos Partidos Comunistas. Por ello es necesaria una referencia, aunque sea limitada, a las concepciones de la IC sobre el proceso de transformación social, los actores de la misma y las modalidades organizativas que debían tomar los partidos adscritos a la IC, para así comprender el sentido y las convicciones que estos partidos atribuían a sus prácticas.

La izquierda ecuatoriana en sus orígenes apareció ligada al proceso social de 1922 y sus consecuencias, cuando sus postulados rebeldes coincidieron con las expectativas de gran parte de la población guayaquileña, mientras se desarrollaba la crisis en otros espacios sociales del país <sup>1</sup>. Existió un íntimo contacto entre organización popular, tránsito del gremialismo al sindicalismo y posiciones socialistas -anarquistas a principios de los veinte, en Guayaquil. En Quito, los sectores medios nacientes, cuya intelectualidad se encontraba alienada respecto al sistema político, conformaba sobre sus propias dinámicas otra línea de la izquierda ecuatoriana.

El proceso de modernización que se impulsó desde la revolución juliana tuvo raíces en las inquietudes de sectores de la oficialidad joven, con cierta influencia de los sectores medios socialistas y de los liberales radicalizados; además de ellos, otros grupos confluyeron en 1926 en el primer PSE, tales como los socialistas cristianos del Coronel Juan Manuel Lasso, con base en los sectores artesanales quiteños. La integración de estos grupos en el primer PSE implicó la existencia de un equilibrio precario, que se expresó en la multiplicidad, e incluso divergencia, en algunos casos, de las propuestas políticas dentro del partido.

La importancia de la regionalidad no se puede subestimar al momento de hacer una evaluación de las fuerzas constitutivas del PSE: esta variable se manifestó de manera central en las interacciones y equilibrios internos del Partido. Se encuentra una extrema fluidez en el plano ideológico, ya que si bien la “izquierda” era la mayoría en la ANS, no era -ni mucho menos- homogénea: las tendencias se encontraban en estado constante de variabilidad, puesto que no existía aún una matriz teórico-ideológica que marcara límites precisos en las concepciones, propuestas y prácticas políticas.

Por ello, el modelo organizativo con que se dotó el PSE garantizaba esta diversidad, concedía amplios márgenes de acción a los grupos

social y espacialmente diferenciados, tras una comunidad declarada en los principios y líneas de acción y el Programa, unidad que en realidad era harto contradictoria en sus contenidos.

En efecto, al maximalismo de los Principios se correspondía un programa moderado de acción política, máxime cuando diversos grupos sociales y regionales percibían en el PSE una posibilidad concreta de participación en el sistema político, en aquel entonces en reformulación y ampliación, por obra de las transformaciones de la Juliana. Es decir, el PSE era percibido como un mecanismo potencialmente viable de canalización de demandas, un competidor igualmente potencial por el poder, dentro de las nuevas reglas del juego político que estaban por formularse.

Los temas debatidos al interior del Congreso Fundacional así lo demostraron: las propuestas maximalistas, al momento de ser volcadas en acciones concretas, fueron rechazadas por la mayoría de delegados: simplemente quedaban como líricas declaraciones de intención, ajenas al quehacer político real, simples mecanismos ideológicos para establecer consenso y mantener el equilibrio dinámico de una serie de fuerzas cuyos intereses eran heterogéneos, ocasionalmente contradictorios.

En este sutil juego de equilibrios dinámicos, dos eran los verdaderos polos de poder, en torno de los cuales giraban los grupos menores, de manera aleatoria: las representaciones quiteña y guayaquileña, dentro de las cuales también se manifestaba una dinámica de multiplicidad y diversidad, que se expresaba también en el plano ideológico-teórico, elemento que fue cobrando fuerza con el paso de los años, hasta que la fracción comunista logra copar el aparato central del partido.

Tampoco dentro de la fracción comunista existía homogeneidad de partida, más aún cuando el referente teórico internacional, la IC, no había aún contactado con el grupo leninista ecuatoriano, cosa que lo haría recién en 1927. En este año, el viaje de Ricardo Paredes a Moscú fue un hito central: el comunista ecuatoriano era el más cimentado teóricamente dentro de su fracción, de la cual fue el líder indiscutido, aunque por pocos años. En el VI Congreso de la IC expresó sus contradicciones con la caracterización que el Comitern se hacía de nuestros países. Sus comentarios sobre la necesidad de la categoría “dependencia” para describir las relaciones de nuestras sociedades con el capitalismo mundial fueron de una riqueza extraordinaria, y demostraron la posi-



bilidad que existía de realizar una elaboración y una contribución latinoamericana desde el marxismo revolucionario.

Pero el hombre del aparato se superpuso al teórico creativo, y en el período de monolitización, bolchevización, en la época del terrorismo burocrático y la autoridad indiscutida y sacramental de Stalin, Paredes retornó al país con una concepción sectaria e inquisitorial acerca de las diferencias políticas con los otros sectores del socialismo ecuatoriano.

Se incrementó la intervención del Secretariado Sudamericano - posteriormente del Bureau Sudamericano- de la IC sobre el PSE, aumentando así las presiones conducentes a la “depuración” del partido, mediante la expulsión de todos quienes no comulgasen con las doctrinas del tercer período, el socialfascismo y la lucha de clase contra clase.

De esta manera los problemas para definir una identidad teórica homogénea se contradijeron con la necesidad de conceptualizar la *identidad nacional* del proyecto, lo que hubiera podido procesarse de otra manera, sino hubiese sido por la influencia determinante del estalinismo en la IC. El ejemplo de Mariátegui demostró la posibilidad de generar un proyecto nacional y una identidad teórica relativamente común en nuestros países.

La homogeneidad teórica, la identidad ideológica común del proyecto socialista se planteó desde la óptica más restringida y sectaria de la “clase”, donde no cabían cuestionamientos ni diversidades posibles. Si el problema del partido era el de articular discursivamente una interpelación y constituir sujetos políticos que pugnasen por el cambio estructural, confluyendo con otros sujetos sociales en un sistema de alianzas con otros sectores sociales subalternos, se puede afirmar que fracasó en su tarea. Un punto central en este fracaso fue la fosilización del discurso y su creciente reducción de un supuesto “contenido proletario” de acuerdo a lo que rezaba la naciente ortodoxia estalinista, cosa que se encontraba en completa contradicción con los orígenes de la izquierda ecuatoriana y en absoluta discordancia con la realidad nacional, produciéndose así el desencuentro entre el partido que intentaba representar la heterogeneidad de la formación social y sus mecanismos de autopercepción, organización y gestión política.

La definición entre las tendencias se dio entonces en torno a la discusión de lo “nacional” y el carácter del proyecto societal autónomo que pudiese levantar la izquierda. Se debe reconocer que los socialistas

dentro del PSE observaron negativamente la influencia de la IC dentro de este campo, pero tampoco aportaron positivamente para una teorización de largo alcance dentro de los parámetros políticos, aunque en otras actividades -la literatura y el arte- aportaron de manera central a la constitución del discurso de “lo nacional”.

La discusión sobre la influencia o irrelevancia de las acciones y definiciones de la IC en la conformación de los partidos comunistas latinoamericanos y en las tempranas escisiones de los partidos socialistas unitarios está lejos de haberse agotado: más allá de los panfletos partidarios que interpretan la historia desde una lectura ideologizada, algunos autores como Agustín Cueva<sup>2</sup>, probablemente el más influyente intelectual marxista ecuatoriano, han replanteado este tema, negando las afirmaciones que ligan a la IC con los fracasos políticos de los PC y en general, con la debilidad de la izquierda marxista.

Cueva arguye que son fundamentalmente tres fuerzas las que sostienen la idea de la “dependencia absoluta” de los PC latinoamericanos a la IC: a) el imperialismo y las clases dominantes; b) el movimiento trotskista, y, c) algunos PC, precisamente aquellos que no han logrado “cajar” en sus respectivos países. Sin embargo es necesario aludir al hecho de que la gran mayoría de académicos estudiosos del tema han aludido al *grado intenso de dependencia* de los PC respecto a la IC a fines de los veinte y durante los treinta (Cfr. Claudín, 1977, Carr, 1986, Caballero, 1978 y 1987).

Al no matizarse el grado de dependencia, esta aparece como una conclusión interesada, paranoide, justificativa o ilusoria, respectivamente, si se acepta el criterio de Cueva. Pero se debe responder claramente a las preguntas de A) ¿Hubo o no dependencia?; b) De ser así, ¿qué grado de dependencia existió?, y, por último, c) ¿es válido analíticamente remarcar estos hechos para una mejor comprensión de la historia de los PC?.

Cueva opera por el expediente más sencillo: desacredita la afirmación extrema (“dependencia absoluta”) y de esa manera libera de toda responsabilidad a la IC, lo cual es un juego de manos, un escamoteo no muy hábil (Cueva, 1987: 165-167). Obviamente la pertenencia a la IC no “determinaba” de manera fatal el destino de los PC, pero es incuestionable que definía los límites, cada vez más estrechos conforme avanzaba el estalinismo, en los que estos podían operar<sup>3</sup>. En el caso ecuatoriano la importancia de la afiliación a la IC impulsó básicamente, es de-

cir de manera fundamental, la división de la izquierda y las [irracionalmente] opciones políticas de la fracción comunista dentro del PSE.<sup>4</sup>

Otro tema al que alude Cueva es el de la supuesta adhesión de Mariátegui al estalinismo, cuestión que tiene repercusiones en su argumento acerca de la poca influencia de Stalin en la creatividad abortada de los PC. En efecto, el tema del “socialismo en un solo país” era el único en el que Mariátegui podía darle cierta razón a Stalin<sup>5</sup>, porque el resto de la discusión con Trotsky era prácticamente desconocida en Latinoamérica.

El Partido Socialista Peruano (PSP) entró en relación bastante tardíamente con la Comintern (1929), además de que esta relación se dio en medio de tensiones y enfrentamientos<sup>6</sup>. Mariátegui utilizó a Marx, no le preocupó entrar en el ámbito de la herejía y jamás abdicó de su capacidad y libertad crítica (Flores Galindo, 1982: 102), por lo cual difícilmente se lo puede encorsetar en la camisa de fuerza de la ortodoxia comunista.

Es más, la concepción de Mariátegui en el plano organizativo del socialismo se relaciona íntimamente con el curso que tomó el PSE y su forma de concebir la organización partidaria entre 1926 y 1929<sup>7</sup>. El partido político debía ser para Mariátegui resultado del movimiento de masas, no su supuesto, sino un punto de condensación del mismo. Esto incluye la refundición del mito como categoría operante, en el mundo indígena en especial, como elemento movilizador de la resistencia, citando a Sorel (Aricó, 1988b: LIII y L).

Así, el proyecto socialista no era una etapa posterior a la construcción de lo nacional; la identidad socialista debía realizarse en otro plano, el de la “fundamentación socialista de la temática y práctica nacional”, con lo que la particularidad del socialismo sería la definición del “objeto nacional”, percepción radicalmente distinta a la de la IC (Franco, 1983: 164). El criterio para identificar a los socialistas no era su adscripción partidaria, sino la calidad de sus prácticas teóricas y políticas, dispuestos a entrar en intercambios creativos con otros sujetos políticos del movimiento nacional (Ibid. ant).

Esto implicaba “resignificar los contenidos comunes” de los distintos discursos situados parcialmente, es decir, recrear y asumir la diversidad, concebir la política como articulación prospectiva y consciente de lo diverso, desde la sociedad civil y su heterogeneidad, que debía ser aceptada por el partido como la coexistencia de puntos de vista

plurales, tendencias en competencia en las que se podía constituir la hegemonía fluida y abierta del marxismo (Ibid.: 153-157).

Esta forma de concebir el partido era muy diferente de la idea conspirativa y antidemocrática del “partido bifronte”, y aún más lejana de la del partido monolítico y homogéneo. Es por ello que las alusiones a Mariátegui como ortodoxo y no contradictorio con la IC y el estalinismo se muestran débiles, fruto de la ideologización o el desconocimiento de los hechos y contextos del socialismo peruano y el proceso del autor de los 7 ensayos.

La influencia de estos hechos germinales en la conformación de la izquierda ecuatoriana ha marcado su discurso y las caracterizaciones sobre nuestra sociedad hasta nuestros días. Las discusiones de la izquierda marxista hasta fines de los setenta giraban en torno a si el Ecuador era un país semifeudal y semicolonial (caracterización de la IC), donde se hacía necesaria una revolución democrático-burguesa o si era un país de capitalismo dependiente, donde fuese posible la revolución socialista.

Someramente, la evolución de la izquierda marxista ecuatoriana, durante las décadas subsiguientes al periodo fundacional, puede caracterizarse en cuatro grandes momentos: el emerger del frentepopulismo, desde mediados de los treinta, que posibilitó amplias alianzas y fue un factor fundamental en la denominada “Revolución” de mayo de 1944, “La Gloriosa”; en los cincuenta se puede distinguir una segunda etapa, de integración al sistema político, donde tanto socialistas como comunistas participaron crecientemente en todos los niveles, especialmente electorales, y en el movimiento obrero, durante un tiempo de estabilidad política que duró hasta 1963, en que los dos partidos fueron ilegalizados por la dictadura militar de aquel año. Sin embargo, previamente, y a raíz de la influencia de la Revolución Cubana, la izquierda asistió a un proceso de profundo cambio y radicalización, que originó las versiones maoistas y guevaristas, grupos bastante menos apegados a la tradición participativa de la izquierda en los cincuenta, en lo que Adrián Bonilla ha denominado “Momento refundacional de la izquierda”. El PC dio origen al PCMLE (Partido Comunista Marxista-Leninista del Ecuador), de tendencia maoista, en tanto que el PS se dividió en múltiples fracciones, entre las que destaca el PSRE (Partido Socialista Revolucionario del Ecuador), un socialismo radicalizado.

Durante los setenta y ochenta, finalmente, la izquierda logro ampliar su influencia en el movimiento social, creando organizaciones poblacionales, impulsando el sindicalismo y participando, posteriormente, en el proceso de retorno al gobierno civil, mediante mecanismos electorales dentro del sistema político. El Partido Comunista logro hegemonizar de manera absoluta la alianza denominada FADI (Frente Amplio de Izquierda), que a fines de la década de los ochenta sufrió una severa división, cuando se formo el partido “Liberación Nacional” (LN) en tanto que el Partido Socialista se reunificó, primeramente como Frente Socialista, y posteriormente bajo el nombre histórico de PSE, transformándose en la mas importante fuerza electoral de la izquierda durante los ochenta. EL PCMLE constituyo un partido electoral en el MPD (Movimiento Popular Democrático), en tanto que los sectores mas apegados a la lucha armada impulsaron dos organizaciones, AVC (Alfaro Vive, Carajo) y MPL (Montoneras Patria Libre), las cuales -especialmente AVC- entraron en enfrentamiento armado con el Estado, y sufrieron los resultados de una pequeña “guerra sucia”, violación sistemática de los derechos humanos, torturas y asesinatos por parte del gobierno derechista de León Febres-Cordero.

Pero lo que dejó marcada a la izquierda marxista ecuatoriana de manera indeleble fue el modelo organizativo centralizado, verticalista y autoritario, tendiente a la homogeneidad burocrática, que no aceptaba disensos sin calificarlos de “traición”, “liquidacionismo”, “oportunismo” “intelectualismo” y toda una serie de neologismos inquisitoriales en que era tan rico el lenguaje estaliniano.

El haber postulado partidos homogéneos, de cuadros imbuidos y unificados en un monolitismo grisáceo, impidió la expansión social y política de la izquierda marxista, salvo cuando se liberó por fuerza de las circunstancias de aquel modelo -como en mayo de 1944- y pudo cobrar una amplia resonancia social. Se debe señalar que a fines de los setenta la izquierda empezó a cuestionar el partido leninista de cuadros y a lanzar proyectos de masas y frentes amplios unitarios, pero estos proyectos llevaron dentro de sí la inercia burocrática, la actitud sectaria y los hábitos mentales de una cultura política extremadamente autoritaria y vanguardista, propia de la hegemonía del pensamiento comunista en el plano ideológico.

Desde la reconstrucción histórico-política de los orígenes de la izquierda ecuatoriana se puede reflexionar abiertamente sobre proble-

mas políticos actuales, para construir un proyecto socialista que acepte la diversidad y heterogeneidad de la sociedad como un dato positivo en su reflexión y propuesta de organización societal, aliviando la necesidad de manifestación libre de las tendencias, ligándose activamente con los grupos sociales y en el sistema político como una alternativa viable de poder, desde una actitud permeable y abierta, plural, democrática, tanto hacia su interior como hacia la sociedad a la que el proyecto socialista quiere representar.

La utopía homogenizante ha fracasado como proyecto de poder; los campos de fuerza sociales y políticos son hoy mucho más complejos que en los veinte, lo que exige a la izquierda el despojarse de toda una serie de concepciones, realizar una crítica teórica e histórica de sus prácticas y sentido: debe proceder a realizar una mirada retrospectiva, para así proyectarse al futuro.

La concepción del autor de este trabajo se sitúa en el plano del pensamiento gramsciano acerca del poder, por lo que la propuesta que aquí se presenta es la búsqueda de la hegemonía, mediante la articulación de un discurso que permita interpelar y constituir sujetos políticos en torno a ejes socialistas, admitiendo la diversidad, la multiplicidad: una hegemonía abierta, en permanente construcción, vale decir democrática.

Es aquí donde se debe realizar el mayor esfuerzo teórico y práctico: en redimensionar la democracia como un valor universal, no limitado a la ideología burguesa, sino consustancial a cualquier proyecto socialista de carácter liberador, lo que a su vez implica redefinir la democracia en términos de las opciones políticas del sujeto socialista, como ya ha avanzado Laclau (1985) al discutir el problema de las ideologías y las interpelaciones nacional-popular-democráticas.<sup>8</sup>

El plano cultural y simbólico debe ser también integrado en esta noción nueva de democracia, ya que la producción del sujeto social y la generación de hegemonía e interpelaciones amplias implica la apropiación de los valores culturales y las experiencias sociales e históricas de los sectores populares. En otras palabras, el proyecto socialista debe abandonar de plano su percepción iluminista de “conciencia desde fuera” y su mitología cientificista, para hacerse una imagen de sí mismo como recreación de la cultura, resignificándola en torno a valores socialistas y en continua producción plural de su propia legitimidad.

Con ello se alude al hecho de que la política no se ha secularizado hasta el punto de hacer soslayables los elementos que aluden a los sustratos mítico-simbólicos, que bien se sabe por la experiencia recurrente del populismo, cumplen una función importante el momento de generar consensos, identidades y agregación de voluntades. Esto implica resignificar también momentos simbólicos en el proyecto socialista, desplazar la visión peyorativa de la ideología popular como “falsa conciencia”, pensar en un campo político bastante más amplio, donde el proyecto socialista tampoco puede pretender el disponer de un depositario ideal y absoluto en ningún sector social ni político, sea el proletariado<sup>9</sup>, la clase obrera o el partido.

En este sentido se han planteado recientemente interesantes aportes para redefinir los contenidos de la utopía y el proyecto socialista, tales como el ejercitado por Galo Ramón (1988), en el que se discute una utopía socialista plurinacional, construida en torno al Proyecto Indio como eje articulador. Esto merece algunos comentarios, ya que si bien el sujeto indígena está siendo construido por vía de diversas interrelaciones, provenientes tanto desde sus élites e intelectualidad como por otros grupos intelectuales, su realización debe darse en referencia a otros sujetos en constitución, con los que debe reconocerse recíprocamente, e identificarse en el plano de los intereses comunes, campo que puede ser concentrado por elementos socialistas.

No se trata entonces de reemplazar la preeminencia del proletariado en la teoría por el destino manifiesto de los pueblos indígenas, no es cuestión de cambiar de vanguardia o sujeto-referente, sino por el contrario de multiplicar los posibles sujetos concurrentes en un proyecto popular, democrático y socialista.

Otro tema importante es precisamente el contraste entre reforma y revolución. El tipo de argumentación que aquí se ensaya aparentemente conduce a privilegiar las transformaciones secuenciales y sumatorias en el contexto de status quo. También podría interpretarse como un llamado a la organización de la sociedad por fuera del Estado y sistema político, para luego influir sobre ellos y otorgarles una nueva fisonomía, lo que puede ser visto como un proyecto rupturista. Sin embargo, ninguna de las dos opciones tiene primacía, ya que la viabilidad de reformas incrementales aparece como muy difícil, en un contexto signado por la crisis y la retracción económica, de fragilidad de la de-

mocracia formal, talvez más utópica que la transformación revolucionaria, que por su parte nadie sabe cómo podría darse.

La constitución de identidades cuestionadoras es posible en un contexto institucional como el existente, pero solamente lo sería al dar contenidos nuevos a la forma democrática, en un proceso político de reconocimiento mutuo y contrastación de intereses, que parta del socialismo como eje articulador en la ideología y llegue al socialismo como forma potencial de organización societal, forma en constante recreación de su legitimidad y viabilidad, es decir en continua producción de hegemonía.

Por ello este trabajo ha resaltado la diversidad, la heterogeneidad así como la posibilidad de reapropiación que el socialismo tiene de temas como la democracia, lo mítico y lo simbólico. Los procesos que con espectacular rapidez se están sucediendo en el mundo del socialismo autoritario o socialismo real han fisurado las certezas clásicas del movimiento socialista: parecería que por fin el fantasma del leninismo y el marxismo vulgarizado, ortodoxo y pedestre han abandonado a sus fieles, los cuales han quedado en el abandono, la orfandad teórica, sin proyecto ni discurso que proponer.

La alternativa que se presenta someramente en estas páginas parte de la constatación de las posibilidades del proyecto socialista y su sentido trascendente, su voluntad utópica, como sociedad deseable. Es probable que al redimensionar la diversidad, la democracia y lo simbólico en las prácticas el socialismo pueda liberarse del cientificismo y la voluntad vanguardista, para reconstruir al proyecto socialista desde el plano donde anida su más profunda razón de ser y legitimidad: el plano ético.

## Notas:

- 1 El discurso ejercitado por los sectores gremiales con influencia anarquista en suma *interpeló* a grandes grupos populares y los constituyó, de manera bastante precaria, en sujetos que incursionaron en la política mediante la contestación. De esta manera quedó demostrada la *posibilidad* de fusionar elementos ideológicos de orden socialista con formaciones simbólicas y valoraciones populares: se pudo constituir incipientemente un discurso global, creador y novedoso, en condiciones de crisis estructural, movilización social y pauperización creciente.
- 2 CUEVA, Agustín, *La Teoría Marxista. Categorías de base y problemas actuales*, Editorial Planeta, Quito, 1987.



- 3 Para demostrar sus asertos, Cueva cita los casos de los PC de China, Vietnam y Corea, ejemplos que no son convincentes. Mao no hizo caso a Stalin y la IC en sus propuestas, aunque no se entrampó tampoco en discusiones teóricas que hubiesen sido extremadamente peligrosas para su liderazgo dentro del PCCh (Schlessinger, 1977: 119, 112, 121 y s.s)(Cfr. Claudín, 1977)(Carr, 1986:341-399). Los casos vietnamita y coreano se relacionan con guerras de liberación nacional de larga data, influenciados más por el maoísmo que por la IC y el estalinismo.
- 4 La IC redujo su influencia directa desde 1935 hasta su desaparición física en 1943, pero ya en 1935 la homogeneidad ideológica era incontestable, el estalinismo se encontraba cimentado en los aparatos, tendiendo fuertemente a autoreproducirse en la ideología y conciencia subjetiva de los comunistas.
- 5 Ello sin tomar en cuenta que el “socialismo en un solo país” fue una idea original de Nicolai Bujarin (Cfr. Cohen, 1976), y el que Mariátegui intentaba fundamentar un proyecto socialista en el Perú, es decir, en un país.
- 6 “Mariátegui nunca negó los aportes de Trotsky y hasta el final de su vida mantuvo su visión favorable a Sorel; por el contrario, criticó las tempranas desviaciones burocráticas de la Unión Soviética y se mostró contrario al autoritarismo” (Flores Galindo, 1982: 96). El primer intento -del que Cueva se hace eco- de encerrar a Mariátegui en la ortodoxia lo hizo Jorge del Prado en 1946, debatiendo con Eudocio Ravines, lo que tampoco implicó una reedición de sus obras. Ya se sabe la poca preocupación de los PC respecto a la fidelidad histórica (Ibid ant. :148).
- 7 “En la carta de respuesta a la anterior de ruptura con Haya de la Torre, Mariátegui postula la necesidad de organizar un Partido Socialista donde puedan colaborar dentro del movimiento ‘con elementos liberales o revolucionarios de la pequeño-burguesía y aún de la burguesía’ si aceptan puntos de vista conducentes al socialismo (año 1928, n.d.a)” (Basadre Jorge, “Introducción a los 7 ensayos”, en Arico, 1988b: 333).
- 8 “...entendemos como democracia *algo más* que medidas que establecen la libertad civil, la igualdad y el autogobierno para las masas populares...en nuestra concepción la extensión real del ejercicio de la democracia y la producción de sujetos populares crecientemente hegemónicos constituyen dos aspectos del mismo proceso...”(Laclau, 1985: 121).
- 9 En realidad la discusión sobre el carácter cerrado de clase del socialismo -y de los partidos socialistas- en referencia a la clase obrera es de larga data: puede encontrarse en Rosa Luxemburgo y sus comentarios críticos a la revolución rusa en 1918, cuando planteó que la socialdemocracia podía transformarse en un partido “del pueblo” más que del “proletariado”. La respuesta bolchevique y leninista está admirablemente reseñada en uno de los artículos de George Luckacs, publicado en su gran clásico “Historia y Conciencia de Clase” (1921), en que rebate las posiciones espartaquistas, mucho más democráticas y abiertas que el sectarismo leninista.



## Apéndice metodológico

---

El presente trabajo es para el autor la culminación de un ciclo de investigaciones que se iniciaron en 1982, cuando empezó a trabajar en la historia de las organizaciones obreras y artesanales, y en particular en torno al tema del anarquismo en el Ecuador, sobre el cual editó un libro en 1986. Otros trabajos posteriores, relacionados con la historia del movimiento obrero, también contribuyeron con parte de los datos aquí presentados, y permitieron el desarrollo de una línea reflexiva que se concreta en este texto. Todos los temas anteriores se dieron mientras el autor trabajaba en el INFOC (entonces Instituto de Formación Obrero-Campesina), pero fueron sistematizadas una vez que se presentó el proyecto de Tesis para el Diploma Superior en Ciencias Políticas con mención en Asuntos Latinoamericanos, curso de postgrado dictado en FLACSO durante los años de 1987 y 1988.

Estos antecedentes permiten percibir la evolución del trabajo que aquí se presenta, en sus distintas fases: de una perspectiva histórico-descriptiva se pasó a enfatizar los aspectos políticos del tema, cuyas preguntas relevantes priorizaron la comprensión de las formas de constitución de los diversos actores sociales y su activación política en el primer PSE, así como las dinámicas y procesos que llevaron a este partido a su división de 1931.

Las técnicas de investigación fueron de carácter histórico: entrevistas, revisión hagiográfica, documental, bibliográfica y de testimonios, con objeto de reconstruir las cuestiones relevantes que permitiesen la comprensión de la fundación de la izquierda marxista en Ecuador más allá de los supuestos clásicos acerca del “proletariado” y la “clase obrera”, entidades supuestamente transhistóricas y transculturales que permitían explicar el proceso de la izquierda y sus prácticas en un marco rígido que no podía dar paso al análisis específico de los actores focales ni explicar consistentemente los procesos dentro de la izquierda ecuatoriana durante los años veinte y treinta.

El énfasis en los procesos estructurales, la generación y transformación, el movimiento de los grupos sociales también debía ser contrastado con una óptica complementaria desde el plano de la cultura,

la vida cotidiana y la simbología. En trabajos anteriores el autor había percibido la necesidad de penetrar en este ámbito, pleno de sugestivas posibilidades, en términos de entenderlo como concurrente y complementario a la visión estructural inicialmente planteada; todo ello se apoyaba en la suposición de que la comprensión de las dinámicas concretas de los actores implica identificarlos no sólo como productos de las limitaciones estructurales, sino también entender cómo se dotan de una conciencia autoreferida, cómo interpretan su entorno y qué tipos de elementos integran en su acción política, especialmente cuando esta es cuestionadora, momento en que afloran claramente elementos de carácter cultural y simbólico.

Otro punto de partida fue la constatación de la primacía que los mismos actores atribuyeron a la influencia de la IC en las definiciones internas y los procesos subsecuentes que llevaron a la división de 1931. El estudio de este tipo de problemas se enfrenta con un problema básico, a saber, la inaccesibilidad de los archivos de la Comintern y el PC, así como el calamitoso estado de la documentación interna del PSE, gran parte de la cual se conoce solo en términos referenciales.

Por ello se partió de los documentos accesibles, tales como algunos periódicos partidarios y actas, sea de la ANS en la que se fundó el PSE, del VI Congreso de la IC o las de la Primera Conferencia del Consejo Central Ampliado del PSE, además de otros trabajos de historia oral y seis entrevistas del autor con personajes relevantes de la izquierda en aquella época. Los documentos consultados se encuentran citados extensivamente a lo largo del trabajo, y se presentan en la bibliografía al final del texto.

Sobre las entrevistas, se debe aclarar que la gran mayoría de ellas fueron recabadas por el autor en el contexto de su investigación sobre el anarquismo y los primeros momentos del Movimiento Obrero. Otras fuentes se originaron en la relación familiar del autor con uno de los fundadores del PSE, el Dr. Gregorio Cordero y León, lo que le permitió el acceso a cierta documentación inédita y personal, cartas y memorias fragmentarias de la época.

Así, la reconstrucción de las dinámicas y alteraciones de fuerzas dentro del PSE se investigó con metodologías propias de la ciencia histórica, pero las preguntas relevantes que dirigieron el trabajo eran de orden político. Algunos materiales que se inscriben dentro de las discusiones de la izquierda marxista ecuatoriana también han intentado dar

cuenta de estos aspectos políticos del tema, pero lo habían hecho de manera poco confiable, y eran relativamente poco elaboradas en términos académicos.

En lo que respecta a fuentes bibliográficas han sido usados textos de historiadores e investigadores ecuatorianos en la recreación del contexto de la época; otros trabajos del autor en lo que es referido al tema de la “Cultura popular y el protosocialismo”, además del peso importante de nociones teóricas de historiadores como Carr, Thompson, Rudé, Hobsbawm. La ciencia política ha aportado seminalmente, especialmente ideas de Laclau y Aricó, además de ciertos conceptos sobre activación, actores sociales y políticos tomados de O’Donnell, mientras otras conceptualizaciones sobre la modernización se han apoyado en Huntington, aunque desde una perspectiva particularmente crítica. Gouldner también merece ser mencionado en lo que respecta a posiciones sobre el marxismo.

En este trabajo cumple un papel fundamental la formación académica recibida en FLACSO por el autor en el transcurso del Diploma, en particular los cursos de Pensamiento Político Latinoamericano, Ciencia Política Comparada y Participación Política, dictados por Heinz Sonntag, Bruce Bagley y Amparo Menéndez-Carrión, quien además de ello fue la directora de esta Tesis.



# Bibliografía

---

## ALBORNOZ PERALTA

1971 Oswaldo, *Del Crimen del Ejido a la Revolución del 9 de julio de 1925*, Ed. Claridad, Guayaquil.

1983 *Historia del Movimiento Obrero Ecuatoriano: breve síntesis*, Ed. Letra Nueva, Quito.

## AGUIRRE, Manuel Agustín

1970 *Socialismo y Comunismo en el Ecuador*, ediciones PSRE, Quito.

s/f “El marxismo, la revolución y los partidos socialista y comunista en el Ecuador, en *Carlos Marx: Homenaje*, IDIS, Cuenca,

## ALBA, Víctor

1964 *Historia del Movimiento Obrero en América Latina*, Libreros Mexicanos Unidos, México D.F.

## ARCOS, Carlos

1986 “El espíritu del progreso y los hacendados en el Ecuador del 900, en MURMIS, Miguel, ed, *Clase y Región en el agro ecuatoriano*, CEN, Quito.

## ANDRADE, Raúl

1962 *Julio Andrade, crónica de una vida heroica*, Quito, s/e.

## ARICO, José

s/f *Mariátegui y los orígenes del marxismolatinoamericano*, Siglo XXI eds, México D.F.

s/f *a Marx y América Latina*, CEDEP, Lima

## AYALA MORA

1978 Enrique, *Lucha y Origen de los Partidos Políticos en el Ecuador*, CEN, Quito.

s/f a “De la revolución alfarista al régimen liberal oligárquico”, en: *Nueva Historia del Ecuador*, Tomo 9, CEN- Grijalbo, Quito

s/f b *El PSE en la Historia*, Ediciones la Tierra, Quito,

## BONILLA, Adrián

s/f *En Busca del Pueblo Perdido: diferenciación de la izquierda marxista ecuatoriana en los sesenta*. Tesis de postgrado, Diploma Superior en Ciencias Políticas, FLACSO-Ecuador. Quito

---

1987 La Revolución Juliana, una ventana a la modernidad”, En: *DI-FUSION CULTURAL*, BCE, Quito.

- BONILLA, Adrián y PAEZ, Alexei  
 1988 “Ideología, Sociedad y Literatura en los años treinta”, en: Revista Nariz del Diablo # 11, 1988
- CABALLERO, Manuel  
 1988 *La Internacional Comunista y América Latina: la sección venezolana*, Siglo XXI, México, 1988  
 s/f “Reflexiones sobre la historia de la izquierda”, en Nueva Sociedad # 61, Caracas  
 s/f *La Internacional Comunista y la Revolución Latinoamericana*, Nueva Sociedad eds., Caracas
- CARBO, Luis Alberto  
 1979 *Historia monetaria y cambiaria del Ecuador desde la época colonial*, BCE, Quito.
- CARDENAS, Maria Cristina  
 1987 *Libertad y liberación en la obra de José Peralta*, Fundación Friedrich Neumann, Quito.
- CARR, Edward Hallet  
 1986 *El ocaso de la Comintern, 1930-1935*, Alianza Universidad, Madrid.
- CARRION, Fernando  
 1987 *Quito, crisis política y urbana*, ed. El Conejo-CIUDAD, Quito.
- CLAUDIN, Fernando  
 1977 *La crisis del movimiento comunista: de la Comintern al Comiform*, Ed. Ruedo Ibérico, Barcelona.
- COHEN, Stephen  
 1976 *Bujarin y la Revolución Bolchevique*, Siglo XXI, Madrid.
- COHN, Norman  
 1986 *En pos del milenio: revolucionarios: milenaristas y anarquistas místicos en la Edad Media*, Alianza Editorial, Madrid.
- COLE, G.D.H.  
 1958 *Historia del Pensamiento Socialista: Marxismo y Anarquismo, 1850-1890*, FCE, México.
- CHIRIBOGA, Manuel  
 1988 “Auge y Crisis de una economía agroexportadora: el período cacaotero”, en: *Nueva Historia del Ecuador*, op.cit.
- DESROCHE, Henri  
 1976 *Sociología de la Esperanza*, Ed. Herder, Barcelona.
- DELER, Jean-Paul  
 1986 *Ecuador: del espacio al Estado Nacional*, BCE, Quito.
- DEUTSCHER, Isaac  
 1976 *Trotsky: el profeta desarmado*, ERA, México.



- DUETSCHER, Isaac  
 1975 *Stalin: Una Biografía Política*, México, Ed. ERA.
- DURAN BARBA, Jaime  
 1983 “Pensamiento Artesanal”, en *Pensamiento Popular Ecuatoriano*, tomo # 13, colección Pensamiento Ecuatoriano, BCE-CEN, Quito.  
 s/f “Orígenes del movimiento obrero- artesanal”, en *Nueva Historia*, op. cit, T. IX
- EINSESTADT, S.N  
 1972 *Modernización, movimientos de protesta y cambio social*, Amorrortu eds., Buenos Aires.
- FLORES GALINDO, Alberto  
 1982 *La Agonía de Mariátegui: la polémica con la Komintern*, DESCO, Lima.  
 s/f *Buscando un Inca*, Instituto de Apoyo Agrario, Lima,
- FRANCO, Carlos  
 1983 “Haya y Mariátegui: los discursos fundadores”, en FRANCO, Carlos, *El Perú de Velasco*, CEDEP, Lima.
- FREIRE, Agustín  
 1943 *Añorando el pasado*, Universidad de Guayaquil 1983 (original)
- GODIO, Julio  
 1980 *Historia del Movimiento Obrero Latinoamericano: anarquistas y socialistas, 1850-1918*, Nueva Imagen, México.
- GOMEZ, Alfredo  
 1980 *Anarquismo y anarcosindicalismo en América Latina*, Ruedo Ibérico, Madrid.
- GARCIA PELAYO, Manuel  
 1964 *Mitos y Símbolos Políticos*, Ed. Taurus, Madrid.
- GOULDNER, Alvin W.  
 1983 *Los dos marxismos*, Alianza Editorial, Madrid.
- HUNTINGTON, Samuel P.  
 s/f *El Orden político en las sociedades en cambio*, Paidós, Buenos Aires.
- HAJECK, Milos  
 1977 “La táctica de la ‘lucha clase contra clase’ en el VI Congreso”, en VI Congreso, op. cit, México.
- HOBBSAWM, Eric J.  
 1978 *Revolucionarios: ensayos contemporáneos*, Ariel, Barcelona.
- LACLAU, Ernesto  
 1986 *Política e ideología en la teoría marxista: Capitalismo, fascismo, populismo*, Siglo XXI, Madrid.

- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal  
 1987 *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, España.
- LAPLANTINE, Francois  
 1977 *Mesianismo, posesión y utopía: las tres formas de la imaginación -colectiva*, Granica, Barcelona.
- LENIN, Vladimir I.  
 1961 *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*, en: Obras Escogidas, Ed. Progreso, Moscú.
- LISS, Sheldon, B.  
 1984 *Marxist Thought in Latin America*, University of California Press, Berkeley/Los Angeles, / London.
- LUNA, Milton  
 1988 “Los movimientos sociales en los años treinta: el rol de la multitud”, ponencia al II Encuentro de Historia Económica, BCE, Quito.
- MAIGUASHCA, Juan  
 1988 “Las clases subalternas en los años treinta”, ponencia al II encuentro de Historia Económica, BCE, Quito.
- MARX, Carlos y ENGELS, Federico  
 1978 *Acerca del colonialismo*, Ed. Júcar, Madrid.  
 s/f *Materiales para la historia de América Latina*, Siglo XXI, México
- MENENDEZ-CARRION, Amparo  
 1986 *La Conquista del Voto*, CEN, Quito.
- MUÑOZ, Leonardo  
 1988 *Testimonio de lucha*, CEN-Ediciones La Tierra, Quito.
- O'DONNELL, Guillermo  
 1973 *Modernización y autoritarismo*, Paidós, Buenos Aires.
- ORELLANA, José Gonzalo  
 1930 *El Ecuador en 100 años de independencia*, Imprenta Tipográfica Escuela Salesiana, Quito.
- PAEZ CORDERO, Alexei  
 1986 *El Anarquismo en el Ecuador*, CEN-INFOC, Quito.
- .....  
 1990 “Los orígenes de la izquierda ecuatoriana: notas sobre movimientos sociales e ideología”, mecanog, Quito (publicado en QUITUMBE # 6, revista del Departamento de Historia, PUCE, Quito).
- 1991 “Movimiento Obrero Ecuatoriano 1925- 1960”, mecanog, Quito (publicado en Nueva Historia del Ecuador, Tomo 10, Grijalbo-CEN, Quito)

- PANIAGUA, Xavier  
 1982 *La Sociedad Libertaria: Agrarismo e Industrialización en el Anarquismo Español, 1930-1939*, Grijalbo, Barcelona.
- PAZ, Clotario  
 1938 *Nuestras Izquierdas*, Imp. Tribuna Libre, Guayaquil.
- POLIT, Vicente  
 1982 “Estudio Introductorio”, en VV.AA. *El 15 de noviembre de 1922 y la Fundación del Socialismo relatados por sus protagonistas*, CEN-INFOC, Quito.
- QUINTERO, Rafael  
 1980 *El mito del populismo en el Ecuador*, FLACSO, Quito.
- RAMON, Galo  
 1988 *Indios, crisis y proyecto popular alternativo*, CAAP, Quito.
- REIMAN, Michael  
 1982 *El nacimiento del estalinismo*, Grijalbo, Barcelona.
- REIZLER, André  
 1984 *El Mito Político*, Fondo de Cultura Económica, México.
- RUDE, George  
 1971 *Revuelta popular y conciencia de clase*, Crítica-Grijalbo, Barcelona.
- ROIG, Arturo A.  
 1982 *Esquema para una historia de la filosofía ecuatoriana*, PUCE, Quito.
- ROJAS, Milton y VILLAVICENCIO, Gaitán  
 s/f *El proceso urbano de Guayaquil, 1870-1980* CERG-ILDIS, Guayaquil.
- SAAD, Pedro  
 1972 *El 15 de noviembre de 1922 y el papel de la clase obrera en el movimiento de liberación del pueblo*, Ed. Claridad, Guayaquil.
- SCHLESSINGER, Rudolf  
 1977 *La Internacional Comunista y el problema colonial*, Siglo XXI, México.
- SOREL, Georges  
 1980 *Reflexiones sobre la violencia*, Alianza Editorial, Madrid.
- THOMPSON, E.P.  
 1963 *The making of the English Working Class*, Pantheon Books, New York.  
 s/f *Tradición, Revuelta y conciencia de Clase*, Crítica-Grijalbo, Madrid.

- VEGA, Silvia  
 1984 *La Revolución del 28 de Mayo de 1944*, Tesis para la licenciatura en sociología, U. de Cuenca, Cuenca.
- VALAREZO, Humberto y MARTINEZ, Rubén  
 1986 “El movimiento laboral en los años veinte”, mecanog., IDIS, U. de Cuenca, Cuenca.
- VASQUEZ, Ma. Antonieta  
 1988 “Familia, Costumbres y vida cotidiana a principios de siglo”, en *Nueva Historia*, Tomo 9, op. cit.
- OTROS TEXTOS
- 1982 *El 15 de Noviembre y la Fundación del socialismo relatados por sus protagonistas*, CEN-INFOC, Quito, 1982
- 1977 *Los cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista*, Siglo XXI, México.
- 1977 *VI Congreso de la Internacional Comunista*, Siglo XXI, Buenos Aires, Tomo I.
- Tomo II
- 1926 *Labores de la Asamblea Nacional Socialista y Manifiesto del Consejo Central del Partido*, Imp. El Tiempo, Guayaquil.
- 1929 *La primera Conferencia del Consejo Central Ampliado del Partido Socialista Ecuatoriano, sección de la III Internacional Comunista*, Imprenta del PSE, Quito.

### Periódicos, revistas y otras fuentes:

1. El Proletario, 12 de junio de 1921.
2. El Proletario, 1 de mayo de 1922.
3. Redención, 15 de abril de 1922.
4. Alba Roja, 18 de diciembre de 1921.
5. El Cacahuero, 9 de noviembre de 1922.
6. El Cacahuero, 1 de octubre de 1922.
7. La Antorcha, primera época, 1924-1925.
8. La Antorcha, segunda época, 1925-1926.
9. La Hoz, 11 de septiembre de 1930.
10. Revista La Correspondencia Sudamericana, mayo 1929.
11. Hoja volante “El 9 de julio, Hoja volante onomástica” (1926).

**Entrevistas:**

1. Ignacio Cuesta Garcés, Guayaquil, junio 1982.
2. Manuel Donoso Armas, Guayaquil, junio 1982.
3. Floresmilo Romero, Guayaquil, junio 1982.
4. Manuel Agustín Aguirre, Quito, Enero 1983 y julio 1983.
5. Leonardo Muñoz, Quito, mayo 1985.
6. Miguel Angel Guzmán, Quito, mayo 1985.